



LA NOVELA REGIONAL ⁽¹⁾

Se ha convenido en dar este nombre á aquélla cuyo asunto se desenvuelve en una comarca ó lugar que tiene vida, caracteres y color propios y distintivos, los cuales entran en la obra como parte principalísima de ella; con lo que queda dicho implícitamente que no cae dentro de aquella denominación la novela *urbana*, de donde quiera que fuere la ciudad, siempre que sea de las que *se visten á la moderna* y se rigen por la ley de todas las sociedades llamadas cultas por ir absorbidas, y muy á su gusto, en el torrente circulatorio de las modas reinantes. La novela á que yo me refiero aquí, tiene más puntos de contacto con la naturaleza que con la sociedad; con lo perdurable, que con lo efímero y pasajero; con la eternidad del arte, que con el humano artificio de *las circunstancias*; y casi me atrevo á asegurar que en pocas naciones del mundo tiene esta importante rama de la literatura tan bien cimentada su razón de existencia como en España, cuya unidad moral es, por la firmeza de su cohesión, tan de notarse, como la falta de ella en sus

(1) Del hermoso discurso leído por su autor el 21 del corriente ante la Real Academia Española.

precedentes históricos y etnográficos, y en sus costumbres, climas y temperamentos. Se impone, pues, aquí la novela regional, como se impone el sentimiento que la engendra y produce: el regionalismo, pasión acerca de la cual tiene el vulgo de los que discurren en los centros populosos y descoloridos muy equivocados conceptos.

En opinión de estos aprensivos, el sentimiento, no ya la pasión, del regionalismo conduce á la desmembración y aniquilamiento de la colectividad histórica y política, de la patria de todos, de *la patria grande*. Yo no sé si existirá algún caso de éstos en la tierra española, y, por de pronto, le niego, porque no le concibo en mi lealtad de castellano viejo; pero exista ó no, no es ése el regionalismo que yo profeso y ensalzo, y se nutre del amor al terruño natal, á sus leyes, usos y buenas costumbres; á sus aires, á su luz, á sus panoramas y horizontes; á sus fiestas y regocijos tradicionales, á sus consejas y baladas, al aroma de sus campos, á los frutos de sus mieses, á las brisas de sus estíos, á las *fogatas* de sus inviernos, á la mar de sus costas, á los montes de sus fronteras; y como compendio y suma de todo ello, al hogar en que se ha nacido y se espera morir; al grupo de la familia cobijada en su recinto, ó á las sombras veneradas de los que ya no existen de ella, pero que resucitan en el corazón y en la memoria de los vivos, en cada rezo de los que pide por los muertos, entre las tinieblas y el augusto silencio de la noche, la voz que jamás se olvida, de la campana de la iglesia vigilante... Y así, por este orden, hasta lo que no se cuenta por números. Pues á este regionalismo le tengo yo por saludable, elevado y patriótico; y no comprendo cómo se le puede conceptuar de otra manera menos honrosa sin desconocer y confundir lastimosamente los organismos fundamentales de los Estados; organismos cuya consistencia no dimana de unas cuantas leyes estampadas en un papel, por la convicción ó la conveniencia de unos cuantos hombres erigidos en legisladores, sino de algo que puso Dios en la esencia de otros más humildes; algo que se roza más con el alma que con el cuerpo; con el espíritu que se eleva, que con la materia que se arrastra;

algo en que no se fijan los hombres tocados del vértigo de la preponderancia en todos los aspectos de las humanas ambiciones, y que, sin embargo, es la única sangre rica que va quedando en el cuerpo social, medio podrido á estas horas, si no mienten las señales que todos lamentáis á cada instante en libros y papeles.

Pero aun considerado este regionalismo como mera pasión romántica y sentimental, es acreedor á mayores respetos que los que debe al llamado *modernismo* hoy triunfante, que alardea de desdeñarle siempre que le encuentra al paso, cuando no le escarnece y vilipendia, como á cosa vetusta y mal oliente, nocivo á la salud de las nuevas ideas, y estorbo á las corrientes de la cultura social y del progreso humano, incompatible, por lo visto, con toda casta de fronteras, las ideales inclusive; porque, á mi modo de ver, no sienta mal un poco de estética hasta en la ciencia de los números y en la prosa de la vida doméstica, y no puedo convencerme de que á un caudal le perjudique el estar compuesto de muchos tipos de moneda, ni de que los vínculos de una familia se relajen porque el hijo militar se engría con sus arreos marciales, el sacerdote con sus negros talaras y su púlpito, y el abogado con su toga y sus batallas forenses. Al cabo, de varios miembros se compone un cuerpo bien constituido, y ningún miembro se parece á otro, ni en la forma ni en el destino que le está señalado por la naturaleza.

Quien haya tenido la desgracia de nacer y vivir entre calles urbanizadas y vecinos temporeros, sin otros horizontes á la vista que las dos bocas extremas de la calle, ni otro cielo que la menguada tira de él columbrada por la rendija de los contrapuestos aleros de ambas aceras, y se sienta arrastrado por las seducciones de la vida mundana, por la fiebre de la política ó la fiebre de la Bolsa, ó por el hechizo de los salones y espectáculos; quien viva, en suma, obligado por el gusto ó por la necesidad, aclimatado á los ruidos de las muchedumbres y al estruendo de las máquinas, y, como reñido con el sol, acostándose al amanecer y despertando á la caída de la tarde, no puede ser juez compe-

tente en esta clase de litigios. No sabrá nunca, no penetrará jamás lo que hablan, lo que dicen, lo que enseñan; la fuerza, el poder atractivo y vivificante que poseen esos mil componentes de la vida regional gozada al aire libre y «de padres á hijos», sin las trabas y cortapisas del código del llamado «bien vivir» en los centros populosos; lo que esas cosas, tan pequeñas, comparadas con lo que ahora se entiende por grande, arraigan en el espíritu de quien se haya formado entre ellas; cómo las lleva en el corazón y en la memoria adonde quiera que va, y le guían y confortan en las prosperidades y en los infortunios de la vida, y son el norte fijo de sus grandes ilusiones para el día, ambicionado siempre, de su vuelta al solar abandonado por los rigores de la necesidad.

No me atrevo á decir que les suceda lo propio á los hijos de las grandes poblaciones, á los nacidos y formados entre los hormigueros de sus calles, con los recuerdos, mal grabados en la memoria, de una vivienda, de una plaza ó de un holgadero cualquiera, que ya no existen ó han cambiado de forma y de destino varias veces por imperio de una ley de *conveniencia pública*; pero no se puede negar que el hombre de las ciudades se acomoda fácilmente á vivir y morir en otras semejantes fuera de su patria, ni que esto jamás le sucede al hombre de la región, especialmente si es montañosa, que siempre vuelve á ella, como no se lo impida la mala fortuna, aunque no sea más que para morir al amparo de la cruz del campanario y entregar la inútil carga de sus huesos á la tierra sagrada del pobre camposanto de su remoto y escondido lugar.

Repito que conozco lo mísero del precio que estas minucias de la vida sencilla, obscura y semipatriarcal alcanzan en el mercado en que tan alto se avaloran los llamados «grandes intereses» de la vida moderna; pero también me consta, con toda certidumbre, que no son tan de despreciar entre los hombres de bien cultivado entendimiento, que todavía se resisten á dejarse conducir entre las pjaras de Epicuro, porque saben que tienen un alma, la cual necesita, por su destino y por su origen, un ambiente puro en que

respirar, y que este ambiente no abunda en el espacio en que se revuelven las desenfrenadas ambiciones que imprimen sello y carácter á los tiempos que corren y á las gentes que se usan. De todas maneras, y por eso lo apunto, el dato no deja de ser de fuerza contra los aprensivos que afirman que el entusiasmo por el terruño natal, es decir, por la *patria chica*, amengua el amor á la *patria grande*. ¡Como si la idea de toda esta patria no cupiera en aquel pedazo suyo! ¡Como si hasta para dar la vida por ella no fuera aguijón más poderoso que una imperfecta y vaga abstracción simbólica el conocimiento y la posesión de una realidad palpable!

Pero no es éste el fin á que yo quiero ir á parar por la senda elegida de propio intento, aunque no me disgusta haberme tropezado con él de pasada: lo que me he propuesto, sencillamente, es presentaros un esbozo siquiera de lo que yo entiendo por región y por regionalismo, como campo de observación y materia inspiradora de la novela que ha de ser objeto de las consideraciones con que, bien á pesar mío, he de seguir molestándoos; sólo que en nadie como en mí se cumple lo de que «rara vez se corta por donde se señala», ni en ningún trance de mi vida han andado tan desacordes como en éste el sentimiento de la materia tratada y los medios de su expresión clara y metódica.

Quería yo deciros que el regionalismo de que voy hablando no tiene nada que ver con la geografía política, ni con la historia, ni con la ley fundamental del Estado, ni mucho menos con el catastro nacional y demarcación de fronteras; ni con nadie ni con nada está reñido, sino con la pompa de los salones, el tufo de las grandes industrias, los «hombres de negocios» y el ajetreo político con todos sus derivados, congéneres, similares y *partehabientes*; y de aquí que pueda extenderse su jurisdicción hasta la ciudad misma, ó á la parte de ella en que, por milagro de Dios, respire todavía, como salamandra en el fuego, algo de la masa pintoresca del pueblo original y castizo, con su fe y sus gustos y sus leyes de abolengo. Donde algo de esto quede, allí hay regionalismo de ese que yo profeso y ensalzo y me

atrevo á presentaros como rica, inagotable cantera en que acopia sus materiales la novela regional, ó rústica, ó, más genérica y expresiva y propiamente hablando, la novela popular y, por ende, nacional, española neta.

Dicho esto, y bien considerada su índole singularísima, la sencillez de colorido y contextura de sus elementos principales, se da por entendido que no basta, por sí solo, para componerla el buen ingenio, por cultivado que esté en otros ambientes extraños, sino que se necesita llevar en la masa de la sangre el jugo de los componentes, que no podrá asimilarse nunca el novelista, por muy avisgado que sea, llegado, por curiosidad, á la comarca elegida con la cartera de apuntes en la mano, como si se tratara de inventariar los estragos de un incendio ó los productos de una cosecha; porque bien sabido es que en la pintura de caracteres y costumbres, particularmente los de este linaje, importa más lo *de adentro* que lo exterior; y lo de adentro no lo ve ni lo siente nadie que no lo lleve consigo y bien infiltrado en el alma; afirmación que me obliga á haceros una advertencia, aunque también parezca innecesaria, tratándose de jueces de tan recto pensar como vosotros, y de una sinceridad tan patente como la mía; y es, á saber, que ha de darse también por entendido que lo que diga en elogio de la novela regional no irá ni siquiera en defensa de las desdichadas que yo compongo, sino de la calidad de los elementos de que me valgo para componerlas y de otros semejantes.

Volviendo al asunto, repito que no anda muy conforme con la definición que dejo hecha de la llamada vulgarmente novela regional cierta crítica al uso, que no quiere ver en ella otra cosa que una pintura más ó menos fiel, especie de monografía, más ó menos literaria, de un lugar determinado y de unas gentes y unas cosas singularísimas y excepcionales, fuera de toda relación y comercio con el resto de la patria común; «ordinarieces y vulgaridades» más que suficientemente remuneradas con el «pase» desdeñoso del lector «culto y distinguido». Para estos señores compasivos, que muy á menudo se equivocan, la novela propiamente «seria» y digna de los honores de la crítica sesuda y

docta; la novela nacional, legítima, de costumbres españolas, es la de guante blanco, la de los salones elegantes, la de la *alta* banca, de la *alta* política, la filosófica de los *problemas* y *conflictos* en cualquiera de los órdenes y jerarquías del presente estado social, etc. Y es que estos apasionados «modernistas» confunden lo interesante con lo castizo; lo más usual y á la moda, con lo característico y permanente; las ramas, con el tronco; porque pase, y de buen grado mío, que esta novela, que tan altos y admirables vuelos ha tomado en el día, sea más interesante y atractiva para mayor número de lectores que la otra, porque es el reflejo del estado actual de ciertas cosas en muchas partes del mundo; pero por lo mismo que es así, por lo mismo que su asunto es moneda corriente en todos los salones, ó en todos los talleres, ó en todas las plazas públicas, en todas las sociedades, en fin, que alcanzan altura igual en el nivel de la cultura moderna, no puede ser la novela de ninguna de esas partes, porque está formada de elementos comunes á todas ellas; y todo lo podrá ser en España, que es la nación de Europa que más de lo ajeno va vestida, cuando á la moda se viste, menos novela de *costumbres españolas*, porque no son genuinamente españoles ni el modo de ser de sus personajes, ni los fondos de su escenario, ni siquiera las pasiones ó virtudes que en ella juegan.

Á la francesa... ó á la inglesa se vive hoy en la clásica tierra castellana, y se anda, y se legisla, y se viaja, y se piensa; á las horas que en Francia ó en Inglaterra, se sientan á comer nuestros próceres y gentes encopetadas; en francés se imprime la minuta de lo que van comiendo y hasta de los famosos vinos españoles que van bebiendo; extranjeros son los criados que hormiguean en derredor de la mesa; extranjero el vestido que los confunde con sus amos; extranjeros el aparato y los nombres de cada mueble y objeto de la estancia; extranjera la lengua que á ratos se habla entre los satisfechos comensales; extranjera la decoración del resto de la casa, y extranjeros, en fin, han de ser los libros que lean en sus ratos de ocio las señoras que la habitan. Al prócer ostentoso remeda el industrial acau-

dalado, y á éste el tendero presumido y el rentista vanidoso; y así, por esta escala abajo, hasta el empleadillo del entresuelo y el barbero de la esquina. Al teatro nacional le ahogan, como la yedra al arbusto que nació sano y vigoroso, los mal llamados *arreglos* de las producciones del vecino; de malas traducciones se nutren y atiborran los folletines de nuestros papeles públicos, y sabe Dios en qué lengua están escritas las restantes secciones de muchos de ellos; deslavazado cuadrúpedo inglés ha sustituido en calles y paseos al gallardo potro jerezano, y á la hora presente ya le encuentra su jinete caprichoso menos divertido y elegante que pernear, encorvado y á horcajadas, sobre un artefacto exótico también. De afuera han venido ciertas ideas que, ó porque no son buenas, ó por haber sido mal digeridas, tienen á los hombres, altos y bajos, en perpetua locura y desconcierto. Por último, y en honra nuestra se diga, no brotó en España, tierra de cristianos, el germen venenoso del impulso brutal y despiadado que, con mano española, lanza la bomba mortífera y siembra el estrago sangriento en las muchedumbres desprevenidas é indefensas.

De este modo anda el extranjerismo infiltrado en nuestra vida social; en las costumbres que seguimos, dentro y fuera del hogar; en los nombres de las cosas más usuales y corrientes; en las ideas que ventilamos, en las leyes que nos rigen y hasta en la lengua que se habla, y en los libros que se leen, y en la atmósfera que se respira. Y yo pregunto en vista de ello: ¿se puede construir con estos materiales extranjeros, y sin un milagro de Dios, una obra española, en el sentido en que debe tomarse esta palabra cuando se trata de obras de arte? Responda el más obcecado *modernista*, y advierta de paso que, al negar esta condición á esa novela que tantas y tantas otras eminentísimas posee, no hago más que reclamar lo que el vulgo equivocadamente le adjudica, para dárselo á quien pertenece en buen derecho: á la novela regional, motivo de estas descosidas é insignificantes observaciones. Porque, ó no hay novela propiamente española, ó lo es ésta, hecha precisamente con los elementos indígenas desdeñados ó desconocidos por la otra; lo es, repito,

esta novela, la novela de la provincia, la novela del campo de la costa; la del pueblo, en fin, alto ó bajo, urbano ó rústico, pero pueblo siempre, libre aún del contagio de esa invasión extraña, que todo lo desnaturaliza, confunde y amontona; del pueblo con sus leyes, usos, grandezas y miserias, virtudes y preocupaciones, y, sobre todo, con su lengua original, rica y briosa; con sus modismos provinciales, que son, al decir de una autoridad (1) que no rechazaréis vosotros seguramente, «la savia, el jugo de la hermosa lengua castellana»; de la lengua del *Quijote*, y de todo el inapreciable tesoro de nuestra literatura clásica, del cual es parte principalísima la novela picaresca de los siglos de oro, y cuyos Guzmanes de Alfarache, Lazarillos de Tormes, Rinconetes, Monipodios, Pablos de Segovia y otros tales, bien poco tienen, en verdad, de caballeros elegantes de salón, ó de personajes de Parlamentos y Academias, ilustre y nunca bastante ensalzado abolengo del actual realismo castellano, bien escaso, por desdicha, en el vertiginoso movimiento literario de nuestros días; realismo apenas advertido por los linceos de la crítica poco ha mencionada, y eso para considerarle como esfuerzo, «muy plausible», de imitación del intruso, desconsolador y, á menudo, mal oliente naturalismo; que á extremos tales conduce la ceguedad humana ó la fuerza de la rutina pedantesca, que tanto monta.

Pues bien, señores académicos, y salvo siempre mejor parecer que el mío: yo creo que si no se otorga á la novela regional cortemporánea el título de *castizamente española*, hay que negársele también á las citadas de los siglos de oro de nuestra literatura; porque, mal ó bien, hechas están las de hoy con los mismos elementos que las de ayer, y la condición de la hechura no modifica en nada la calidad de las cosas.

Con tiempo, que yo no quiero robaros, se podrían establecer aquí unas cuantas diferencias muy substanciales entre las dos castas de novela á las cuales voy refiriéndome, para venir á parar á que siendo, como es, la moderna, la de

(1) Menéndez y Pelayo.

hondo análisis, la filosófica y social, la llamada, en fin, en castellano vigente, aunque bien poco cástizo, «alta novela»; siendo ésta, repito, la preeminente hoy, no tanto por la fuerza de la moda, como por el valor positivo que le han dado sus grandes prendas artísticas, no es la otra, la popular, cosa de menospreciarse, y mucho menos tomada en el punto de perfección á que ha llegado la primera.

Os diría, entre otras cosas, que esta novela es á la regional lo que los cuadros *de taller* son á las pinturas murales: hay en aquélla mayor lujo de composición y de estudio del modelo; la otra es, en cambio, más espontánea y briosa. La primera es la novela de las ideas; la segunda es preferentemente la de los hechos, más real, menos retórica. Aquélla estudia las cosas en el estado en que las pone el movimiento incesante de las novedades que pasan; ésta prefiere lo inamovible y duradero; la una pule y cincela, investiga y ahonda en los organismos sociales influídos por el llamado *medio ambiente*; la otra esculpe las figuras de sus cuadros en la roca misma de los montes, al aire libre y á la luz del sol. La primera busca para fondo de sus creaciones el aliño artificioso de la ciudad, hechura de los hombres; la segunda la naturaleza, obra de Dios é inmutable y de todos los tiempos. Aquélla se cuida y se paga más del dibujo, de las filigranas; ésta, del colorido. Por eso es más sencilla, y por ser así, menos interesante que la otra para la gran masa de lectores que respiran el mismo ambiente que el novelista que produce la de su gusto... aunque estirando un poco la materia y sin gran esfuerzo, esto del *interés* en las novelas (que no es siempre el *placer estético*) pudiera también dar motivo á otra larga serie de consideraciones que yo haría de muy buena gana, sin el temor de molestaros con ellas. Porque, en primer lugar, ¿qué se entiende por *interés* en una novela? Para un lector adocenado el que resulta de las complicaciones y sorpresas de su argumento. Todo lo demás huelga para él en el libro.

Para otro lector, de los que se llaman simplemente «bien educados», de los que andan muy á punto en lo de vivir á la moda, discretos á su manera y «correctamente» duchos en

todos los tiquismiquis de la *buena sociedad*, el interés consiste en que cada personaje y cada accesorio ocupe en la novela de «su mundo» el lugar correspondiente; que el marqués sea siempre marqués, y el lacayo, lacayo; y, por último, que todo acabe en el libro como los gladiadores romanos sobre la arena del circo: con la elegancia que piden el escenario y los personajes.

Para otros lectores más *modernistas* aún, es decir, para los tétricos de la negación y de la duda, que son los *mele-nudos* de ahora, el interés estriba en el escalpelo sutil, en el análisis minucioso de las profundidades del espíritu humano; profundidades sombrías, ¡muy sombrías!... negras si es posible, y en las cuales no exista nada, absolutamente nada de lo que hemos supuesto en ellas los simples mortales; nada, por consiguiente, de impulsos vírgenes, de ideas madres, de sentimientos nativos, espontáneos; nada de amor ciego, desinteresado y noble, como recurso, como elemento artístico. Éste es achaque de tontos, rutinario y vetusto. Si acaso, la piedad puramente filantrópica y razonada, á fin de que el marido, hombre de los refundidos en los últimos troqueles, que no es capaz de hacer dichosa á su mujer, aunque la idolatra y colma de respetos y de lujos, acabe por darle, gustosa y espontáneamente, la libertad que ella desea para ser más feliz con el amante, consentido y aceptado, tiempo hace, en el domicilio conyugal; que á esto y mucho más obliga la *dignidad* del hombre nuevo, sometido á la ley de su razón soberana y luminosa; ley que desconocieron ó profanaron lastimosamente los galanes puntillosos de Lope y Calderón. Mucho «molde nuevo» para todo, y nada, por consiguiente, de Providencia de tejas abajo ni de tejas arriba; algún cadáver que otro por los suelos al final, y, si acaso, el «hombre superior» héroe de la novela, gozándose á su modo en aquella palpable demostración de la consistencia y buena calidad de su tesis redentora, y condensando su sentir humanitario en un aforismo rimbombante muy parecido á la blasfemia de otros tiempos. Suplid vosotros con la memoria los ejemplos que yo me callo, para venir á parar cuanto antes á la afirmación que

me atrevo á hacer de que se cuentan por los dedos los lectores que buscan el interés y la verdadera delectación estética en sus legítimas fuentes: en las galas artísticas de la obra; en su desarrollo firme, natural y diáfano; en la verdad eternamente humana de sus caracteres y, sobre todo, en la concordancia substancial, íntima, justa, del asunto y del lugar, con el lenguaje y el estilo del novelista que los refiere y describe. El mejor asunto, tratado impropia, incorrecta ó desaliñadamente por el escritor, resulta, á lo sumo, estatua fría, marmórea, y obra más de cantero que de escultor; porque el lenguaje y el estilo, no solamente han de ser la vida que dé movimiento y color al cuadro literario, sino el alma que le infunda expresión, fisonomía y carácter propios é inequívocos. Y quien esto sabe leer en un libro, sabe igualmente, y sin que yo se lo diga, que todos los idiomas, según dictamen de un meritísimo escritor contemporáneo (1), «tienen en sí una virtualidad estética que obra en el espíritu del lector como manantial de deleite, independientemente del contenido interior de ideas, de imágenes ó de afectos á que sirven de vestidura, y que esta virtualidad estética radica en la contextura gramatical y sintáctica de la frase, en el valor prosódico de los vocablos, valor que, aun mentalmente, distingue ese cierto oído que reside en el fondo del cerebro; radica en el enlace de las letras, de las sílabas, de las palabras; en la elección de éstas, en el desarrollo de las cláusulas, en el ritmo del período, en la trabazón, en fin, de todos y cada uno de los elementos gramaticales que forman los idiomas... en la pluma de los escritores privilegiados».

Privilegio, añado yo, que, como el numen poético, es don de Dios, y no se enseña en ninguna escuela, ni se aprende en ningún libro. Es el de la lengua un sentimiento como el de la poesía, como el del color, como el de la música, como el de la escultura. Ó se nace con él, ó no se adquiere. Donde le hay, se educa y se perfecciona; pero no se crea donde no existe. Así son los gérmenes, el instinto, la

(1) J. Sardá.

vocación del arte en todas y cada una de sus manifestaciones; y por eso en el empeño, en el afán de adquirir aquel don, se concluye por caer en el vicio del lenguaje *culto*, arcaico, pedantesco y artificioso; pero no se llega jamás al propiamente clásico y castizo, que ha de ser personal, espontáneo, desenvuelto, noble y jugoso; y son ambos lenguajes tan distintos entre sí, aunque el vulgo de los lectores los confunda á cada paso, como la mentira y la verdad, ó el similor de alquimia y el oro nativo y puro.

Pues alguien en mi caso, y más atrevido que yo en lo de sentar jurisprudencia y hacer afirmaciones absolutas, diría aquí, fundado en las razones apuntadas en su lugar correspondiente, que si hay novela bien cortada y dispuesta para engalanarse con esas prendas, es la regional, por la misma sencillez y pureza nativas de sus componentes.

Pero es también innegable, volviendo á lo ya insinuado, que la multiplicidad de gustos, buenos y malos, en lo tocante á novelas, está bien justificada en el abundante campo que la contemporánea ofrece hoy á la voracidad insaciable de los lectores y en el buen crédito de que goza una gran parte de ella, sólidamente cimentado en el arte exquisito y en el talento poderoso de sus autores. Y por cierto que á la obra de ese tan glorioso renacimiento no ha sido la falange española la que ha llegado más tarde ni con peor fortuna; ni esta casa ilustre la que menor contingente ha dado á esa falange insigne. Testimonio de ello, entre otros que están á la vista, es la persona que habéis designado para apadrinarme en esta solemnidad; y bien sabe Dios cuánto deploro no tener yo otros títulos para merecer tan señalada honra, que la efusión con que la quiero y el entusiasmo con que admiro su genio soberano.

Pues esta misma persona, cuya labor literaria (ideas é intenciones aparte, que muy á menudo no son las mías ni de las que yo aplaudo, como á él le consta, sin llevarlo á mal, y le consta también al público que nos lee á los dos), cuya enorme labor literaria, repito, es ya imperecedero monumento del arte español contemporáneo, discurriendo, pocos días hace, en este mismo lugar que yo ocupo ahora,

sobre las corrientes que arrastraban é imponían rumbos determinados á la novela de costumbres, terminaba su luminosa disertación dudando cuál sería el último modelo de ella, ó adónde iría á parar, según el andar que llevaba... Pura modestia de mi ilustre compañero y amigo del alma; porque talento, vista, experiencia y perspicacia le sobran para saber, sabiendo, como ya sabe, en qué para todo lo que corre demasiado y se sale de sus legítimos cauces, sin otro guía que el vértigo de la inquietud y el estímulo de la novedad, que el objeto de sus dudas ha de parar, irremisiblemente, ó en despeñarse, ó en volver al abandonado punto de partida para encauzarse de nuevo.

Sobre la roca solitaria de los mares pasa la furia de los vientos desencadenados, y las olas la flagelan con su azote, cuyas espumas escalan el espacio y se difunden en los plomizos nubarrones que se desgajan del cielo, preñado de tinieblas... hasta que la ira de los vientos se calma, las aguas se adormecen, brilla el sol espléndido en el azul purísimo de la bóveda celeste, y la roca solitaria vuelve á erguirse inmóvil en la superficie mansa y rumorosa de la mar sin límites. Pues algo semejante acontece cada día en todos los desbordamientos y tempestades de la veleidad humana. Lo que no muere nunca, lo que sobrevive á todo linaje de tempestades y de revoluciones, es lo que por sí es indestructible é inmutable, como el poder que lo ha creado y la ley por que se rige y gobierna. Á unos tiempos siguen otros tiempos, á unas modas otras modas, á unas costumbres otras costumbres; y miradas la humanidad y sus obras desde cada uno de estos puntos de vista, ningún tiempo se parece á otro, ninguna sociedad á otra sociedad, ninguna moda á otra moda, ninguna costumbre á otra costumbre, ningún hombre á otro hombre; y, sin embargo, dejad que los vientos se calmen, que lo revuelto se ordene; quiero decir, que se despoje á todos los hombres de sus atavíos y accesorios, desde el cayado y la zalea de los tiempos bíblicos, hasta la púrpura de los Césares, ó la armadura del cruzado, ó la ropilla y los gregüescos de ayer, ó la chupa ó el frac ó la chaqueta de este siglo y de nuestros días, y siempre se hallará,

debajo de éstas y de aquellas caprichosas, pegadizas y mudables envolturas, el mismo núcleo, el mismo ser, el mismo padre Adán caído, en carne y hueso, con su naturaleza física asediada por todo linaje de pestes; con su naturaleza moral perseguida por todas las roñas de que es susceptible su corazón, puñado, al fin, de tierra impura; con su inteligencia, infundida por Dios para buscarle en el bien, y cegada por el diablo para extraviarle en el camino, ó, en otros términos y para otros gustos, con una razón que podría guiarle lejos de todo mal, y unas pasiones que le arrastran continuamente hacia él... ¿Qué importa, para el caso, el color de las ideas, ó unas cuantas de menos ó de más en el cerebro? ¿Qué la casta ni el valor de las codicias que le devoran y aceleran el andar incierto de su vida? ¿Qué la ocasión ni el motivo de que se ejerciten y resplandezcan sus talentos y virtudes? Todas estas diferencias, que parecen esenciales, son pura casualidad, meros accidentes de tiempo y de lugar, indumentos y accesorios exteriores; y el más ó el menos en lo postizo, eventual y mudable no altera en nada, como dije de su hechura, la esencia de las cosas. De manera que el hombre, siempre y en todos los tiempos y lugares, es el mismo, y siempre nuevo en el escenario del mundo, como es siempre la misma, y nueva siempre, la naturaleza que le circunda.

Pues á este origen, á este punto de partida, han de volver, á la larga, las desbordadas corrientes de que tratábamos; porque el hombre y la naturaleza nunca pasarán de moda ni dejarán de ser motivo de inspiración para el novelista, como el desnudo para las artes plásticas; y sabido es, además, que cuanto mayor es la sencillez del elemento artístico, más grande resulta la obra de arte; y en un libro inspirado en estos componentes, siempre hallarán vivo y profundo interés los lectores de buen gusto, para quienes, dicho sea de paso, deben escribirse los libros.

Por eso creo yo que no está la cordura del novelista en oponerse á las corrientes impetuosas de las ideas y de las modas literarias, sino en elegir un punto fuera del radio de su poder absorbente, para verlas pasar. Y séame lícito, por-

que no es injusto, colocar en este lugar indemne la novela de mi tesis, que es la más extraña á esas corrientes asoladoras; la más sencilla y modesta, y la que, como os dije al principio, tiene más puntos de contacto con la naturaleza que con la sociedad; con lo perdurable que con lo efímero y pasajero; con la eternidad del arte que con el artificio endeble de *las circunstancias*.

Pero (y vaya como término de la mortificación que os estoy causando rato hace) quiero yo suponer y dar por hecho que todos estos razonamientos míos son puras visiones de la fantasía apasionada; que en el torrente que se desborda y precipita, que en la tempestad que se desata, caiga y se derrumbe hasta la roca de mi ejemplo, que parecía inmovible; que nada quede de lo que antes fué; que en su desatentada velocidad, nada respete el carro del triunfador en su camino; que todo, absolutamente todo lo existente en este bajo mundo se desfigure y refunda en los nuevos moldes de un porvenir más ó menos lejano... Pues razón de más para que yo sustente con doblado empeño mis declaradas convicciones en la materia, y juzgue su preponderancia de mayor necesidad. Para cuando llegue ese día; para cuando no haya fronteras en las comarcas ni en las naciones; cuando en todo el mundo, que seguirá llamándose civilizado y culto, se vista un mismo traje y se sienta y se piense del mismo modo, y por contera y remate se hable el *volapuk*; es decir, cuando los pueblos y las gentes pierdan sus peculiares rasgos fisonómicos; cuando el vastísimo cuadro de la humanidad no tenga más que un color, y ése muy triste, y el mundo llegue á ser una inmensa y desconsoladora estepa, y se mueran en ella de tedio sus habitantes, quédeles, por misericordia de Dios, el refugio del arte de estos tiempos, como fiel archivo de las olvidadas costumbres nacionales, donde hallen los desesperados algo en que poner los ojos del espíritu y emplear las fibras del corazón aterido y ocioso, y que este noble y puro deleite se difunda y circule por sus venas, como germen de más levantados estímulos y savia de una nueva vida.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA.



EL SEÑORIO EPISCOPAL DE LUGO

EN LA EDAD MODERNA

Á partir del gobierno de los Reyes Católicos, se obra una revolución completa en la historia política de nuestra patria, en consonancia con los hechos portentosos que entonces en ella se realizaron y con el estado general de las ideas en Europa.

La invención de la pólvora, como discretamente notaba Cervantes por boca de Don Quijote, había acabado con la caballería andante y con todo el poder antes invencible de los caballeros. Aquellos hombres forrados de hierro con diversas piezas de armadura desde la gola hasta las grebas, empuñando con una mano bruñido y resplandeciente escudo y con la otra robusto y largo lanzón con punta del metal que hizo célebres á Milán y á Vizcaya, sobre ágil y poderoso corcel defendido y recubierto con férrea armadura, eran poco menos que invulnerables para las dagas, espadas, flechas, hondas y venablos de los infantes plebeyos. Con las antiguas invenciones bélicas necesitaban los reyes de todo su poder para expugnar los castillos roqueros, provistos de agua y de multitud

de comunicaciones secretas con el campo, con muros aspillerados y llenos de saeteras, con espesos cubos y torres altísimas desde donde impunemente se podía hacer rodar por las laderas al enemigo, y con fosos, contrafosos, puentes levadizos, rastrillos y empalizadas. Pero desde el punto y hora en que cualquier villano podía disponer de un arcabuz ó de un mosquete, desde que las tropas reales se proveyeron de culebrinas, falconetes y lombardas, no bastaban los arneses y los yelmos para hacer privilegiada la defensa de los nobles, ni las fortalezas que coronando empinadas cumbres mostraban en la torre del homenaje la bandera señorial cobijando bajo sus orgullosos pliegues las humildes cabañas del valle, y en los escudos de la fastuosa portada y del patio de honor y del salón del trono los atributos del dominio y de la soberanía, y en lo alto de las almenas los agudos garfios en que la mano del verdugo colocaba las cabezas de los rebeldes, ofrecían ya segura guarida al bandidaje y madriguera de refugio á los perversos instintos de los que subían á las alturas como el vapor de aguas estancadas para formar nubes de tormenta y caer sobre los valles y llanos cual torrente desbordado é impetuoso que lleva la desolación y el espanto á todas partes.

Más aún que la invención de Bertoldo Schwartz, contribuyó la de Gutenberg á dar al traste con el poderío de la aristocracia. La Edad Media, lejos de ser tenebrosa noche intelectual, se honra en todo linaje de disciplinas divinas y humanas con nombres gloriosos cuya brillantez no ha disminuído con el rápido progreso de las ciencias y cuyos timbres y lauros nadie quizá puede superar; pero la ciencia entonces era patrimonio de muy contadas personas, y el poseer un libro costaba un ojo de la cara, mayormente cuando estaban escritos en pieles, por ignorarse las aplicaciones del algodón y del hilo. La Iglesia, que había salvado las luces del saber antiguo, vacilantes y expuestas á extinguirse al soplo glacial del Aquilón, no se aprovechaba de ellas en exclusiva utilidad suya ni tenía las como secuestradas, para, á favor de la ignorancia general, avasallar despóticamente los espíritus; al contrario, al lado de cada templo erigía una escuela, fundaba y colmaba de privilegios las universidades, estimulaba con largueza á los

sabios, y por mil canales hacía llegar el agua de la sabiduría, de que era depositaria, hasta las más íntimas profundidades del Estado. Era, con todo, muy lenta y difícil la instrucción popular hasta que se halló el arte maravilloso de la imprenta, cuyos primeros tipos sirvieron para estampar la Biblia y las obras de los Santos Padres. Merced á este invento de sin igual trascendencia, la ilustración, enemiga del despotismo y aliada de la libertad, difundióse rapidísimamente, satisfaciendo la ardentísima ansia de saber que atormentaba á los espíritus; el árbol de la ciencia abatió sus ramas para que pudieran llegar á sus frutos los humildes y los pequeños; las ideas, cuyo poder es mucho mayor que el de las armas, encontraron facilísimo vehículo para recorrer el mundo y reñir en las inteligencias combates muy más decisivos que los que se libraban en los campos; los gérmenes de sabiduría, amorosamente depositados por las muertas generaciones en los surcos trazados en la historia por el paso de los siglos, adquirieron exuberante florescencia con la luz de aurora que el prodigioso invento esparcía; y las muchedumbres penetraron de tropel en el templo augusto y misterioso de la ciencia, rasgándose para el vulgo el tupido velo de su santuario.

Con este hecho de resonancia inmensa y de resultados tan trascendentes coincidió la caída de Constantinopla, nido de sabiduría profanado por la ruda mano del árabe, de donde volaron asustadas las águilas del ingenio con los ruseñores, encanto de las musas. Del mismo modo que la horrible persecución de los iconoclastas ahuyentó de las orillas del Bósforo á las artes puestas al servicio de la ortodoxia, alumbrándose el Occidente con el resplandor de ideas estéticas y haciéndose posible un reinado tan soberanamente culto y espléndido como el del Emperador Carlo Magno, así ahora, al coronar la media luna las soberbias cúpulas de Santa Sofía y desaparecer bajo el diluvio de la barbarie musulmana las rutilantes cumbres del Helicón, del Olimpo y del Parnaso, la raza helénica, gloria un día del humano linaje, vino, representada por sus genios más preclaros, á las playas de Italia, donde los Obispos de Roma reverdecían los laureles de Mecenas, y con los tesoros del saber del pueblo griego trajo el gusto

apasionado de la forma clásica, y el entusiasmo por las sublimidades idealistas de la antigua sin par Atenas, y la afición al estudio de las obras maestras de aquellas repúblicas, martillo de tiranos, cuna de la libertad, fuente abundosa de civilización, afirmación solemne y práctica de los derechos individuales y magnífica y esplendorosa encarnación del sistema democrático.

Paralelamente á los ruidosos triunfos del humano progreso con que la plebe adquiría extraordinarias facilidades para ascender los altos peldaños de la escala social, ocurrían en nuestra patria sucesos memorables renovadores de la faz de su estado político. El feudalismo no había echado aquí nunca las hondas raíces ni dado los amargos frutos que en otras partes, siendo causa de ello, y muy señalada, el haber de unirse en apretado haz todos los grupos sociales y cada uno de sus individuos para hacer frente al peligro común durante los ocho siglos en que esta nación fué el antemural de la cultura y la barrera infranqueable con que Europa se defendió de los terribles asaltos del África y Asia musulmanas. Al concluir España la reconquista de su suelo y pretender, espada en mano, la hegemonía de las naciones europeas, alzáronse ante ella nuevos mundos brindándole inmensos imperios y colosales riquezas.

En la cruzada que contra el protestantismo germánico hizo el sacrificio de emprender, llevando sobre sus hombros todo el peso de la causa católica, no había ninguno de sus hijos cuya sangre no se creyese necesaria y cuyo esfuerzo, con tantas ocasiones de manifestarse y sobresalir, no se diera á notar para ser galardonado. Aventureros salidos de las últimas capas sociales uncían al carro de sus triunfos reyes poderosos, y si no querían ser dueños de propiedades sin fin, volvían á la Península trayendo más oro que el acumulado con muchas herencias en los sótanos de los castillos por la avaricia de los más poderosos y linajudos ricos hombres.

La política flexible y habilidosa, de cuando en vez enérgica é intransigente, y en todas ocasiones discreta y oportuna, de los Reyes Católicos dió el golpe de gracia á los privilegios de la nobleza, compenetrándose íntimamente del espíritu de su

tiempo y correspondiendo con fidelidad á las exigencias de la opinión y del bien común.

Examinóse escrupulosamente el origen de muchas mercedes nobiliarias y donaciones de villas y fortalezas por juro de heredad, y de la investigación, llevada á cabo por Fray Hernando de Talavera y el Cardenal Mendoza, resultó el volver á la Corona infinidad de posesiones malamente adquiridas y el que, sin gravar con nuevos impuestos á los esquilmados municipios, aumentasen las rentas públicas en la para aquellos tiempos enormísima cantidad de treinta millones de maravedíes.

Como quiera que ya no había razón para que existiesen en lo interior de España tantas fortalezas, con diversos pretextos se procuró desmantelarias, y cuando los ejércitos reales en las guerras civiles y sublevaciones de los primeros años se apoderaban de un castillo no dejaban en él piedra sobre piedra; conserváronse los que poseían los grandes en las fronteras, pero las guarniciones habían de ser de la completa devoción de los Reyes.

La institución de la Santa Hermandad, cuyos cuadrilleros, retribuídos primeramente por los concejos y más tarde por la Corona, fueron pronto reemplazados por tropas permanentes, aseguró el imperio del orden y redujo á la impotencia las huestes de la aristocracia. La anarquía en la administración de justicia, á cuya sombra los débiles eran atropellados y el feudalismo hacía valer irritantes privilegios, desapareció en parte con la nueva organización del supremo Consejo de Castilla y con el Real auto ordinario de las Chancillerías y Audiencias que se establecieron en todas las regiones, siéndolo en Galicia provisionalmente en 1480 y de un modo estable en 1504.

Las órdenes militares, cuyos caballeros eran, según la expresión del abad de Claraval, corderos en los claustros y leones en las batallas, y cuyas glorias son tan relevantes como indiscutibles, habíanse enriquecido en España hasta tal punto que contrastaban ventajosamente el poder de la Corona; hallándose divididos los *trece* en cuanto á la elección de Maestro de Santiago, D.^a Isabel la Católica logró que recayese en

su esposo; poco después consiguió con habilidad suma la procuración de la orden de Calatrava, preparándose así la política de Felipe II, que había de incorporar á la Corona los maestrazgos de Alcántara y de Montesa y la administración perpetua de todas las órdenes, conferida en 1587 por el Papa Sixto V, quitando con ello á la nobleza un solidísimo apoyo para sus pretensiones.

El espíritu levantisco de la aristocracia apenas encontró oportunidad para hacer de las suyas y protestar de semejante política, que uno á uno los iba despojando de sus más preciados y valiosos privilegios. Los Reyes Católicos y sus inmediatos sucesores emprendieron una continuada serie de aventuras diplomáticas y empresas guerreras que si ahora parecen descabelladas y absurdas á los Panzas del patriotismo, en aquella época de idealismo ferviente, de abnegación heroica, de exaltación de la fe y de sublime delirio de glorias obtenían el voto unánime de la Nación y acallaban con los ensordecedores sonidos de la trompa del combate y del clarín del triunfo las voces del egoísmo personal y de casta. Al revés de lo que hoy sucede, cuando convendría que los nobles residiesen en las casas solariegas de sus antiguos estados para disminuir esa centralización política ocasionada á fulminante apoplejía, repartiendo proporcionalmente la vida y el calor en las extremidades, poniendo en contacto íntimo á los más apartados polos de la sociedad y haciendo progresar las artes agrícolas, base insustituible de todas las otras, al revés de esto, íbamos escribiendo, hacíase preciso entonces, para acabar con la sombra de prepotencia del feudalismo, trasplantar á regiones esplendorosas con la luz de la idea, ventiladas con las brisas saludables del progreso y despejadas y abiertas al influjo de más humanos principios, aquellas muchas veces seculares encinas, desprendidas de los bosques drúidicos de los germanos y arrastradas por el torrente de las invasiones á puntos en que su crecimiento gigantesco, su exceso de savia y de humedad y la lujuriente frondosidad de sus retoños esterilizaban el terreno, agotando sus fuerzas vivas, é impedían el desarrollo de nuevas plantas. El resplandor de la corona deslumbrante con la pedrería de dos mundos atrajo la noble-

za á la corte como la hermosura de la luz á las incautas mariposas, sacándola de los castillos que en signo de opresión se elevaban sobre las eminencias de las villas, para fascinarla y adormecerla con la brillantez de las fiestas y de los cargos palatinos y para que se desvaneciese en la altura de los puestos, meramente por lo común honoríficos, de la gobernación del Estado.

Conservaron, sí, los señores sus insignias y ostentosos calificativos de dominación y jerarquía; pero poco á poco quedáronse en verdaderos *tituli sine re*. Los Obispos de la ciudad del Sacramento seguirán titulándose *señores de Lugo*, hasta las Cortes de Cádiz, hasta después del pontificado del Sr. Peláez, que vivió en los últimos años del pasado siglo y primeros del presente; pero su señorío irá disminuyendo á medida que corren los años, y en el mismo grado que aumentan las atribuciones del Ayuntamiento. Los choques entre las dos autoridades no se decidirán ya por la fuerza, sino por la razón representada ante los tribunales de justicia.

Cuando ante lo gravoso de los tributos, y las levas generales de soldados, y lo impolítico de las continuas guerras, y el despilfarro de la administración pública, y la intrusión de los extranjeros en los más pingües destinos, y el absolutismo de la Corona, y el ningún respeto á las tradiciones populares, levantóse el pueblo español para apoyar en las armas sus justas pretensiones, tantas veces desoídas, si las Comunidades castellanas hubieran tenido la leal ayuda de la nobleza, es constante que otro hubiera sido el éxito de su empresa generosa, y muy diferente la constitución política de España y aun su estado económico en los siglos que siguieron; pero la aristocracia, después de haber empujado á las ciudades en su rebeldía contra la rapacidad y soberbia de los flamencos, se puso de parte del Emperador ayudando á remachar las cadenas con que se había de oprimir las libertades patrias: en el pecado llevó la penitencia; porque si vió al municipio perder sus fueros, ella no recobró la independencia perdida.

Durante aquella violenta perturbación de la sociedad española, con tan opuestos criterios juzgada por los historiadores, gobernaba á Lugo D. Pedro de Rivera, quien tenía un

hermano suyo por Merino de la ciudad, y desempeñó papel muy importante con motivo del general levantamiento. Tres regentes se hallaban al frente del reino, mientras Carlos V, á quien, según varios críticos, simbolizó y ridiculizó Cervantes en la fantástica persona del Hidalgo de la Mancha, andaba buscando aventuras: D. Fadrique Enríquez, hombre conciliador y pacífico, D. Iñigo de Velasco, enemigo de componendas y de transacciones, y el Cardenal de Tortosa, á quien eclipsaban totalmente sus compañeros de gobernación, como le habían anulado Cisneros, antes de venir Carlos V á España, Chevres, mientras permaneció aquí, y el Arzobispo Rojas, desde que se embarcó en la Coruña. El Cardenal, después Papa con el nombre de Adriano VI, había educado al Emperador, sobre quien ejercía gran ascendiente, y á su mejor servicio consagraba todos sus talentos: ayudóle con todas sus energías el Obispo de Lugo en esto de concertar voluntades, componer disidencias y sosegar los bandos, á cuyo fin le acompañó en varios viajes: juntos estaban en Ríoseco cuando en Diciembre de 1520 se celebró allí una reunión de notables para ver de poner fin á una situación en que de tal modo se había enredado la madeja que ya nadie se entendía: de él usó también el Cardenal para muy delicadas misiones, aunque no sabemos si le saldrían muchas tan mal como la que llevó á Tordesillas, prometiendo á los comuneros que el Emperador arreglaría todas las diferencias, pues ellos, y principalmente el Obispo de Zamora, no le quisieron ver delante y ni siquiera le permitieron entrar en la población.

Adriano VI pagó á D. Pedro de Rivera con grandes elogios y distinciones los señalados servicios que le había hecho siendo gobernador de Castilla; y Carlos V mostró su gratitud á la Mitra de Lugo concediéndole, cuando ya la tenía sobre su cabeza D. Tristán Calvete, muchos millares de maravedíes de juro perpetuo sobre las alcabalas (1), y recordando á los jueces y recaudadores la prohibición antigua de cobrar ningún derecho á los dependientes de esta iglesia.

(1) Alcabalas eran los derechos que al fisco pagaba el vendedor á proporción del precio de la venta.

En correspondencia á esta buena voluntad de los Reyes, procuraron los Obispos de Lugo, en cuanto señores temporales, deferir á todos sus deseos para bien de la patria: entre ellos distinguióse honrosamente D. Lorenzo Asensio Otadin, el fundador del antiguo Seminario, que aumentado notablemente por el Sr. Ríos, dedicó á convento franciscano el padre Aguirre, después de construir el magnífico actual. Dió el Sr. Asensio gruesas sumas al Gobierno de la Nación para ayuda de sufragar los dispendios de las guerras, y manifestó ánimo viril y entero en presencia del peligro: cuando los ingleses, franceses y holandeses, envidiosos de nuestras glorias y coligados para nuestra ruina, equiparon poderosa escuadra de noventa velas é infinidad de embarcaciones menores, con más de veinte mil hombres de desembarco, para intentar un golpe de mano contra Galicia, el Obispo de Lugo se aprestó á la defensa de la ciudad, abasteciéndola de municiones de boca y de guerra, y ordenó que se eligiesen de entre los clérigos del obispado todos los que fueran aptos para coger las armas, los cuales, convenientemente preparados, habrían de acudir al primer aviso. De este género hizo tantos servicios á Felipe II en los últimos años de su reinado, que pudo llenar con ellos un memorial que presentó á Felipe III con ocasión de hallarse en Madrid en 1608 para asistir á la jura del Príncipe. No merece en este sentido menor elogio D. Diego de Vela: sabiéndose que el inglés, enemigo jurado de nuestro poder marítimo, se preparaba á devastar las costas y apoderarse de los puertos de Galicia, mientras D. Juan Idiáquez se encargaba de la gobernación del Reino y el marqués de Villafranca del mando de las columnas volantes, el Obispo de Lugo, investido con el cargo y honores de Capitán general de su diócesis, gastó muchísimo dinero en preparativos para la defensa, y es seguro que se habría escarmentado rudamente al leopardo británico de haber querido poner sus garras en las murallas lucenses. En otra ocasión, con la de las guerras de Flandes, abismo donde sumióse con el oro de América la sangre de España, equipó, armó y pagó el Obispo de Lugo cuarenta soldados, que entregó en Mayo de 1630 al Marqués de Mancera, Gobernador del reino de Galicia, para que fueran á luchar

contra el protestantismo en aquel palenque á que concurrían todas las naciones enemigas del Pontificado (1). Siete años después reprodujo su patriotismo D. Juan Vélez de Valdivieso, con motivo de la guerra con los franceses: el puerto de la Coruña se hallaba sin defensa por haber acudido la guarnición á auxiliar á la de Fuenterrabía, puesta en gran aprieto por el Príncipe de Condé, y el Obispo de Lugo preparó una expedición para volar en su socorro si el enemigo se presentaba á la vista. En 1640 vino sobre la Coruña una temible flota, capitaneada por el Arzobispo de Burdeos, para echar á pique las naves que en el puerto tenía D. Lope de Hoces, defendidas con una cadena que impedía la entrada: estorbado el designio por el recio temporal y terrible borrasca del 29 de Junio, Ferrol y Betanzos se hallaban después comprometidos ante los ataques de la enemiga gente de desembarco: el Capitán general, Marqués de Valparaíso, pidió pronto socorro al Obispo de Lugo, quien, con la urgencia que el caso requería, levantó un lucido cuerpo de tropas, en que se contaban muchos clérigos, y tomando su dirección, acompañado de varios canónigos, corrió hacia el Ferrol con ánimo de atajar el paso á los franceses. Acción tan patriótica fué muy severamente juzgada, y ocasionó no pequeñas críticas ni escasas murmuraciones; siendo preciso que, para vindicarla, se publicase un extenso folleto. Á principios del siglo siguiente, en 1702, los ingleses, á cuyas manos había pasado el cetro de los mares, que un día poseyera España, se apoderaron del puerto de Redondela, quemaron nuestra flota y bloquearon á Vigo, atacándolo rudamente por la parte de tierra; la plata que se pudo sacar de los galeones provenientes de América é incapaces de resistir la embestida de las veleras y bien artilladas naves británicas, llevóse á Lugo, y como era de esperar que esto excitase la codicia de los invasores y llamara hacia allí los piratas, el Obispo, D. Lucas de Bustos, preparóse á todo evento, organizó la defensa y dispúsose á resistir hasta la muerte, si fuera preciso: á la vez, en unión con el clero, proporcionó los

(1) En el libro de acuerdos del Municipio, del año 1631, hay una lista de los voluntarios que componían la *Compañía del Obispo de Lugo*.

recursos necesarios para movilizar las milicias y enviarlas á la costa á fin de contener y refrenar las rapiñas de la soberbia Albión.

Para conocer el señorío temporal de los Obispos de Lugo en la Edad Moderna es muy conducente el Sínodo diocesano que celebró en 1669 D. Matías Moratinos y Santos, y, reimpresso en 1803, rigió en cuanto lo permitía el cambio de circunstancias, hasta que el Ilmo. P. Aguirre congregó otro en 1891, redactando nuevas constituciones, notables por la erudición y por su elegante latín. Tiene aquel Sínodo el especial carácter, para nuestro objeto, de estar confirmado por la autoridad civil soberana. Se acusa á los Borbones y á sus ministros, singularmente al Conde de Campomanes, de llevar su antipático cesarismo en punto á revisión de constituciones sinodales hasta un extremo que avergonzaría al autócrata de las Rusias y á la Reina *papisa* de Inglaterra; pero la verdad es que en esta parte tuvieron que imitar de los Austrias: las constituciones del Sínodo de Lugo fué preciso enviarlas para su examen y revisión al Consejo de Castilla, el cual, según certificación que el secretario del mismo puso en el volumen, concedió «licencia para usar de ellas» siempre y cuando á su frente se imprimiera la Real provisión, y antes de presentarse al público se consignara la fe de erratas que mandara el fiscal. En la provisión aludida, Carlos II, el Rey cuya imbecilidad hizo que se le creyera poseído del demonio, por lo cual la historia le concede el nombre de *el Hechizado*, desfiriendo á las súplicas de la Iglesia de Lugo, concedió permiso para la impresión con tal que ésta fuese del todo ajustada al original examinado, al final de cuyas hojas todas había puesto su rúbrica el escribano de la Real Cámara; para que no se añadiera algo, nombró el Rey, ó mejor dicho su madre, que fué la que hizo siempre del gobierno de la nación despoblada y sin ventura mangas y capirotos, un corrector de pruebas que las cotejase minuciosamente con el manuscrito; y metiéndose, no en lo civil, sino en el sagrado campo de lo espiritual, señaló una porción de modificaciones que había que hacer en la redacción de los decretos del Sínodo, y prohibió que se publicaran multitud de acuerdos, que allí se se-

ñalan, tomados unánimemente por el Obispo, cabildo y clero de la diócesis de Lugo.

Por lo que la benignidad del Rey católico tuvo á bien de no tachar en las constituciones sinodales, que ostentan su corona en la primera página, sabemos que el alcalde de la fortaleza de Lugo tenía «de cada clérigo dos reales y medio, ítem de cada persona seglar dos reales». Del alguacil mayor se decía, en la misma página 273, que cobraba «de cada prisión en la ciudad un real... y á los vecinos de nuestra ciudad no lleve décima... sino su ocupación... ítem, le pertenecen los derechos de execuciones y prisiones que despachan las Justicias seglares de esta ciudad y su jurisdicción, conforme al Arancel Real, no efectuando lo susodicho por su persona la dicha justicia seglar». Por el mismo estilo se leen noticias no despreciables acerca de la administración de justicia.

Sobre la cárcel de Lugo hay un título entero donde se dan muy prudentes y caritativas disposiciones, y se cuida mucho de evitar la inmoralidad en los presos, descendiendo á muy curiosos pormenores é imponiendo severas penas á los carceleros que no cumpliesen su obligación: sus derechos eran dos reales y medio por cada clérigo y dos reales por los legos. Alusiones además al señorío temporal eclesiástico existen allí varias, como no podía ser otra cosa.

Según vemos en un escrito presentado por el Ayuntamiento á los tribunales en 1718, el Obispo, en cuanto señor temporal, percibía «algunos de los géneros» que iban á venderse los días de mercado; y de «cada una de las caballerías que entran para él de fuera de la jurisdicción» y de todas las que concurrían á Lugo en el trascurso del año, cobraban dos maravedíes; de las parroquias vecinas tenían que darle unos cuantos carros de leña; en varias feligresías en que se dedicaban los vecinos á la arriería y al tráfico, eran obligados á traerle un viaje de vino anualmente sin estipendio alguno por la conducción; en las parroquias donde se hacía cal, dábanle cierta cantidad para reparos de las casas de la Mitra, y al entrar por primera vez en Lugo, una galera llena para encalar los palacios episcopales; los vasallos temporales del Obispo por aquel tiempo, sin contar los vecinos de Lugo, pasaban de 10.500,

y cada uno, si tenía casa puesta, estaba obligado, al morir, á dejar al prelado, en concepto de *luctuosa*, el mejor buey, ó en su defecto la mejor *alhaja de cuatro pies* que poseyese.

Las condenaciones ó penas de Cámara que, según la costumbre de los antiguos tribunales, producían no pequeña cantidad, percibiólas algún tiempo íntegras el señor temporal de Lugo; pero desde antiguo dejaban la mitad como gratificación á los alcaldes ordinarios por el trabajo de la administración de justicia; el Sr. Obispo D. Fernando de Velosillo, en 1560, cedió la otra mitad al Municipio, con el fin de que se pagara un farmacéutico que fuera á residir á la ciudad, por ser muy pobre la única botica que á la sazón había; pero de esta mitad, sin que sepamos cómo ni cuándo, se apoderó el Gobierno, que ponía para ello un recaudador.

Mientras los Obispos conservaron su señorío, en su primera y solemne entrada en la ciudad el Ayuntamiento les hacía entrega de las llaves, como símbolo de la jurisdicción civil, y ellos, con una mano en el pectoral y la otra en los Santos Evangelios, en presencia del clero y del pueblo, juraban ante un Crucifijo no alterar por sí las eonstituciones y franquicias de la población.

Durante este período fueron escasas, felizmente, y de poco interés para la historia las luchas entre la Mitra y el Municipio de Lugo.

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ.





PROBLEMAS CIENTÍFICO-RELIGIOSOS (I)

LA ACTIVIDAD DEL ALMA EN LAS TEORIAS FISICAS EXPUESTAS

II

DISTÍNGUESE ASIMISMO EL ESPÍRITU HUMANO DE LAS FUERZAS FÍSICAS, PORQUE EN AQUEL HAY UNIDAD DE OPERACIÓN Y EN ÉSTAS SUCEDE LO CONTRARIO.

Si por la manera de comenzar el alma humana sus acciones se diferencia esencialmente de los *grandes agentes de la naturaleza*, atendiendo á sus respectivos modos de obrar, nos convenceremos de que entre una y otra existe un abismo infranqueable.

Ya queda dicho que en las fuerzas materiales existe equivalencia completa entre el efecto y la causa. Me place insistir en esta idea porque es muy fundamental, y por eso mismo no tan fácil de ser expuesta en sucintas palabras.

Las fuerzas físicas obran instantáneamente y cada parte de por sí, mientras que el alma lo hace á la continua y sin distinción de partes. Explicaré tan abstruso concepto sir-

(1) Véase la pág. 247 de este tomo.

viéndome de ejemplos puestos al alcance de todos, y muy particularmente de los *científicos*. Sea un riachuelo que, echando espumarajos como corcel desbocado, se precipita desde lo alto de una montaña formando en su trayecto una cascada de dos metros de desnivel con 75 litros de agua por segundo; claro está que la fuerza de tal arroyo será de dos caballos de vapor.

Esta fuerza, aunque equivalente siempre á dos caballos, varía ó es indudablemente distinta en cada segundo, ó mejor dicho en cada fracción infinitesimal de tiempo. Porque ¿cuál es la causa de la fuerza desarrollada en cada instante? El agua que cae desde dos metros de altura, y como el agua que cae en un momento dado es individualmente distinta de la que cae en los sucesivos, queda evidenciado cómo la fuerza material obra instantáneamente y deja de existir pasando á un nuevo modo de ser sin dejar rastro de la anterior. Y para que no se nos objete lo singular del caso y lo grosero de la materia escogida para ejemplo, aplicaremos lo antes expuesto á la tensión del vapor, sin olvidar la misma sutilísima electricidad.

Como con la imaginación son tan fáciles y económicos los viajes, nada nos cuesta el presentarnos de improviso, y en el momento de estar cargando un buque, en un puerto de mar, y, oficiando de maquinistas, hacer que la grúa traslade del muelle al buque una tonelada de peso por cada metro cúbico de vapor consumido. La fuerza productora del trabajo no es otra que la tensión del vapor sometido á elevada temperatura; si la máquina fuese perfecta, saldría del cilindro el vapor completamente frío y sin tensión alguna. Al ser lanzado á la atmósfera el primer metro cúbico se encuentra sin fuerza, por haberla consumido en la resistencia vencida, mientras el segundo metro cúbico está aún hirviendo en la caldera con toda su energía, equivalente, es cierto, á la del primero, pero individualmente distinta, puesto que cuando la de éste se ha reducido á la nada, á cero, se halla aquél en el pleno goce de su arrolladora pujanza. Y así como hemos tomado por unidad el metro cúbico, pudiéramos haber elegido el decímetro, el centímetro, el milímetro, etc... con sus

correspondientes trabajos; por manera que cada cantidad insignificante de fuerza tiene su peculiar existencia independiente de la demás, y á la cual corresponde también cierto trabajo, asimismo individual y propio suyo.

Y si continuamos nuestra ascensión de lo más grosero y tangible á lo más delicado y sutil hasta colocarnos en el extenso campo de la electricidad, veremos que si una dinamo produce 40.000 wats dando 700 revoluciones por minuto, su energía, aunque equivalente siempre mientras permanezca constante el número de vueltas del inducido, es distinta individualmente en cada instante, así como también lo son sus efectos.

Y tanto es así que podemos recoger y almacenar parte de ella, por ejemplo, los *coulombs* producidos en media hora, dejando que todos los restantes se consuman en vibraciones lumínicas, y lo dicho acerca de media hora es aplicable á un cuarto, á un minuto, á un segundo y á una fracción de segundo; por manera que todas las fuerzas físicas de la naturaleza, ó son compuestos de elementos individualmente distintos, ó simples que no gozan de existencia más que una fracción inapreciable de tiempo; de suerte que los agentes físicos no obran como una sola y simple causa, sino como una serie de ellas, sucediéndose con incalculable rapidez, pareciendo al que no los estudie y escudriñe su naturaleza íntima una sola causa que permanece mientras obra.

Veamos si sucede lo propio en el alma humana, ó, por el contrario, tiene opuesto modo de obrar, y por consecuencia, opuesto ser, según el conocido principio *modus operandi sequitur modum essendi*: del modo de obrar se sigue el modo de ser y viceversa.

La unidad y persistencia en su ser del alma la revelan con brillantísima luz la conciencia humana, las costumbres de todos los pueblos, el lenguaje de los mismos, la voluntad, la memoria y, sobre todo, el raciocinio. Porque, efectivamente, ¿quién puede dudar de que allá en lo más íntimo de su ser, cuando cerrando todas las puertas y ventanas por donde llegaran al alma los fantasmas de lo múltiple del universo, dirige una mirada á los insondables senos de su espíritu, se en-

cuentra con una luminosa figura que surge de aquellas tenebrosas profundidades, bañada de luz, llena de vida, con simpática ó terrible mirada, según las circunstancias? ¿Quién puede dudar de que esa figura no pierde un solo rayo de fulgor aunque el individuo se sepulte en los antros de la tierra, aunque el cuerpo se desmorone como un edificio ruinoso, aunque el tiempo se deslice en su descomunal carrera, envejeciéndolo y marchitándolo todo, aunque no tenga un momento de reposo el cuerpo y el espíritu sea arrastrado por el torbellino de encontradas pasiones? Esa sublime figura, que en medio de lo que con el uso se aja se conserva siempre fresca, en medio de lo múltiple aparece siempre una, en medio de lo transitorio persevera, en medio de lo que sucumbe se halla llena de vida, es el alma humana.

¿Por qué el asesino lleva siempre manchada su frente con la sangre de la víctima y su conciencia oscurecida por la sombra del crimen? ¿Por qué se degrada y destierra al traidor, mientras se condecora al que expone su vida y derrama su sangre por la patria, ocultándose y huyendo aquél del consorcio humano, mientras éste ostenta sobre su cabeza el lauro otorgado á su patriotismo? ¿Por qué el anciano refiere con orgullo ciertas acciones de su juventud, mientras sobre otras echa tupido velo, jamás levantado, á no ser, bien á pesar suyo, por los cómplices de su culpa? Porque la conciencia de cada uno levanta su poderosa voz, y sin contemplación de ningún género designa como único sujeto de acciones muy diversas al mismo individuo y nos convence de que al pasar los años, y con ellos todas las ilusiones, desencantos, simpatías, placeres, amarguras, belleza, robustez, agilidad... arrastrado todo por la impetuosa corriente del tiempo, ha habido en medio de ese confuso torbellino una roca incommovible contra la cual se ha estrellado el empuje colosal de la sucesión. Sobre las ruinas por ésta causadas, se halla incólume como granítica atalaya el *yo*, único y permanente sujeto de aquella muchedumbre y versatilidad de cosas.

En todos los pueblos se persigue y castiga con terribles penas, y á las veces con la misma muerte, al criminal, bien

sea por las faltas cometidas solamente, ó por las pasadas y para evitar las venideras. Asimismo en todas las naciones existen los contratos de futuro; es decir, que queda aplazada la entrega de los objetos del contrato hasta determinado tiempo; para todo el mundo la promesa obliga al expirar el plazo fijado de antemano para su cumplimiento y en castellano existe una especie de axioma vulgar muy expresivo: *lo prometido es deuda*.

Todos los idiomas tienen primera y segunda persona en los tiempos pasados y futuros, y así se dice yo he hecho, hice, haría, haré, habré hecho... tal ó cual cosa; vosotros fuísteis, habéis sido, seréis... valientes ó cobardes en esta ó aquella ocasión. Y del mismo modo, aunque con signos distintos, sucede en otra lengua cualquiera.

Todo lo cual, aunque tan lejano al parecer de nuestro asunto, es irrefragable testimonio de que en el hombre hay algo que no pasa por donde pasan todas las cosas, quedándose él inmóvil; pues de lo contrario, injustamente se perseguiría y condenaría al criminal á no ser en el acto mismo de perpetrar el crimen, porque al concluir de blandir el arma homicida ya no existe la fuerza que ha vertido la sangre inocente; sin razón se exigiría el cumplimiento de promesas pasadas, y se presentarían las escrituras de un contrato reclamando lo contenido en sus cláusulas, porque se podría contestar en rigor de derecho: «Entiéndase usted con la *fuerza* que pronunció aquellas palabras y trazó esos signos; aquella *fuerza* ya pasó, y Dios sabe dónde parará; la que hoy constituye mi ser es completamente distinta, y no tiene adquirido compromiso alguno».

De lo dicho se sigue que el *yo* y el *tú* en tiempos pasados y futuros serían inconcebibles absurdos, en los que había caído todo el género humano.

La electricidad, que hoy ilumina el mundo físico, podrá también arrojar alguno de sus esplendorosos rayos para esclarecer el asunto que nos ocupa. Supongamos que el inducido de un carrete de Rhumkorff sea recorrido por una corriente de 1.000 volts de tensión, encontrándose en el circuito un tubo de Geisler que estratifique y quiebre la luz en mil

caprichosas formas, y entusiasmado un observador por lo sorprendente del fenómeno, se aproxima hasta tocar los reóforos y pasa por él la corriente dejándolo muerto en el acto. A nadie se le ocurrirá decir que la electricidad productora de los hermosos rayos de luces anteriores y posteriores á la desgracia fué la causa de la inesperada muerte; antes, por el contrario, la causante fué la que, en vez de invertir su energía en recreación de la vista de los espectadores, la empleó en privar á uno de ellos de la existencia. Y hasta tal punto es cierto lo expuesto, que, aun admitido el incalificable despropósito de creer en la responsabilidad de las fuerzas físicas, resultaría completamente inaplicable por dejar de existir aquéllas en el momento mismo de haber producido su efecto. Del mismo modo, si á un gran matraz de donde se estuviese desprendiendo cloro á más y mejor se aproximase un individuo y con todo detenimiento se pusiese á aspirar el gas con objeto de reconocerlo y estudiar sus propiedades tóxicas sobre sí mismo y le sobreviniese la terrible tos precursora en la mayor parte de los casos de vómito de sangre, cuyo término suele ser la muerte, y se preguntase cuál era la causa de la tos y vómitos de sangre, desde luego se le ocurriría, aun al más ignorante en achaques de química, una respuesta vaga y general, pero exacta, á saber: una *fuerza* deletérea del cloro, capaz de desorganizar los pulmones, ¿después del hecho existe todavía esa fuerza? En manera alguna.

Porque la causa de atacar el cloro á los pulmones es el necesitar del hidrógeno, de que están compuestos, para formar ácido clorhídrico, y una vez satisfecha esta necesidad, se queda tranquilo y satisfecho como la fiera hambrienta después de haber devorado la presa. Lo restante del cloro desprendido antes y después de la fatal aspiración, con su peculiar *fuerza deletérea*, en nada han influído en el funesto desenlace del experimento, y si tuvieran conciencia la conservarían tan limpia como una patena. Con lo cual queda evidenciado que las fuerzas de la naturaleza, como materiales que son, no gozan en sus acciones de la unidad característica del alma humana, antes bien, poseen un individua-

lismo infinitesimal; es decir, que cada partecita, tan pequeña como concebirse pueda, es individualmente distinta de las demás.

Nos reservamos para luego demostrar que las fuerzas materiales dejan de existir al producir el efecto, y así quedarán desvanecidos los reparos que á la argumentación pudieran hacerse.

Si el alma humana no poseyese la unidad de que carecen las fuerzas de la naturaleza, la voluntad en el hombre sería de todo punto imposible y todos nuestros actos quedarían reducidos á la humillante categoría de movimientos instintivos y ciegos, absolutamente privados de los más ligeros destellos de la fecunda luz que á raudales irradia de la inteligencia, porque los actos humanos tan sólo pueden llamarse voluntarios cuando van informados por un conocimiento racional del objeto de sus aspiraciones, y mientras no puedan fundirse el amor y el conocimiento en un solo objeto, jamás éste será capaz de actos voluntarios; por lo tanto, si el hombre los posee, como no cabe dudarlo, es signo infalible y prueba evidente de gozar la *fuerza* de donde proceden de la unidad, de que se hallan destituídas todas las *fuerzas* de la materia.

Cierto que hoy una misma fuerza física produce efectos variadísimos, descollando en este sentido la *flexible* electricidad, con la cual lo mismo se puede transmitir el pensamiento humano encarnado en signos ó palabras y las delicadas armonías de un cuarteto ejecutado por maestros en el divino arte, que la fuerza mecánica y salvaje de la catarata del Niágara; lo mismo sirve para dar un chispazo y volar una mina que para adorno del tocado de una dama, acrecentando el brillo de sus joyas y simulando otras nuevas.

Mas aunque aparentemente es una sola la causa de tan variados fenómenos, si se estudian éstos con detención se echará de ver sin gran esfuerzo cómo la unidad de la causa es completamente ilusoria. De una sola dinamo puede salir electricidad para realizar las aplicaciones de que hemos hecho mérito; pero la electricidad que se emplea en trazar líneas y puntos en movable tira de papel para grabar el pen-

samiento humano ó en producir oscilaciones en vibrante placa, y con ellas en el aire que la rodea, dando por resultado sonidos articulados, y la que se consume en voltear enormes volantes, donde reaparece la colosal energía desarrollada al precipitarse en el abismo las aguas de elevado depósito, y la que marcha con la velocidad del rayo á incendiar la preparada pólvora que con pujanza superior á la del mismo Sansón ha de conmover los cimientos de rocas que coronan la montaña, y la que se entretiene en jugar con los colores del iris, comunicando inusitados matices y avalorando incomparablemente los adornos femeninos, no tienen otra unidad fuera de la identidad de origen, igualdad de naturaleza y semejanza perfecta en un ser particular; como si dijéramos cuatro individuos hijos del mismo padre, y por el hecho de ser hombres con igual naturaleza y con un ser físico en todas sus partes semejante, y por lo tanto imposibles de distinguir sin usar de previas señales, pero que, no obstante la aparente identidad, son seres individualmente distintos con perfecta independencia en sus acciones, pudiendo existir los unos sin los otros, siendo muy dueño cada cual de sus actos, sin que sea posible hacer responsable al uno de los del otro á no mediar manifiesta injusticia ó grosera equivocación, en una palabra, en estos individuos no habría una sola causa de las acciones de todos, sino cuatro distintas.

En las fuerzas físicas no existe esa misteriosa *unidad*, que es la que da forma, ser, vida y movimiento á los actos humanos.

Queda ya consignado cómo la voluntad sin la unidad substancial, nota característica y distintiva al compararla con las demás fuerzas del universo material, sería de todo punto inconcebible; réstanos ahora añadir que con tanta ó más razón lo serían la memoria y el raciocinio si la *fuerza* del *yo* no se elevase sobre el nivel de la electricidad, el calor, la luz, la cohesión, la gravedad, la afinidad, etc... en una palabra, no saliese de la esfera de un mero movimiento material más ó menos perfecto.

La memoria viene á ser en su acepción más general, y

prescindiendo del sujeto en que reside, la propiedad de retener y reproducir los pensamientos ya pasados. Ahora bien, si en la *fuerza psíquica* hubiese ese individualismo *infinitesimal*, patrimonio humillante de las demás del universo, y corriese la misma suerte de éstas, que en el momento de obrar dejan de existir, resultaría imposible el más insignificante recuerdo, porque el perder su ser el sujeto y el objeto de un acto lleva consigo el aniquilamiento de todas las propiedades de aquéllos, y por consecuencia la de reproducir acciones pasadas.

No de otra manera que después de rota la lámpara y consumida la electricidad, á cuya luz trazo estas líneas, resulta imposible la reproducción de los rayos luminosos proyectados sobre mi mesa. Podré con otra lámpara y otra corriente eléctrica *producir* análogo efecto; pero *reproducir* el mismo, imposible de todo punto.

Y las dificultades expuestas, ó mejor dicho, los refutados absurdos toman mayores proporciones cuando se quiere estudiar el raciocinio en las falsas teorías preinsertas.

Supongamos una gran caldera de vapor, con la cual se alimentan tres máquinas, destinadas una á hacer bujías, otra á mover un telar y la última á pulimentar cañones. Salta á la vista que la fuerza total encerrada en la caldera dependiente de la cantidad y tensión del vapor se ha dividido en partes, marchando cada cual á su cuerpo de bomba para allí imprimir al respectivo émbolo movimiento que, convenientemente transformado, dará por efecto los productos á que hemos hecho referencia. No hay dificultad alguna en esta división de fuerzas cuando se trata de obras completamente independientes entre sí, como sucede en el caso expuesto. Mas á diario estamos observando y nosotros mismos haciendo otro género de obras en las que la división de la fuerza la esterilizaría por completo.

Trátase de levantar un edificio con los siguientes datos y condiciones: el solar de 2.000 metros cuadrados, la altura 25 metros, 200 el número de habitaciones, cuatro galerías cuya longitud total fuese de 100 metros, con tres de ancho y seis de alto; dos salones, uno de 16, 10 y 8 metros respectiva-

mente de largo, ancho y alto, siendo el otro de la misma altura y con un cuadrado por base de 10 metros de lado; entre ventanas y balcones han de sumar 450 por la parte exterior, mientras las del interior no han de pasar de 120; el coste total ha de ser menor de 3.000.000 de pesetas, entrando en la suma todo el decorado.

Al arquitecto á quien se presentasen las antedichas bases para que con arreglo á ellas levantase el plano del proyectado edificio le sería de absoluta necesidad conocer á la vez todos los datos antes de trazar la primera línea. Demos que la inteligencia sea una fuerza, aunque más perfecta, análoga á las físicas, y el problema dejaría tamañitos por su dificultad al mismo de la esfinge, la cuadratura del círculo y el movimiento continuo, pues al fin sobre estos últimos cabe la discusión, mientras que el primero sería sencillamente insoluble para el hombre.

El proyecto consta de muchas partes combinadas entre sí y sometidas todas á un plan general dirigido á obtener un todo completo y harmónico; á cada parte le corresponde su idea distinta, pues no ha de ser idéntica la cocina con el comedor, ni éste con el gabinete, etc... En gracia de la claridad vamos á restringir el número de partes distintas, y por ende de ideas, únicamente á 1.000, con exclusión de la idea madre, de la cual han de dimanar y á ella han de subordinarse todas las demás.

Consecuentes siempre con nuestro propósito de *materializar* en lo posible los razonamientos usados, valiéndonos, con preferencia á otro alguno, del gran agente de la naturaleza en donde algunos creen encontrar la solución de los problemas, no solamente mecánicos é industriales, sino también los mismos de la vida y hasta los más trascendentales de la psicología; con venia de los que sepan levantar el vuelo de su inteligencia á más altas regiones voy á representar esas mil ideas por otras tantas lámparas de incandescencia, y después de todo, dentro del error que impugnamos, resulta muy lógico el medio de concretar las ideas, puesto que si el alma es una especie de fuerza eléctrica, las ideas serán una especie de lamparitas llenas de la luz debida al etéreo movi-

miento de aquélla. De dos maneras, entre la multitud de combinaciones factibles, podríamos llegar á la iluminación de las referidas lámparas en el transcurso de una hora, ya con una máquina de 50.000 wats de corriente, pudiendo en este caso lucir todas á la vez, yendo á cada una la milésima parte de la corriente, ó sea 50 wats, ó bien con una dinamo de 50 wats de corriente, luciendo cada lámpara por espacio de 3,6 segundos.

En el primer caso salen los 50.000 wats de la máquina y luego se divide la corriente general en 1.000 corrientes parciales, empleadas en poner incandescentes el mismo número de lámparas; es decir, la supuesta *alma-electricidad* distribuiría su potencia en 1.000 partes iguales, percibiendo otras tantas ideas que en el supuesto son las que constituyen el estudio del proyectado palacio. La independencia de cada corriente parcial, juntamente con la lamparita encendida, es tal que si la economía lo permitiese no habría dificultad en que cada cual marchase, por su oculto camino, á la sombra de la envoltura aisladora á producir su efecto lumínico á 1.000 pueblos distintos de España, y si el Tesoro no frunciere el entrecejo y apretase los cordones de la bolsa, no habría inconveniente en que los pueblos se hallasen repartidos por las cinco partes del mundo; de aquí puede colegirse cuán ajenas están las corrientes parciales, no ya del hecho, sino también de la mera posibilidad de fiscalizarse y sorprenderse mutuamente los secretos.

Añádase ahora que la corriente general carece de existencia propia distinta de la que poseen las particulares, y tendremos que hay 1.000 lámparas, todas ellas brillantes y deslumbradoras, pero sin una general donde se fundan todas, y es más, sin la posibilidad de verificar la fusión sin destruirlas y privarlas de su peculiar existencia. Por lo tanto, la consabida *alma-fuerza física* podría dividir su energía en 1.000 partes iguales y formar las mil ideas del caso; pero como esa *alma-fuerza* no tendría existencia distinta de las ideas parciales, resultaría imposible de todo punto la fusión de ellas en un molde común de donde surgiese el plano del edificio del ejemplo.

Veamos si el segundo supuesto resulta más favorable para los *materializadores* del alma. La corriente de 50 wats efectivamente hace brillar á cada una de las lámparas por espacio de 3,6 segundo, viniendo á recorrerlas todas al cabo de una hora, lo que equivale á decir que la *fuerza animica* había producido las mil ideas del caso. Mas debe tenerse muy en cuenta que la fuerza eléctrica convertida en luz dentro de la bombita primera no es la misma de la segunda, ni ésta la de la tercera, etc.; es decir, que la electricidad producida en la hora se ha fraccionado en 1.000 partes iguales, todas ellas independientes entre sí é individualmente distintas, como se desprende del hecho de que, después de iluminada la primera lámpara, no basta apagarla para encender la siguiente, sino que es necesario que la dinamo continúe andando y produzca *nueva* electricidad para, á su vez, ésta producir nueva luz. No se pierda de vista asimismo que con los 50 wats de corriente es imposible encender á la vez las 1.000 lamparitas.

Y aplicando las verdades consignadas al *alma-fuerza física* tendríamos que podría ir percibiendo las mil ideas sucesivamente, pero sometida á la triste ley de borrarse la primera en el momento de brillar la segunda, y sin capacidad para abarcarlas todas ellas en una sola mirada y eslabonarlas entre sí á fin de formar un conjunto ordenado y fecundo en aplicaciones prácticas. Por manera que, si el alma humana no saliese de la humilde esfera de las fuerzas materiales, deberíamos declarar como imposible todo proyecto de construcción, siquiera fuese de la humilde choza de pobre labriego. Y cuán absurda sea tal afirmación díganlo con la lógica contundente de los hechos la delicada maquinaria de un reloj, en donde, merced á la combinación de diversas ruedas, se señalan las lunas, los meses, días, horas, minutos y segundos; díganlo las grandes fábricas modernas, en donde por el movimiento rectilíneo y rígido de un émbolo se obliga á doblegar su dura cerviz y prestar sus servicios al rey de la creación de mil diferentes modos y con mil distintos fines; dígalo el monumental monasterio que hoy me sirve de morada, en donde descuella entre todas sus maravillas artísticas la gran-

diosa idea del conjunto, fecunda madre de su magnificencia, y su severa belleza, trocada á veces en verdadera sublimidad por el silencio de la noche, los pálidos rayos de la luna y el gemir profundo de los vientos, unido todo á la apreciable condición de su comodidad.

Y si no es posible en la hipótesis del *alma fuerza* la concepción de una construcción material en cuyo conjunto al fin y al cabo predomina lo concreto y sensible, ¿cómo podrían levantarse esos monumentos sublimes, pruebas incontrastables de la espiritualidad del alma humana, que llamamos la *Divina Comedia*, la *Jerusalén libertada*, el *Paraíso perdido*? Y elevándonos todavía á más suprasensibles regiones, ¿cómo pudo formarse, partiendo de lo tangible y concreto, la sublime ciencia de lo universal y transcendente, contándose entre sus factores principales los grandes pensamientos de Platón, los sutiles razonamientos de Aristóteles, los grandiosos conceptos de San Agustín, desparramados como las estrellas del firmamento en el espacio inmenso de sus obras, de donde, recogidos, ordenados y adicionados por el Angel de las Escuelas, han llegado á constituir la monumental obra del siglo XIII titulada *Summa Theologica*? ¿Cómo han podido surgir de entre las groseras ondas de la materia las vaporosas y etéreas teorías para dar satisfactoria explicación de los fenómenos físicos, y sobre todo la ciencia de lo abstracto por excelencia, las matemáticas, cuyas leyes han sido y están siendo el hercúleo brazo que comunica el soberano impulso á las ciencias de la naturaleza, con el cual han recorrido en pocos años inmensos espacios, franqueando insuperables barreras, escollos donde se habían estrellado la laboriosidad, la constancia y el genio de los antiguos?

No hay que dudarlo, como sucede con todas las verdades evidentes, el abismo que separa á las fuerzas de la materia de las fuerzas psíquicas, á medida que aumenta el conocimiento de los dos extremos, se va ensanchando más y más, apareciendo á la brillante luz de los progresos científicos como infinito, y de hecho es así, porque son como dos rectas divergentes, cuyo punto de partida es común, es decir, Dios; mas fuera de aquí, por mucho que se les prolongue,

jamás llegarán á encontrarse, y no sólo jamás se encontrarán, sino que, por el contrario, cada vez va siendo mayor la distancia que media entre dos cualesquiera de sus puntos.

FRAY TEODORO RODRÍGUEZ,

Agustino.

(Continuará.)





GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA ⁽¹⁾

I

Tal fué su vida: fecundísima para las letras y espejo de perfección para las damas que quieran ver enaltecido su nombre con el virtuoso cumplimiento de sus deberes sociales y la honrosa ejecución de las obligaciones sagradas que de la mujer reclama, con el imperio indiscutido de una necesidad fundada en la misma naturaleza, aquel difícil ministerio, lleno de ternezas y suavidades que se ejerce allá en la íntima escena del hogar, que será bendito si la mujer lo santifica con sus virtudes, honrado si lo alumbra con sus bellos sentimientos, tranquilo si lo anima con su plácida influencia perpetuamente, y dichoso y respetado si lo ennoblece con los timbres, mil veces más preclaros que los de la prosapia más remota, de su abnegado amor, fundamento robusto y base incommovible de toda bienandanza y ventura. Las dotes de la inteligencia y las bondades del corazón se aunaron en ella de un modo perfectísimo: con el mismo cariño pulsó la melodiosa cítara y prodigó cuida-

(1) Muy notables son las cuatro conferencias que acerca de la ilustre escritora ha dado en el Ateneo de Madrid el inteligente abogado Sr. Aramburo; las extractamos en este artículo para deleite de nuestros lectores.—*N. de la R.*

dos y caricias al enfermo amado, con la misma fuerza quiso á los suyos y amó á sus obras, y con el mismo amor que á éstas consagró hubiera amado sin duda á los hijos que el cielo le hubiese deparado; que si aquéllas no reciben la vida sino á costa de intelectuales esfuerzos y espirituales congojas, éstos no reciben la luz del sol sino á costa de las entrañas que se abren, del seno que se desgarran y de la envoltura carnal toda que se conmueve con dolorosos estremecimientos.

«¡Es mucho hombre esta mujer!» exclamó rebotando admiración uno de los mejores escritores de la época, al oír de labios de Munio Alfonso aquella furiosa invocación con que termina el tercer acto de la tragedia de este nombre; *No es una poetisa, es un poeta*, profirió sentenciosamente otro literato, queriendo dar idea de la capacidad intelectual de la Avellaneda. Mas el sentido de aquella hipérbole calumniosa que altera sustancialmente la naturaleza del objeto encomiado, y el alcance de esta frase inexacta que revela el concepto superficial que de la poetisa había su autor formado, deben limitarse en rigor al alcance y al sentido que les quiso dar la intención; es decir, que deben tomarse por expresiones poco afortunadas de admirativos juicios, que están muy lejos de afirmar que la Avellaneda se mostró inconforme con su carnal vestidura, ó renegó de su sexo, ó hizo repulsivo alarde de cualidades que al contrario sexo pertenecen. No, la Avellaneda, la habéis visto, fué una prueba viviente de la cabal armonía, de la perfecta compatibilidad con que es posible fusionar el culto de las letras y el doméstico culto, los deberes de familia y las tareas poéticas.

Ocioso es decir que quien, como la Avellaneda, se mostró tan mujer en todo que, hasta por no dejar de serlo nunca, cayó en la debilidad, común á su sexo, de rebajar la cifra de sus años, razón por la cual, y al decir del Sr. Menéndez Pelayo, la fecha de su nacimiento aparece equivocada en casi todas las biografías, no había de poner careta á su alma cuando la retrató en su bellísima poesía lírica, la cual, por ser la más íntima y honda, la más subjetiva y personal,

la más humana y psicológica, constituye siempre, y á veces aun en contra de la voluntad del poeta, la traducción exacta al literario lenguaje del mudo lenguaje del alma, la reproducción completa, por medio del arte, de los sentimientos que dominan en el espíritu.

Verdad es que la Avellaneda canta con entonación tan brillante, y su lirismo es tan grandilocuente y su expresión tan robusta y sus pensamientos tan profundamente energicos, que no es extraño inspirase el conjunto de estas raras y excelentes cualidades aquellos juicios que sólo encierran una parte de la verdad, como resultado que son del examen parcial del objeto, de la contemplación de un solo aspecto de la personalidad apreciada; pero es también cierto que, al lado de estas condiciones, propias de talento varonil, brillan otras que sólo se dan en almas de mujer, y como ha dicho con razón el ilustre profesor citado, «lo femenino eterno es lo que ella ha expresado y es lo característico de su arte».

Aunque en la apariencia las dos opiniones son inconciliables, se armonizan, sin embargo, maravillosamente, haciendo brotar la verdad perfecta, desnuda de todo error y limpia de toda mancha. Sí; la Avellaneda siente como mujer y se expresa como hombre, posee la ternura femenina y la varonil energía, es una poetisa que sabe cantar como poeta, y un poeta que se transforma con facilidad en poetisa: es la majestad y la sencillez, la elevación y la llaneza, el huracán y la brisa, el furor y la calma, las pasiones y los éxtasis, y poseyendo, como nadie, la equilibrada combinación de tan opuestos elementos, constituye una personalidad originalísima de nuestra literatura y muy poco frecuente en la historia del arte poético. La clave de este misterioso dualismo la dió en elocuente protesta contra los fallos absorbentes del sexo fuerte la inspirada escritora doña Carolina Coronado, probando que hay talentos á quienes se ha concedido la doble facultad repartida en los dos sexos, que esta dichosa flexibilidad no es obra del arte, sino del sentimiento que, por esfuerzo espontáneo del genio, se identifica con el sexo que pinta, y que en la unión de estas

dos cualidades estriba la perfección del genio. De aquí la universal grandeza del que lució en la Avellaneda, á quien unánime ha otorgado la crítica la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos; sin rival fuera de España, á no remontarnos para buscárselo á los gloriosos tiempos de la inmortal poetisa de Lesbos, pues aun la gentil y felicísima Victoria Colonna, antorcha del Renacimiento, que con ella mantiene alguna semejanza, le es notablemente inferior en la expresión de los afectos, que pierden mucho de su natural encanto cuando la Marquesa de Pescara los reviste de esa fría y vaporosa serenidad en que flotan sus versos.

Como caracteres fundamentales de su lírica pueden señalarse, la profunda naturalidad del sentimiento, causa indudable de la sinceridad y apasionamiento de la expresión, tan fervorosa y mágica en la Avellaneda como puede serlo en Alfredo de Musset, Espronceda ó Zorrilla; la grandeza de los conceptos, la brillantez de los pensamientos y el íntimo enlace, la absoluta identificación entre lo pensado y sentido, cualidad que constituye su manera habitual en la poesía, y que, en fuerza del hábito, llega á producir como una auto-sugestión artística, cuando el compromiso ó la amistad la ponen en la obligación de cantar asuntos que no concibió espontáneamente.

No es extraño que, poseyendo un talento con tan rara perfección equilibrado, supiese armonizar cualidades que á primera vista se repelen, cómo no es tampoco sorprendente que, estando enriquecida con las energías de una sensibilidad por extremo impresionable, diese franca acogida en su pecho y cantase en sus versos al sentimiento humano por excelencia, al amor; pero no al amor circunstancial de una época de la vida ó á la pasión exclusiva y dominante que un objeto inspira, sino al amor en todas sus fases y manifestaciones, en todas sus esferas y desenvolvimientos; amor divino que la fe enciende y al alma transporta á místicas regiones de calma y placidez nunca soñadas; amor humano que agita y perturba el corazón con indeterminado

anhelo, ó le llena de gozo delirante con las dulzuras de la posesión, ó le inunda de amargos pesares cuando el necio orgullo ó el ingrato desvío le escarnecen y humillan; amor poético, ideal y artístico que regocija al apenado espíritu y despierta sus dormidas potencias con el culto ferviente de materiales bellezas; sed de amor, siempre ardiente y nunca saciada, que la lleva á convertir el desaliento y el hastío que acongojan su alma en fuente preciosa de inestimable poesía.

Dentro de la condición de unidad, indispensable en toda obra poética, aunque no tan absoluta en la lírica como en la épica, en las composiciones de la Avellaneda se observa con deleite la más rica y amena variedad, reflejada en multitud de ideas y sentimientos, que se subordinan, como es de rigor, al pensamiento capital y al pensamiento dominante, pero revestidos de formas sugestivas, brillantes, ya con los graciosos espejismos de la acuarela, ya con los tonos vivos é intensos de la pintura al óleo, dando por resultado un conjunto lleno de armonía, en el que las variaciones melódicas no ocultan nunca, antes bien expresan y matizan en diferentes modalidades el motivo que inspiró el poema. Y todo ello encerrado en moldes tan nuevos por la vitalidad del movimiento, por la intensidad de la emoción sentida, por la viveza de la expresión, lo mismo cuando la poetisa traza correctas imágenes de encantadora hermosura, que cuando se vale de la alegoría; lo mismo cuando relata los hechos, que cuando describe el estado de su ánimo herido por los objetos ó afectos que le impresionan; lo mismo cuando relata y describe, que cuando expone y dialoga, que bien puede afirmarse de sus poesías, sin temor á la tacha de hiperbólico, que son como una reproducción gráfica de los sentimientos á que deben la vida, nunca expresión fría de tonos docentes ó exposición artificiosa de ideas y pensamientos concebidos pero no sentidos, con residencia en el entendimiento, mas sin albergue en el corazón; penetrantes emanaciones de un alma que tuvo el sentimiento por ley, la belleza por norma, y por centro, fin y objetivo primordial el arte con todas sus magnificencias y gallardías, con todas sus arrogancias y sublimidades; encantos

todos comunicados á la sensibilidad y á la inteligencia del lector por medio de un estilo saturado de bellas energías, en donde las figuras, las licencias y los recursos poéticos en nada dañan á la fuerza del lenguaje, que luce todas sus galas y ostenta toda su opulencia exento de bambolla, depurado de artilujos efectistas y disparatados eufemismos, rebosando casticidad intachable y gusto de buena ley.

II

TRAGEDIAS

Conforme al plan expuesto en la primera conferencia, esta segunda consistió en un estudio detenido de los poemas trágicos de la Avellaneda, quien, en alas de la fuerza creadora de su fecundo genio, supo elevarse á la esfera amplísima de la poesía dramática, expresada en todos sus géneros, desde la severa, imponente y terrorífica tragedia, hasta la comedia graciosa, sencilla é interesante, pasando por un término medio que los preceptistas han denominado con harta razón *drama*, porque, acercándose unas veces á la primera, otras á la segunda, pero sin confundirse nunca con ninguna, aprovecha indistintamente los elementos de una y otra, y viene á ser en realidad el poema dramático por antonomasia.

En minucioso análisis expuso el Sr. Aramburo las bellezas que esmaltan las cuatro tragedias debidas á la pluma de la escritora cubana, las cuales deben ser consideradas como tales tragedias por la grandeza de la concepción dramática, por los asuntos sublimemente patéticos que tratan, por el desenlace terrorífico de su acción, por la lucha formidable de pasiones que presentan, por los caracteres terriblemente enérgicos de sus protagonistas y por la grandilocuencia y solemnidad de la forma, aunque la autora, llevada de su modestia, no calificara ninguna de *tragedia*.

La indomable fiereza de Munio Alfonso que, arrastrado por invencibles escrúpulos de su honor, nunca abatido ni

manchado, hiere con seguro golpe á su propia hija, sólo por haberla sorprendido en inocente conversación de amores con el apasionado príncipe D. Sancho; los amores de éste con la dulce Fronilde, poéticos, inocentes, immaculados como la adoración inmaterial de dos ángeles; la implacable ambición de la inicua reina D.^a Juana Enríquez, á la que calificó de verdadero protagonista de *El Príncipe de Viana*; la heroica mansedumbre y filial resignación con que el malaventurado Carlos de Viana sufre las humillaciones de un proceso y los horrores de la prisión, todo ello fué presentado por el conferenciante y sometido á fundada crítica, haciendo resaltar las hermosuras de estos cuadros pasionales.

Al hablar de *Saul*, comparándola con sus homónimas de Soumet y Alfieri, afirmó y probó que en el de la Avellaneda hay más movimiento, más vida y más drama que en el del poeta italiano, y aparece más fielmente reproducida la verdad bíblica que en la obra francesa.

Señaló, por último, la transcendencia colosal de la tragedia *Baltasar*, cuyo protagonista, personificación de un pueblo que se hunde bajo la pesadumbre de sus vicios, síntesis de una cultura que parece ahogada entre los refinamientos de la sensualidad, puede sostener muy bien la comparación con las más felices creaciones del teatro griego.

Cumplíanse el día de la conferencia (1.º de Febrero) veinticuatro años del fallecimiento de la escritora, y con este motivo el orador dedicó una ofrenda de respeto á su nombre y entonó sentido y elocuente himno de alabanza á su memoria, lamentando el injusto olvido en que han caído sus obras.

III

DRAMAS Y COMEDIAS

Siguiendo el plan propuesto en la primera, después de haber hecho el análisis de las tragedias debidas á la inspiración de la insigne poetisa cubana, continuó examinando

sus obras dramáticas, entre las que merecen atención muy especial sus dramas históricos y sus comedias de carácter y de intriga.

Describió el estado de perpetua agitación que, por virtud de las no interrumpidas conspiraciones y crímenes empleados como medios de escalar las gradas del trono, atravesaba la sociedad hispano-goda, para sacar en conclusión que el drama *Recaredo* es un drama que cabe rigurosamente dentro de la denominación de histórico, no sólo porque su asunto es en realidad épico, porque encierra aquella profunda transformación social y política que tan incontables beneficios causó en España con la abjuración solemne de la herejía arriana y reconocimiento oficial de la fe católica, en tiempos del magnánimo y esforzado hijo de Leovigildo, sino porque todos los personajes que intervienen en la acción de la obra se mueven y manifiestan tales como la historia enseña que vivieran en la realidad. Confirmó plenamente este carácter del drama *Recaredo*, exponiendo los caracteres esenciales del poema histórico, y demostrando que el arte instruye, pero sin proponerse como fin primordial el fin docente; que sus enseñanzas se derivan naturales y espontáneas de la emoción cabológica, única finalidad esencial del arte, y que por eso las obras artísticas enseñan tanto más cuanto más cantidad de arte contengan, por lo mismo que la verdad y la belleza son inseparables, como inseparables son la inteligencia y la sensibilidad. (Aquí se valió de una imagen para robustecer su opinión.)

Entrando en el estudio de otro drama muy célebre de la Avellaneda, *La verdad vence apariencias*, acogido con gran entusiasmo por el público, á pesar de que el género á que pertenece había ya decaído un poco del favor de que antes gozara, como consecuencia de las nuevas corrientes que en el campo de la literatura dramática española se iniciaron á mediados del presente siglo, indicó que su asunto estaba tomado del drama *Werner*, de lord Byron, quien á su vez se inspiró en una novela alemana original de la señorita Lee; pero afirmó que, ni Byron imitó en su *Werner* á la novela *Kruitsner*, ni la Avellaneda siguió los pasos del poeta de

Albi6n al escribir *La verdad vence apariencias*: uno y otro edificaron sobre las bases mencionadas sus respectivas construcciones dramáticas, y es curioso observar cómo el mérito de estas producciones está en razón inversa de su antigüedad, pues si *Werner* es incomparablemente superior á la novela *Kruitsner*, la obra española debe colocarse en grado más alto, por lo menos, en la escala del mérito que el que ocupa la creación del poeta inglés. Para probarlo expuso el desarrollo de la acción en uno y otro drama, señalando detenidamente las diferencias que los separan y deduciendo de todo ello que en la obra de la Avellaneda hay más movimiento, más ruido, más enredo y más interés, siendo hasta tal punto cierta la afirmación, que Byron no se atrevió nunca á llevar al teatro su obra, mientras que el drama español alcanzó considerable número de representaciones.

Presentó seguidamente las bellezas que encierran las comedias de la genial escritora, empezando por *La hija de las flores*, obra llena de primores y delicadezas, que parecen arrancados á los pasionales encantos de una leyenda oriental, tan tierno y exquisito es el sentimentalismo de que está impregnada, y á la que calificó de una de las más grandes obras dramáticas que el espíritu romántico ha informado en España. Señaló como defecto capitalísimo de esta producción la inverosimilitud del carácter de la protagonista, porque aquella pasión llena de vehemencia que la hermosa levantina siente por las flores no es real ni humana; pero con ello la autora dió vida á un tipo completamente nuevo, nunca presentado en el teatro, poseído de poética locura, legándonos una de esas sublimes extravagancias que sólo se encuentran en la heredad de los genios.

Se refirió á la opinión del Sr. Romero Ortiz, para aplaudir la rara ingenuidad con que la Avellaneda confiesa que, su *Aventureira*, comedia en cuatro actos y en verso, es una imitación de la que, bajo el mismo título, dió á luz el poeta traspirenaico Emilio Augier, cuando lo poco de común que entre ambas producciones existe hubiera autorizado á la autora á presentar su obra como enteramente original. De acuerdo con el citado escritor, así la califica el conferen-

ciante, pues de la comparación resulta diverso el género á que pertenecen, diversa la tendencia filosófica á que obedecen, diversos los caracteres y situaciones, diverso el desarrollo de la acción, diverso también el pensamiento moral á que responden: todo menos el título y la riqueza de colorido, únicas innegables analogías que las unen, todo es diferente; es otra comedia, en fin, la de la Avellaneda, que no rinde otro tributo á la de Augier que el haber sido por ella inspirada, mérito principal que, en frase del refinado crítico, puede ostentar la obra francesa. Estas diferencias fueron expuestas con detenimiento, haciendo resaltar la hermosura del carácter de Natalia, desprovista, desde que se presenta en escena, de la impudente lascivia de su torpe vida, cubiertas con el casto ropaje de los sentimientos de la arrepentida Magdalena aquellas desnudeces de la Clorinda de Augier, apartada por completo de sus pasadas costumbres licenciosas, que ya sólo se citan en el curso de la acción como necesario antecedente, y trabajando por su regeneración, por penetrar en

la región misteriosa
donde respiran los seres
que Dios de bendición colma,

en el santuario de la familia; porque su alma noble y grande, en medio de la prostitución del cuerpo, á que la había llevado la codicia de un vividor sin entrañas, Celestina asquerosa y repulsiva del sexo fuerte, quería disfrutar de la única situación para ella ignorada,

la de verse en el mundo
con rango de noble esposa,
la de ocupar puesto digno
entre las hembras de honra.

Como prueba de la rara perfección con que la Avellaneda poseía la difícil ciencia de leer en el corazón humano, y como testimonio de la grandeza de los pensamientos que esmaltan

esta comedia, recitó el Sr. Aramburo estos versos, primoroso marco donde se encierra la expresión feliz de una de las cualidades más notables del sexo débil, y al mismo tiempo uno de los más bellos conceptos y más dichosamente traducido en palabras que la lengua castellana ha contenido:

Debe haber no sé qué encanto
en sentirse protegida
por la fuerza que se teme,
por el valor que se admira;
y en su dulce esclavitud
hallarse fuerte una misma.

Esto exclama con inspiración la apasionada Natalia, cuando su fingido hermano se burla del amor que le inspira Eduardo, y lo atribuye en su mofa á los insultos y dicterios que de él recibió la convertida Mesalina.

Gran resonancia alcanzó en 1855 el estreno de *Oráculos de Talía ó Los duendes en Palacio*, comedia original en cinco actos y en verso, que dió no poco que hacer á la crítica, cuyos ministros expusieron juicios tan contradictorios y opiniones tan encontradas, que la autora, deseosa de encontrar enseñanza en sus fallos, para refundir la comedia expurgándola de sus defectos, sólo encontró inconciliables pareceres que llenaron su espíritu de confusión y dudas. Desde el aplauso entusiasta de admirador ferviente, hasta el áspero reproche de sañudo enemigo; desde la afirmación incondicional del mérito, hasta la negación explícita y terminante de cuantas condiciones son esenciales en una obra dramática, todo se encuentra en la crítica, todo menos un juicio sereno, imparcial en absoluto y desapasionado por completo. Y para que nada faltase en esta despiadada flagelación de que fué objeto la obra, se presenta en la arena, luciendo las armas de la erudición y sabiduría, influyendo con todo el peso de su autoridad, que era mucho, un esforzado campeón, que ejerció con general acierto la difícil misión de crítico para declarar sin distinguos que ciertos conceptos puestos por la Avellaneda en boca de sus personajes eran *lengua babilónica* para las gentes del siglo XVII,

época en que se desarrolla la acción, pues *tales lindezas*, dice, eran desconocidas en aquellos tiempos; y para probar su aserto cita estos versos:

¿Es cosa rara en España
que el togado mande en guerra,
y el literato en marina,
y el militar en hacienda?

Y la Avellaneda confiesa graciosa y paladinamente que los tres últimos versos, es decir, los que contienen el supuesto anacronismo, están tomados de un poeta satírico del mismo siglo XVII. Como se ve, la crítica tiene á veces cosas peregrinas. Y cuenta que la víctima de esta *cogida* fué nada menos que D. Aureliano Fernández-Guerra.

De todos los cargos defendió el orador con gran copia de razones á la obra mencionada, haciendo fijar la atención de sus oyentes en la altísima importancia que envuelve su asunto, que no es otro que presentar en relieve, encarnados en tipos bien comprendidos y pintados, los defectos é inconvenientes de ese desdichado sistema, tan arraigado en España, que, arrancando de su natural esfera de acción á tantos ingenios que honra y prez dieran á la patria si no los desviarán de su natural camino, los coloca en los públicos empleos, único premio á sus talentos literarios, echando sobre el Estado la abrumadora carga de funcionarios ineptos, cerrando el paso á las nobles ambiciones de los hombres de letras y abriendo ancha puerta á la ambición innoble y desmedida de los políticos menudos. Para demostrar la tesis la autora escogió las intrigas y artimañas de aquella corte venal que en tiempos de Carlos II desgobernaba á España, y que contagiando al inspirado Valenzuela, primer ministro que fué, protegido por D.^a Mariana de Austria, hizo que la historia, que pudo de él decir «fué un gran poeta», no afirme hoy otra cosa sino que fué «uno de tantos validos».

Obra también muy notable y que no alcanzó éxito feliz, tal vez más que por sus defectos porque la magnitud del talento de la Avellaneda despertara en ciertos ánimos sen-

timientos poco dignos, es *Tres amores*, comedia en prosa, dividida en un prólogo y tres actos. Señaló, para que no se le tachara de ciego encomiador, los defectos que pueden encontrarse en la citada producción, afirmando que no son de tanto bulto que merezcan condenación absoluta, siendo la hermosura y originalidad de la tesis suficientes para absolver á la comedia de esas imperfecciones. El amor carnal que degrada, el amor imaginativo y artificioso que engaña y el amor puro y profundo del alma que ennoblece y sublima, ó en otros términos, el apetito lascivo, que dura cuanto dura la satisfacción del veleidoso deseo; la ilusión engañosa, que se deshace al soplo más ligero del viento de la realidad, y la pasión hondamente arraigada y absolutamente generosa, que permanece incólume á través de todas las pruebas y en contra de todas las vicisitudes: tales son los tres grandes sentimientos que luchan en la obra, cuyo desenlace, preparado por hábil *quid pro quo*, da el triunfo más solemne al amor santo, al amor desinteresado de un alma que cede á la irresistible inclinación que le impele hacia otra criatura, sin objetivo egoísta, sin otra finalidad en el amor que el amor mismo.

IV

NOVELAS Y LEYENDAS

El arte y la literatura marchan siempre á compás de la civilización, concentrando en bellas formas representativas los elementos de la cultura, reproduciendo en artísticas creaciones las ideas que dan carácter á una época, los sentimientos peculiares de un pueblo, los ideales de una nación, los signos morales de una raza. Por eso, al primitivo canto épico, fragmentario y anónimo, propio de los tiempos primitivos, sucede la magna epopeya; por eso, cuando la vida se complica con la multiplicidad de relaciones y necesidades propias de épocas adelantadas, aparece la épica revisitando nueva forma y surge la novela, género que, aunque

cultivado desde antiguo, no adquiere desarrollo floreciente hasta la edad moderna, como consecuencia de la complejidad de elementos é infinita diversidad de factores que en los actuales tiempos caracterizan á la civilización. Por esta razón es imposible escribir la epopeya de la edad moderna, porque no hay ningún genio que pueda abarcar tal inmensidad, y por ello se ha podido decir con razón que las novelas que, en número incalculable, corren de mano en mano por el mundo son los capítulos diseminados de esa inmensa epopeya de la edad moderna.

Reforzando estas afirmaciones, enumeró el docto conferenciante las diversas tendencias y varios ideales á que obedecen las modernas novelas, para venir después á sentar que la Avellaneda, siguiendo las corrientes de su tiempo, calcó sus obras épicas en los ideales románticos, pero respetando siempre los inviolables fueros del arte, con tan inquebrantable perseverancia, que jamás le hizo servir de medio de propaganda, ni de vehículo de teorías ó sistemas, sino atenta siempre á conseguir el verdadero fin artístico, que es la realización de la belleza.

Sab, por ejemplo, es una novela abolicionista en el fondo, pero si se la compara con *La cabaña del tío Tom*, se observará que ésta es más alegato que poema, mientras que aquélla es una creación puramente artística, teniendo por base de sus méritos las bellezas de un carácter y los tormentos de una pasión individual, á través de la cual el lector adivina la generalización de aquellas amarguras á los demás esclavos, y siente surgir en su espíritu la enérgica condenación que la humana naturaleza formula espontáneamente ante el espectáculo de la injusticia y del dolor.

Lo mismo puede decirse de *Espatolino*, novela filosófico-social, en donde se plantea el problema de la justicia social y se ponen de manifiesto las deficiencias de la acción del poder público, ineficaz para proteger la honra y harto insuficiente para reprimir todas las infracciones de la moral y todos los horrendos delitos que están fuera de la jurisdicción del derecho positivo, y que, sin embargo, son fuente de tantas desventuras: el pensamiento artístico domina al

pensamiento filosófico, que luce secundariamente y como natural consecuencia de la impresión por el arte causada.

Inspirada también en el más puro romanticismo, *El artista barquero* ó *Los cuatro cinco de Junio*, es una delicada melodía de amor, expresada con afortunado acierto en variedad abundante de finos matices, y un rayo de luz purísima que viene á disipar las negras sombras que envuelven la historia de la Marquesa de Pompadour, inteligencia nada vulgar, regenerada por el amor que resurge en el ocaso de la juventud como última esperanza de terrena felicidad, limpiando las liviandades de su vida de favorita con los frescos alisios del sacrificio y las tibias auras de la resignación consoladora que apaga el rescoldo de la pasión y purifica el ambiente en que el alma respira.

En *Dolores* (páginas de una historia de familia), por el contrario, la pasión dominante es el orgullo, soberbiamente personificado en las criminales altiveces de la Condesa de Castro, D.^a Beatriz de Avellaneda, quien, cegada por los extravíos del sentimiento del honor mal entendido, pospone á la nobleza de su abolengo la felicidad de su hija y la tranquilidad de su esposo, haciendo pasar á aquélla por muerta, y sepultándola realmente en vida, pues no á otra cosa equivale la permanencia forzosa en el sagrado claustro, que es la dicha más preciada para las esposas de Cristo, que han dejado en los umbrales de aquella mansión todo afecto mundanal, pero que debe ser martirio inhumano y amargura indefinible cuando con la casta virgen atraviesa las puertas de aquella morada de santidad la imagen de un hombre querido que atenacea y destroza el alma con la idea desconsoladora de una pasión sin esperanza.

La profunda simpatía que despierta en los corazones generosos el infortunio del caído y la adversidad inmerecida fué el sentimiento que dictó á la Avellaneda su preciosa novela *Guatimozin*, interesante historia de la vida y muerte del malaventurado descendiente de Motezuma; himno de gloria á su martirio y tributo de alabanza al heroísmo infelice del noble azteca vencido.

Las leyendas son hermosas parábolas ó elocuentes narra-

ciones que interpretan las leyes morales que rigen el instinto universal de los pueblos, las profundas verdades de la filosofía del vulgo, las doctrinas morales de las gentes indoctas, cuya espontaneidad de origen y aceptación común pregonan la alteza augusta de su eterno é incommovible fundamento; los principios de la lógica popular, la cual no se engaña nunca, porque jamás se aparta en sus raciocinios de la norma trazada por el común sentido, que brilla en ella radiante de luz, sin que las nubes del error sistemático ó de la teoría de escuela interrumpen su esplendorosa trayectoria. *La montaña maldita, La ondina del lago azul, El aura blanca, La Baronesa de Foux, El donativo del diablo, La flor del ángel* y tantas otras leyendas prueban suficientemente el aserto sostenido; en todas ellas se conserva con exquisito cuidado la índole popular de la narración, la hechicera llaneza de la conseja, las seducciones fascinadoras del idealismo de las clases incultas, de cuyo seno se desprenden embriagadoras emanaciones de candor y sencillez que transmiten el recto sentido moral de las tradiciones populares.

Muy interesante la segunda parte de la conferencia, porque contiene el resumen de todo lo expuesto con relación á los méritos literarios de la Avellaneda.

En la poesía lírica recordó que nadie puede disputarle, según el juicio de D. Juan Nicasio Gallego, aceptado unánimemente por la crítica, la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos, igual á Safo, sin rival fuera de ella.

Como novelista, tiene razón el Sr. Menéndez Pelayo al afirmar que este aspecto de su labor literaria es el menos personal é importante; pero debe tenerse en cuenta que los superiores méritos de la Avellaneda en la lírica y en la dramática perjudican notablemente su reputación de novelista; y que, siendo cierto que en la novela no marcó ningún rumbo nuevo, no puede desconocerse que en sus obras hay caracteres magistralmente trazados y descripciones llenas de color y de luz, lo cual no es raro, pues quien supo exponer

con arte tan gallardo sus sentimientos en la lírica y llevar al teatro con tan feliz éxito las grandes pasiones humanas, había de conseguir lo propio con igual acierto valiéndose de los moldes épicos de la novela.

Superiores á sus méritos de novelista son sus cualidades de autora de leyendas: en ellas se encuentran rasgos dignos de Hoffmann, y siempre la encantadora sencillez y la brillante fantasmagoría propia del género.

Como poetisa dramática, ha sido imperfecta y superficialmente juzgada, y á su teatro no se le ha reconocido toda la importancia que en realidad tiene. Por eso el conferenciante se extendió en este punto, presentando con pruebas sacadas de sus poemas y con referencias á lo dicho en anteriores discursos las cualidades características de su sistema dramático, en el que encontró mucho de la serenidad trasparente de Sófocles, del elocuente lirismo de Esquilo, de la brillantez de Lope de Vega y de la profundidad de Calderón. Comparó sus tragedias con las de este inmortal dramaturgo, y encontró en las de la Avellaneda más sujeción á los principios del género, porque en las de Calderón los extravíos de formidables pasiones pierden mucho de su natural belleza con las bufonadas y chocarrerías del gracioso, tan del gusto de su público, mientras que la acción en las tragedias de la Avellaneda conserva siempre toda la majestad y grandeza del género, en el cual puede calificársela de maestra y reformadora, pues armonizando por vez primera la severidad y pompa clásica con la libertad y el movimiento del drama romántico, vino á marcar tal vez la forma única y definitiva que la tragedia puede revestir en nuestro tiempo. Probó también lo original y saliente de su manera dramática en el drama bíblico y en el histórico.

En los períodos finales excitó á los hombres de letras á estudiar las obras de la poética, manifestando su deseo de que estas conferencias, en las cuales recela, aunque sin motivo, no haber conseguido encerrar un estudio completo de las obras de la escritora americana, sean iniciación fecunda de una nueva obra, en la que se determine, por autoridad más competente, los caracteres de la personalidad literaria

de la Avellaneda y la clase y el grado de su intervención en el cultivo de las patrias letras, y concluyó con aquellas palabras con que puso fin al prólogo de la primera edición de poesías de la autora el inmortal cantor del Dos de Mayo:

«Fué una mujer muy hermosa; fué hija y hermana ejemplar; fué excelente esposa; fué buena, constante y tierna amiga.

Fué una de las escritoras que más realzaron el lustre y la majestuosa pureza del habla castellana.

Fué uno de los poetas más ilustres de su nación y de su siglo; fué la más grande entre las poetisas de todos los tiempos.»

El numeroso público que concurría á la conferencia tributó grandes y merecidos aplausos al joven y elocuente orador D. Mariano Aramburo.

ZARAVEL.





FEMINISMO

No os figuréis, lectores benévolos (Dios haga buena la calificación), que á fuer de mujer, al tratar un asunto que de modo tan vivo apasiona los ánimos, vaya yo á izar la bandera, halagadora para las mujeres, de la supremacía de su inteligencia. Ni siquiera voy á proclamar la igualdad de aptitudes de un sexo y de otro. Cuando los hechos hablan, las opiniones huelgan, y, así como no podemos menos de reconocer que en todas las épocas han existido mujeres de talento superior al de infinitos hombres, hemos de reconocer también que en ciencias, en letras y en artes, pocas han rayado á la altura de los más eminentes, y esas pocas no han seguido otros derroteros en los diferentes ramos del saber que los ya trazados por el hombre. Esto puede acusar falta de potencia creadora en la imaginación de la mujer, ó consistir en que la mujer, además de recibir una educación especial que le imprime carácter para toda la vida, sólo á fuerza de lucha y sacrificios llega á alcanzar lo que al hombre se le facilita desde luego; y en circunstancias tan diferentes, las producciones de uno y de otro no pueden ser iguales

Sea ello lo que quiera, como una cosa no es mala por no ser lo mejor, aun dado el caso de que la inteligencia femenina no tenga todo el vigor que la masculina, es digna de

que se la tome en consideración; pues las mujeres han probado bien que saben ocupar un puesto preferente, no sólo entre los artistas y los literatos, sino entre los sabios y los filósofos.

Y á todo eso pueden aspirar porque tienen, como base de otras cualidades, un alma bien templada para sentir, y el sentimiento es el maestro indiscutible de la belleza estética, y por el camino del sentimiento se llega á la verdad, fuente de toda razón y de toda poesía.

Pero en España, donde, como en todas partes, el progreso moderno ha ido sacando á las mujeres del pueblo del rincón de su casa, y haciéndolas acudir á las fábricas y los talleres en que hoy trabajan unidas al hombre, sin que por ello sus costumbres se hayan relajado, mírase con cierta prevención desfavorable á las que, viviendo en más elevadas esferas, buscan, merced á ese mismo progreso, otros horizontes á su actividad. Por efecto de esa injustificada prevención, se les ridiculiza su afán de saber y, sobre todo, sus aficiones literarias; se desdeñan sus trabajos, y aun aquellas contadas que, á fuerza de valer y *valor*, logran colocarse á la altura que sus merecimientos les marcan, nunca llegan á mirar limpio de nubes, nubarrones á veces, el cielo de una gloria que todo el mundo se empeña en regatearles.

Es cierto que hoy se honra la memoria de una dama ilustre, D.^a Concepción Arenal, colocando su estatua sobre el pedestal que tan sólidamente dejó asentado la insigne pensadora. También es cierto que hoy la mujer tiene mucho adelantado para su ilustración y desenvolvimiento intelectual, puesto que se han abierto para ella los centros de enseñanza, y casi puede decirse que las trabas que dificultan aún sus pasos en este terreno son debidas á la rutina y al atraso lamentable de nuestras costumbres.

Considerada inapta para los trabajos especulativos, se le inculca desde sus primeros años la idea de que la frivolidad es uno de sus atractivos más poderosos, y la ignorancia y la dependencia absoluta, lo que forma las esposas dignas y las buenas madres.

Si en el hogar la misión de la mujer consiste en vivir la

vida del hombre, compartir sus trabajos y procurar su dicha; si ella es la llamada á dar á los hijos esa primera educación de la cual depende el porvenir de la juventud y de las sociedades, ¿no es un error dificultarle los medios de ponerse en condiciones adecuadas para realizar, con todo el tino y todas las garantías de acierto que requieren, los altos fines que le están encomendados?

En cuanto al poder atractivo de la frivolidad, debe apreciarse viendo cómo los hombres invaden los círculos y casinos donde se veda la entrada á las mujeres, y lejos de ellas pasan las horas agradablemente, departiendo entre sí, bien persuadidos de que con ellas no pueden tratar de nada serio.

Y la mujer, como era en los tiempos antiguos, sigue siendo ahora para el hombre sólo un objeto de recreo; porque ahora, como entonces, entre ellos ninguna otra cosa hay de común.

Sin embargo, aunque se la haya acostumbrado á tener por principal ocupación la de atender al adorno de su cuerpo, antes que al cultivo de su inteligencia; aunque, por consecuencia de sistema tan erróneo, se la haya hecho más sensible á la lisonja que la belleza demanda que al respeto que la ilustración inspira, como en el progreso general no podía menos de tocar alguna parte á las mujeres, esa parte las ha puesto en estado de comprender lo falsa y desventajosa que es aún su posición en la sociedad, y, como saben que la unión es la fuerza, se aperciben para la lucha, reunidas en congresos, donde con tanta pericia como entusiasmo defienden su causa, recabando derechos justos é indispensables para su vida material y moral; que la mujer, como el hombre, no sólo de pan vive.

Entre nosotros este movimiento feminista no despierta gran interés. Aquí la mujer, que, si no en otra cosa, iguala al hombre en indolencia, se preocupa muy poco de la suerte presente y futura de su sexo, y á pesar del extraordinario sobrante de mujeres que arrojan las estadísticas, no busca otra solución al difícil problema de su vida que la eventual del matrimonio.

La incesante y fecunda labor de las mujeres de otros países no arranca á los labios de la española ni una frase de simpatía, de esa simpatía que por la causa común debe de sentir, porque debe sentirla. Como sensitiva delicada que pliega sus hojas, deja pasar el torbellino de ideas y aspiraciones, quizá por su natural indolencia ó por falta de fe en sí misma, quizá porque repugne á sus sentimientos, más que la dependencia en que vive, las exageraciones del radicalismo manifestado tan á las claras en alguno de los congresos feministas del extranjero.

Pero en el terreno de los principios, ¿qué suponen exageraciones ni resistencias de exiguas minorías? Siendo, como es, axioma de justicia la igualdad de todos los seres humanos ante la ley, la equiparación social, política y económica de la mujer con el hombre se impone, como se impuso la abolición de la esclavitud. Es una necesidad social, porque esa equiparación llevará á las sociedades un aumento de fuerzas é inteligencias, valiosísimo, si los Estados, resolviendo tantos y tan complejos problemas como la cuestión entraña, saben utilizarlo con acierto.

Antiguos y modernos pensadores han abogado y abogan por los intereses de la mujer, como interés general ante todo, repitiendo, ya en una forma, ya en otra, lo que Platón en su *Tratado de la República*, decía y á continuación va apuntado; porque, desgraciadamente, aun no ha perdido su oportunidad: «Esa mitad del género humano que hoy se emplea en trabajos domésticos y oscuros, á pesar de que tiene dados tantos ejemplos de valor, de sabiduría, de progreso en todas las virtudes y en todas las artes, ¿no debería ejercer funciones más nobles y elevadas? Acaso sus cualidades se resienten de debilidad, y sean inferiores á las nuestras; pero ¿han de ser por eso inútiles á la patria? La naturaleza no da talento alguno para que quede estéril, y el gran arte del legislador consiste en poner en acción todos los elementos que aquélla le proporciona».

Dejar la inteligencia de la mujer sepultada en el abismo de la inactividad y la ignorancia, viviendo entre las sombras la vida ilusoria de cuanto allí la rodea, es privar á la com-

pañera del hombre del don más precioso que le es dado poseer, de la sabiduría, y como consecuencia inmediata, de la prudencia que debe guiar todas sus acciones. Casi puede decirse que es privarla del ser, porque el ser humano lo constituye su espíritu, y para saber lo que somos y de qué manera hemos de conducirnos en el mundo, tenemos que guiarnos por la propia inteligencia, chispa divina que, por medio de la sabiduría, nos acerca á la inteligencia suprema, con la que aspiramos á harmonizar, y de la cual mana, así como en el orden físico la existencia de todas las cosas, en el orden moral, la ciencia ó sea el conocimiento verdadero de esas cosas mismas. Altamente contrario á los intereses del hombre es desheredar á la mujer de unos dones que dan al alma fortaleza en el cumplimiento de los deberes, y esa valentía en obrar bien, á la que nada vence y que llega á vencerlo todo; dones sin los cuales hasta la misma virtud se resiente de la fragilidad de su base.

Hay, pues, que redimir á la mujer de la injusticia que sobre ella pesa; elevar su condición individual para que libremente y á medida de sus fuerzas, *sean éstas las que fueren*, coopere con el hombre, no sólo al sostenimiento y progreso de la familia particular, sino al sostenimiento y progreso de la gran familia humana.

De lo que las mujeres son capaces se puede formar idea considerando el sinnúmero de obstáculos que han tenido que vencer en todos los tiempos las que á pesar de leyes, prejuicios y costumbres, uniendo al claro talento la instrucción, cincel que abrillanta con mágicas facetas el ingenio, se han elevado por el esfuerzo propio á las más altas esferas del saber.

Es de esperar que las mujeres españolas, una vez convencidas de todo lo que tiene de trascendental y de hermosa su regeneración, se agrupen bajo la humanitaria bandera levantada por espíritus animosos, y sostenida por la parte más ilustrada del mundo civilizado; porque en las mujeres españolas han hallado y hallarán siempre eco todos los grandes ideales.

Esto hace esperar también que en la asamblea magna

proyectada para el próximo año de 1898 en la capital de Inglaterra, á la cual han de concurrir mujeres de todas las partes del mundo, España, representada dignamente, no quedará á la zaga de otras naciones que, sin contar con más elementos que la nuestra, se proponen dejar bien puesto su pabellón.

Y por hoy termino haciendo votos para que de tan importante asamblea salgan convertidas en realidades las perspectivas seductoras que, como en mágica linterna, proyecta la luz de la esperanza con sus rosados tonos en la mente de los que ponen al servicio de tan justa causa valiosas iniciativas é inteligencias, ó sencillamente, y como la que esto escribe, la expresión modestísima de una buena voluntad.

MARÍA DE BELMONTE





JUSTICIA HUMANA

Hé aquí la carta dirigida por el capitán Danilewski á su hermana, desde la *Casa de arresto preliminar* (1), en San Petersburgo:

«Perdona, hermana, si con acentos de desesperación y muerte interrumpo tus delicias parisienses; pero, en la más solemne ocasión de mi vida, cuando me rodean las irreparables ruinas de mi felicidad doméstica; cuando veo teñidas en sangre mis manos; cuando solamente lágrimas é ignominia me promete el porvenir y voy á refugiarme en el suicidio, ¿á quién volverme en busca de compasión genuina, sino á ti, que posees alma tan noble como pura; á ti, que me has probado siempre afecto entrañable? ¿Á quién mejor que á ti pedir protección para mis hijos, quienes, al dar sus primeros pasos en el mundo, padecerán los dolores de completa orfandad y ni tal vez osen pronunciar el nombre de sus padres? ¿Quién, como tú, con tu despejada inte-

(1) Edificio grande, cuadrado, algo vistoso, de seis pisos, en lugar muy céntrico de San Petersburgo, en una esquina de la avenida de Liteni. Desde 1873 á 1875 se estuvo fabricando y costó 400.000 pesos. Contiene 317 calabozos para encierro solitario y 68 para más de un preso. Créase modelo en su género; mas el dictamen de tres sucesivas comisiones patentizó la incompetencia del arquitecto, el cual, por consiguiente, fué encausado.

ligencia y sano criterio, sabrá valuar mi justificación? Si la justicia humana me hace rodar al fondo del abismo que me abrió la iniquidad, tú no me rehusarás una lágrima, una plegaria; tú defenderás mi memoria.

¿Te acuerdas? Seis años hace me casé con Ana Lenski, á quien, por tu constante residencia en París, no conoces personalmente. Aunque, por mi nacimiento y ventajosa posición pecuniaria, podía yo pensar en novias de iguales y aun superiores circunstancias á las mías y se me mostraba favorable más de una encopetada familia, preferí escuchar exclusivamente mi corazón, cautivado por la belleza y el exquisito donaire de Ana y, juntamente conmovido por su pobreza que, en casa de un conde, le imponía la indefinible condición de maestra residente. ¡Para un pecho sensible, delicado, y clara inteligencia, mejorada por el estudio, qué suplicio de incesantes alfilerazos, cuánta hiel sorbida gota á gota, entre la arrogancia ó la compasiva consideración de los padres, las majaderías y desmanes de las niñas, la insolencia de la servidumbre! Solamente por haberla sustraído á situación tan dolorosa, debíame Ana gratitud eterna. ¡Insensato! ¿Cabe en persona alguna tal maravilla? ¿Por qué no pido á las rosas tinte y frescura imperecederos?

Nos casamos. Con todo su relieve, con todo su encanto, con toda su animación, vive, desde entonces, en mi memoria la imagen de aquella mujer, idealizada por su blanco y primoroso atavío de boda. Parecíame ver la luna, en la más despejada noche de la incomparable Nápoles; un ángel, bajado á regocijar con buena noticia á un predilecto del Señor. ¡Qué multiplicidad de emociones, ya graves, ya deliciosas, poéticas todas! ¡El sacerdote, en nombre del Todopoderoso, confiando á mi cariño é hidalguía la existencia, el alma, la felicidad de una virgen! ¡El ignoto porvenir, iluminado por la esperanza, cual el misterioso océano por el sol! ¡Las flores, envolviéndome en atmósfera embriagadora! ¡La música, el himno sacro, de inefable melodía! ¡Concurso brillante! En una quinta inmediata al lago de Como—que diríase creado á petición de un poeta—pasamos aquella primavera. ¡Cómo se nos deslizaban los días en vagar por

exuberantes jardines, por sitios pintorescos, en interminables conversaciones interrumpidas por largos paréntesis de mutua y embelesada contemplación ó leyendo páginas favoritas! Muchas noches, cantando Ana, remando yo, recorriamos un trecho de aquellas divinas aguas. ¡He sido feliz, muy feliz! Durante el verano prosiguió en Suiza nuestro idilio: sucesivamente visitamos la risueña Ginebra, cuyo lago, con tiempo bonancible, semeja un pedazo de cielo; Thun, admirada por Humboldt, que tantas maravillas había contemplado en América; la sosegada Interlaken, Lucerna y Zurich, las cuales, con sus lagos y sus inmediaciones, forman portentosas antologías. Parecía que, por mimarnos, la naturaleza iba preparando mansiones á nuestra bienandanza. En clarísima noche de luna nos llevó un vapor, al son de música, por las ondas del Uri, de grandiosas riberas, que alumbraban luces de Bengala: fué cosa de hadas. ¿Quién me hubiera dicho que, así como, repentinamente, se precipita sobre aquellas aguas el viento del Sur, haciéndolas saltar enfurecidas y sepultar al barquero que navegaba confiado y alegre, el infortunio, trastornando de improviso mi existencia, pondría sangriento remate! Subiendo al Rigi, exclamé, al ver debajo las nubes: «Apurados ya los goces del mundo, nos trasladamos al cielo», palabras proferidas en son de broma, pero, en realidad, escapadas al entusiasmo. Concluyó nuestro veraneo en el *Schweizerhof* (1) de Neuhausen, más semejante á suntuosa quinta que á establecimiento de lucro. Situado en fértil colina, señorea verdes campiñas y laderas, bosques, altísimas y nevadas cumbres, pueblos, la vertiginosa cascada del Rhin, río de leyendas y castillos feudales, á la cual puede llegarse por un camino en declive y al amparo de floridas enramadas dispuestas en obsequio de los viajeros. Sumamente avaloraba aquellos días de encantamiento el acompañarme una mujer inteligente, de conocimientos, de corazón accesible á las bellezas artísticas ó naturales. Con frecuencia sentía yo el intenso placer de advertir que su

(1) *Hotel Suizo*: tal es su nombre.

alma reproducía mis emociones y pensamientos, como repite privilegiada cantatriz las notas de un compositor, centuplicando su valía. No extrañes que me detenga en recordar mi destruída ventura: antes de volver para siempre la espalda al Edén, á la mansión luminosa donde se le apareció Eva sobre un lecho de flores, dotada de perfecciones, debió Adán pararse á contemplarlo... verdad es que exponiéndose á quedar allí fulminado por la desesperación.

A los once meses de nuestro regreso á San Petersburgo nació mi Natalia. Repetidas veces, con efusión, bendije á la Providencia por consolidar con tal suceso mi felicidad, estrechando aún más, si era posible, los vínculos con Ana; por darme en ésta una excelente cooperadora en la tarea de educar bien á nuestra hija, y por concederme abundantes recursos con que atender á sus necesidades y hermopear su vida. Hasta la paternidad se desvirtúa, entristece y rebaja en el hogar del proletario, porque representa nuevas escaseces, mayores dificultades de subsistencia, más nubes en un porvenir ya sombrío.

Dos años después vino al mundo mi hijo Nicolás, proporcionándome aún más regocijo que su hermana. Merced á la armonía de ideas y sentimientos, sin la cual es el matrimonio lucha interminable, suplicio infernal, degradación, ninguna desavenencia perturbó en buen tiempo nuestros días. ¡Cuán fáciles transcurrían éstos entre mi hogar, mis deberes militares y las relaciones sociales!

Estalló la guerra con Turquía. ¡Cuánto me dolió separarme de las tres personas á quienes más quería! Pero, además de obedecer yo á la obligación y el patriotismo, alentábame la esperanza de conquistar laureles, que Ana desde luego, y mis hijos posteriormente, mirasen con ufanía. Lo mismo durante las veladas del campamento que entre los lances y peligros de la pelea, en mi hogar, en el arca de mis amores, tenía fijo mi pensamiento. Con un ascenso otorgado en el campo de batalla y una condecoración, volví a San Petersburgo; pero, á consecuencia de una herida, cojo para siempre, con disgusto de mi mujer, que, naturalmente, procuraba ocultarlo.

¡Ah! ¡Qué alegría tan grande la de mi corazón cuando dejadas lejos escenas de odio, carnicería y destrucción, escenas que espantan y avergüenzan, por indignas de la humanidad, me vi nuevamente en mi casa, rodeado de bienestar, en los brazos de mi mujer, devorando á besos á mis dos querubines!

En el sarao con que celebró mi vuelta y mis recientes distinciones nuestra tía Olga, bailó Ana con el Príncipe Kaveline, sin igual organizador de rigodones, buen mozo á carta cabal, señalado por su opulencia, sus cuadros y sus conquistas amorosas. En mi concepto, es moda reprochable, aberración indecorosa, que baile una casada, mucho más aquella á quien puso Dios la aureola de la maternidad. ¿Por qué, en favor de cualquier galán, en ocasiones libertino, usurpar al marido su exclusivo derecho á estrechar la cintura de su esposa? ¿Por qué ha de aventurarse ésta á oír galanteerías, á provocar, aunque sea contra su voluntad, conatos de seducción?

Irrita que, sobrando diversiones á las señoras, invadan éstas las que solamente corresponden á las solteras, haciendo papel ambiguo. En aquella ocasión, á influjo de inexplicable antipatía respecto á Kaveline, me chocó más que siguiese Ana tan insensata costumbre. Estaba entonces aquélla en el apogeo de su hermosura, y por tal motivo, por su ingénita distinción y su viveza intelectual, descollaba en los salones.

Más enamorado que nunca yo sentía impulsos de llevármela á nuestra quinta, en un deleitoso valle de la Crimea meridional, tan pintoresca y admirable, y allí, á solas, absorberme en su contemplación: en adorarla.

No bien volvimos á casa, manifesté á mi mujer que, dadas la reputación y los hábitos de Kaveline, nunca más debía danzar con él; quiso ella justificarle, celebrando su amena conversación y cortesía perfecta, y atribuyendo á injustas prevenciones, á envidia, mucha parte, por lo menos, de las censuras contra el Príncipe; mas callóse luego, no sin displicencia, al echar de ver mi desagrado extremo. Por primera vez en mi vida conyugal interrumpíase de

manera tal una conversación, dejándonos taciturnos, con asomos de mutua hostilidad.

Con el más triste asombro, algún tiempo después comencé á notar en Ana frialdad, distracciones, prolongados ensimismamientos, nerviosidad, y preguntándole yo el origen, ya me respondía con bromas, ya con impaciencia y hasta con ira. En ocasiones, me tachaba yo de visionario, de impertinente; mas como enfermo á quien molesta su dolencia y que advierte su desarrollo, aunque le asegure el médico que nada tiene, iban dominándome angustia, dolorosas imaginaciones, desconfianza.

Examiné mi conducta en todo el espacio de nuestra unión, y no descubrí la menor falta: desde las bodas, había vivido yo tan fascinado por Ana como el girasol por el astro del día; jamás le había escatimado el dinero; me debía infinitas pruebas de afecto, posición social envidiable.

Escudriñando sus acciones y cualidades, percibí flacos, encubiertos antes por el deslumbramiento de la pasión; me pareció grande su vanidad, superficial su instrucción, pobre su sensibilidad, volubles sus afectos, más capaz de agudezas que de sólidos pensamientos. ¡Maldito sea en un matrimonio el primero que sustituye con la duda, con el ateísmo, la cándida y venturosa credulidad, la ciega idolatría! ¡Miserable condición humana! ¡Intensamente apetecía yo entonces sentir sobre mi seno las palpitaciones de un corazón que me abandonaba, colmar de besos labios que ya no me ofrecían la dulzura, las vehementes protestas de mejores tiempos!

Como Fedra, en Racine, podía yo exclamar patéticamente:

C'est Vénus tout entière à sa proie attachée!

Llegó el increíble día en que, ya con el pretexto de sus nervios, ya con otros, procuró Ana evitar mis caricias.

—En vano quieres ocultar una verdad que asoma por todas partes—le dije;—ya no me amas.

—¡Otra vez!—contestó con desabrimiento.—Enojosa tema has cogido.

—¡Tema! ¿Por ventura es cosa baladí la felicidad, la vida de mi alma? Habiéndote consagrado mi ser completamente, ni un átomo de cariño debes hurtarme.

—¡Jesús! Pareces un poeta... cuando escribe para exaltar al lector.

—No estamos en ocasión de chanzas, sino en momento muy serio, de importancia suma. Exigen tu dignidad y la mía que declares ahora, con absoluta franqueza, lo que sientes.

Palideció ella de notable modo y, tras minutos de silencio, dijo balbuciente.

—Amarte como en el fervor de la luna de miel raya en lo imposible, pues no soy esposa de novela ni pasa en balde el tiempo; mas te aprecio por tus nobles cualidades y tu mérito; te profeso... cordial amistad. ¿Crees tú que no acontece lo mismo á las demás casadas? ¿Cuál, á los cinco años de enlace, cuando no mucho antes, deja de hallarse, poco más ó menos, en mi situación de alma?

—Ciertamente, á tu edad, á los veinticinco años, ya se siente con fuerza irresistible el frío de la vejez... el cual no te impide lucir en los salones y (me sonroja el decirlo) abrir el corazón á nuevos amores.

—¡Así me ultrajas, á mí, á la madre de tus hijos!

—Á la que, menospreciando los nobles títulos de consorte y madre, quiere...

—¡Calla, calla, que me calumnias!

—¡Ven!—le dije, y asiéndola por el brazo, la llevé al cuarto donde mi Natalia y su hermano, dormidos en sus blanquísimas camitas, semejaban dos rosas caídas sobre la nieve.

Al contemplar aquella paz, aquella inocencia, aquel encanto celestial, y pensar en la tragedia que empezaba á desenvolverse en mi hogar, amenazando con lúgubre porvenir á tan interesantes criaturas, me acordé del cuadro en que insigne pintor italiano representó á Jesús, niño y bellísimo, durmiendo apaciblemente sobre la cruz; inundóse en lágrimas mi rostro. También se conmovió Ana. Murmurando en su oído mis palabras, para no despertar á nuestros hijos, le dije:

—Por estos ángeles, jura que no amarás á otro hombre.

—No.. puedo jurar—me contestó con ahogada voz, saliendo de la habitación.

Así que la hube alcanzado en la suya, me dijo:

—Sólo moralmente he pecado. Véngate, sin embargo; mátame; escribiré una carta suponiendo un suicidio, y así quedarás exento de responsabilidad.

—¡Á tan vergonzoso extremo te ha conducido la infidelidad! ¿Es posible, Dios mío, es posible que ahora tenga yo delante á la mujer divinizada por mí en el lago de Como, y cuyas protestas de ternura aún resuenan en mi oído? ¡Transformación monstruosa! Díme, díme al instante el nombre del seductor que ha destruído mi felicidad manchando mi honra.

—Nadie me ha seducido; alucinación involuntaria que ignora el hombre objeto de ella me ha subyugado. Sin piedad ni escrúpulo, derrama mi sangre.

Amagándome con una congestión, vertiginosamente se atropellaban en mi abrasado cerebro las ideas; yo me esforzaba por discernir lo que hubiese de verdad en la breve confesión de Ana; irresistiblemente, aunque sin motivo concreto, pensaba en el Príncipe Kaveline. Escondido el rostro entre las manos, lloraba la desleal.

—Cifraba mis esperanzas predilectas—le dije—en alcanzar el término de mi vida llevándote á mi lado como ángel de mi guarda, y dedicarme contigo á velar por nuestros hijos, educarlos dignamente y proporcionarles las mayores dichas asequibles. No lo has querido, trocando en infierno el corazón del hombre con quien te uniste por tu libre voluntad, con manifestaciones de entrañable cariño, y que no ha dejado ni un día de mantener la fe jurada y tributarte sinceramente obsequios. ¡Oh, miseria humana! ¡Miseria insondable! Ni siquiera memorias conservas del amor y de la bienandanza de otro tiempo: ¡si no, hubieran protestado ellas con energía y constancia tales que otro fuera tu proceder! Ya no te pido nada, pues entre nosotros has abierto un abismo imposible de cegar. Por nuestros hijos, que in-

útilmente envió el cielo á consolidar nuestro vínculo, seguiré viviendo bajo el mismo techo, simulando ante los parientes, los amigos, la servidumbre (¡cuán horrible farsa!) que no se han alterado nuestra ventura y armonía; pero, caído el telón, ni una palabra, ni una mirada se cruzarán entre estos galeotes del matrimonio, y se refugiará cada cual en la soledad de su estancia. Arranca la venda de tus ojos, mira que eres madre; cumpliendo celosamente en lo venidero tus obligaciones de tal, podrá el Señor perdonarte y... acaso yo. En cuanto lo permita la estación, has de retirarte al campo, en cuyo purificante seno se restaure tu alma, dañada por los salones. Fácilmente puedes labrarte un porvenir de paz y consideración; mas si te obstinas en el delito, si no respetas mi honor, ni permanecerás impune, yo te lo juro, ni habrá quien no te menosprecie. Á tus hijos, á los seres creados en tus entrañas, avergonzará entonces tu recuerdo, tu nombre. La mujer que, siendo madre, incurre en adulterio, comete enorme crimen, pues arrastra por el cieno la maternidad, sublime sacerdocio.

—Comprendo la gravedad de mi extravío—respondió Ana—y espero que me alcance tu perdón mi conducta en lo futuro.

¿Concibes, hermana, cuál fué, desde aquella entrevista, mi vida? Unas veces, representándome, con todos sus pormenores y encantos, el primer período de mi matrimonio, repitiendo frases de Ana, que me habían sonado á música exquisita; otras veces, acosado por los roedores celos, pensando en quién sería el origen de mis males domésticos, atribuyéndolos á Kaveline, aunque sin pruebas; en ocasiones, torturado por el tantalismo de poseer un tesoro de atractivos, tenerlo delante, no debiendo tocarlo nunca más, ¡nunca más!, me pasaba horas enteras, noches de insomnio y fiebre, de abrasantes lágrimas. Á la edad de treinta y cinco años, se me abría una existencia de amarguras, tedio y desencanto, ¡arenal interminable! En mi candidez, me preguntaba cómo había podido evaporarse el cariño de Ana, olvidar ésta cinco años de la más poética intimidad, de recíproco embeleso, lo cual equivalía á preguntar por qué se

disipan bonitos celajes, por qué se marchita antes de la tarde la pasionaria. Es el amor, al que, insensatamente, concedemos tanta influencia, tanto puesto en nuestra vida, el más efímero, el más pomposo y, en realidad, el más pobre de los sentimientos. En la India he visto pagodas, sorprendentes por su inmensidad y magnificencia, levantadas á costa de infinitos afanes, dilatado tiempo y raudales de oro, en honor de un ídolo mezquino y estrafalario: con el amor sucede á menudo cosa parecida. ¿Qué fortaleza humana resistiría el suplicio de estar mirando incesantemente, día tras día, el cadáver de la persona más querida? Tormento igual imponíame la suerte, respecto á mi felicidad. ¡Cuán temerario albur juega el hombre al casarse, comprometiendo para siempre su porvenir, su alma, su honra, con probabilidades mil de verse frustrado! Hace como el que encerrase todas sus riquezas en una barquilla, aventurándola á todos los azares y caprichos del océano y del viento. Yo huía de mi casa, cual de su encierro el presidiario: en demasía difícil me era soportar el contraste de ricos y elegantes aposentos, hermoseados por flores y plantas, cuadros y esculturas, aposentos que se dirían únicamente preparados para fiestas, y el delito, el infortunio, que en ellos se agitaban, los trágicos sucesos de que podrían ser teatro.

Seis semanas después de la referida explicación con Ana, nos hallábamos en la Ópera entrambos, en el palco de mi tía Olga: las señoras, delante; un amigo y yo, de pie, en la puerta. Yo, al descuido, observaba sin tregua á mi mujer. Inmutóse ella repentinamente, asestando los gemelos á un palco de proscenio, donde acababa de entrar Kaveline, quien, desde luego, se puso á mirarla. Ella le sonrió. ¡Dios mío, cual me sonreía en el lago de Como!

Duró segundos aquello; mas fué semejante al rayo que destroza, mata, con rapidez increíble: tocante al autor de mi desgracia, pasé de la presunción á la certeza; vi la imposibilidad de enmienda en la culpable, la evidencia de mi deshonra. ¡Pobres hijos míos! Aparecía inevitable el divorcio; pero yo necesitaba reunir pruebas. Cual indio en la hoguera, permanecí con semblante sereno; de vuelta á casa,

no indiqué con palabra alguna mi observación. ¿Para qué? ¿Para oír nuevas imposturas? Decidí vender mis propiedades, pedir mi retiro y establecerme con mis hijos en los Estados Unidos, dándoles, por obra de su madre, patria muy diferente de la que habíales asignado la Providencia. Primero que todo, quería yo batirme á muerte con Kaveline; mas ¿qué le contestaría yo, si se le antojase preguntarme el motivo del duelo? ¿Diría yo, quijotesicamente, que por una sonrisa? No debiendo exponerme á eventualidad tal, esperé mejor ocasión; pero comenzando á realizar las otras partes de mi propósito.

Á la subsiguiente noche, por ineludible compromiso, asistimos Ana y yo al baile con que el Ministro de la Guerra obsequiaba á los jefes y oficiales de la guarnición. Me impulsaban especialmente el horrible deseo de ahondar mi desventura, de anonadar mi corazón; la necesidad de una coyuntura para desafiar á Kaveline. Cuando yo, semejante á un sepulcro, si triste por fuera, mucho más por dentro, donde, entre tinieblas, yacen inanimados restos, me contemplaba en aquellos salones magníficos, entre mujeres deslumbrantes por su juventud, belleza y atavío, en medio del júbilo y del entusiasmo, en ambiente de aromas y melodías, entre tantos estímulos á la vida, al goce, ¡con qué rabia, con qué desesperación pensaba en la veleidad é ingratitude de mi consorte! Llevó ésta su audacia al extremo de valsar con el Príncipe, y en el rostro de ambos hube de notar el placer y la pasión que les rebosaba en el pecho.

—Parecen novios—dijo no lejos de mí una condesa á su vecina.

—Opino—contestóle ésta que juega con fuego aquella dama.

No bien sentóse Ana, me aproximé y le dije imperiosamente:

—Vámonos.

—¿Tan pronto?—respondió.

—Sin demora.

Encaminóse á recoger y ponerse el abrigo y, al salir del ocaador, me dijo muy airada:

—Ésta será la última vez que me oprima su despotismo, señor mío. Desde mañana iré á reunirme con Kaveline, con el único hombre que en mi vida he amado, para pertenecerle libremente.

Advertí al mismo tiempo que, á pocos pasos, estaba el Príncipe, satisfecho de la cólera que la adúltera me demostraba. Enloquecido por aquellas infames palabras, por el descaro del magnate, desenvainé con suma presteza mi espada, traspasé á mi mujer, la cual, exhalando penetrante alarido, se desplomó en la alfombra; inmediatamente, precipitándome sobre su amante, le hundí tres ó cuatro veces mi acero, dejándole cadáver: probé imponderable deleite. Luego me quedé atónito, sin pensamiento, petrificado. Me han referido que producían espectáculo muy terrible las dos víctimas, tan hermosas, en traje de sarao, inundadas en su sangre; yo, inmóvil, adusto, empuñando todavía el instrumento de mi venganza; brillantes señoras, caballeros, militares, apiñándose en derredor con ávida curiosidad; personas que se retiraban á toda prisa en el mayor azoramiento; otras que, sin tino, andaban buscando medicinas para señoras accidentadas.

Un consejo de guerra me ha condenado á expulsión del ejército y confinamiento en Siberia durante diez años, debiendo pasar los tres primeros en el glacial gobierno de Jeniseisk. Recordó en balde á los jueces mi defensor los buenos servicios militares por mí prestados, especialmente en la guerra de Turquía, mis virtudes privadas; en balde pintó enérgicamente mi largo suplicio moral, mis dolores de esposo y padre, ante la mancilla del hogar, ante el comprometido porvenir de mis hijos; en balde presentó delirantes cartas de amor, escritas por la adúltera á Kaveline y descubiertas en el domicilio del segundo. Éste le había regalado una exquisita rosa de esmalte, hacia cuyo cáliz se dirigía una abeja de topacio y oro; en un pétalo centelleaba un solitario, fingiendo gota de rocío. Descansaba la prenda sobre una tarjeta de plata desbruñida en que leíanse estos dos versos:

«Abeja soy que ansiosa
busca tu miel, incomparable rosa.»

¿Cabe suponer que, por el vil apego á la vida, yo, hombre de honor, me someta á la sentencia y vegete en el muladar de cárcel siberiana, y arrastrando grillos, entre ladrones y asesinos, deshonne la memoria de mis padres, apreste abrumadoras humillaciones á mis hijos? ¡No! ¡Mil veces no! Ya poseo un veneno libertador, y cuando recibas esta carta, mi existencia habrá concluído. Nuestro primo Andrés se ha encargado de proseguir la realización de mis bienes, cuyo producto te entregará en depósito para mis hijos, así como éstos, de los cuales te confío la educación y guarda. ¡Muévate continuamente á solicitud maternal para con ellos su orfandad espantosa! Cuando alcancen edad oportuna, demuéstrales la imperiosa necesidad de que emigren definitivamente á los Estados Unidos y cambien de apellido. ¡Que esto deba recomendar su padre! ¡No me atrevo á despedirme de ellos, á besarlos, aunque sería consuelo divino: temo mancharlos con el contacto de un homicida, aunque justificado; temo que me desvíe la ensangrentada sombra de su madre!

¡Adiós para siempre, hermana! ¡Implora por mí al Señor de la misericordia!»

EMILIO BLANCHET.

Barcelona





LA SÍNTESIS QUÍMICA Y LA INDUSTRIA

Pone término al más popular de sus libros uno de los investigadores de mayor nombradía en la época presente, haciendo resaltar la eficacia de los métodos generales de la síntesis orgánica, los cuales fueron parte á dotar al químico de la facultad creadora, en cuya virtud le es posible constituir él mismo y formar el propio objeto de sus investigaciones, llegando á enriquecer la ciencia con hechos nuevos y dando á la Naturaleza nuevos seres. Trazando el vastísimo cuadro del porvenir de aquellos procedimientos, «podemos, dice, pretender formar de nuevo todas las substancias producidas desde el origen de las cosas y formarlas en las mismas condiciones, en virtud de las mismas leyes, por las mismas fuerzas que á su constitución concurrieron»: no debían contentarse los métodos sintéticos con haber llegado á generar los cuerpos tipos de combinaciones, ni limitarse á meros experimentos de laboratorio ó de investigación teórica; era menester que alcanzasen hasta conseguir artificialmente los principios inmediatos, base de los organismos, indivadiendo, de otra parte, la gran industria y siendo utilizables en la fabricación de substancias, las más útiles y susceptibles de mayor número de aplicacio-

nes. Y ya en tal camino, sin gran esfuerzo llega á imaginarse cuanto el mismo autor escribía poco ha, ocupándose en el porvenir de la Química y en su importancia como medio poderoso y auxiliar de gran valía en la resolución, siquiera sea pasajera y de momento, del arduo y difícilísimo problema de las subsistencias; así puede asegurarse, para no lejano tiempo, la eficacia de los métodos de la síntesis química supliendo las deficiencias de la producción agrícola, proporcionando sin cesar las más puras substancias alimenticias, remediando las más exigentes necesidades de la vida, modificando y mejorando sus condiciones y contribuyendo al mayor progreso humano, mediante las aplicaciones de principios generales, deducidos de prolijos experimentos, los cuales son base de toda la ciencia y consienten extender sus procedimientos, cada día más perfectos y admirables, á todos los órdenes de la vida.

Exponiendo estas ideas Mr. Berthelot, desarrollaba, en cierta manera, el programa completo de la moderna industria química tocante, en particular, á la de ciertos compuestos de carbono, cuyos adelantos vense á diario y no es preciso encarecerlos ni demostrarlos; mas importa fijarse en su carácter y significado, en cuanto ponen de relieve cierto aforismo, admitido por ley en la ciencia, ya que, conforme á él, pensamos que no existe fenómeno alguno por teórico que aparezca á primera vista, desprovisto de aplicaciones prácticas, antes es base y fundamento de muchas y muy importantes, hecho que se observa atendiendo á la correspondencia y paralelismo de los adelantos puramente teóricos y del progreso de las aplicaciones industriales. Buscando las consecuencias de muchos hechos, al parecer insignificantes ó en apariencia desprovistos de trascendencia, es como se advierte su utilidad y se ve su carácter aplicativo, pues son verdaderos gérmenes de cuyo ulterior y apropiado desenvolvimiento derivan las más adelantadas y prósperas industrias de la época actual, hallándose la superior razón de ello en el propio y general carácter de los fenómenos naturales, porque en todos y en cada uno hállase presente la Naturaleza entera é intervienen sus fuerzas soberanas y su energía siempre activa y transformadora. Cua-

lidad suya muy eminente es la *acción* y parece haberla transmitido á todas sus criaturas, particularmente al hombre, término postrero y hasta ahora el más perfecto de la escala evolutiva de lo orgánico; por virtud de ella, si la Naturaleza prodúcese en la variedad indefinida de sus cambios y metamorfosis, la actividad humana, desarrollando aquel impulso de acción recibido desde el comienzo de los tiempos, investiga, inquiere, se proporciona y utiliza aquellos productos de la energía creadora más susceptibles de transformarse y más adecuados para los cambios y metamorfosis de las primeras materias, formando, en virtud de su propio esfuerzo, la industria, potentísimo medio civilizador, cuyos adelantos son las señales de los tiempos actuales, marcan el carácter de la época y sirven para dar testimonio del gran poder y eficacia suma del trabajo humano, consagrado todo entero á investigar fenómenos naturales, descubrir sus leyes y utilizarlos en la mejor satisfacción de nuestras necesidades.

Dos formas principales reviste, en mi sentir, la investigación de los fenómenos naturales, en particular cuando han de ser utilizados de alguna manera en la industria; antes de indicarlas someramente, debe señalarse una cualidad, ahora determinante de muy preciados adelantamientos, y es el conocimiento de lo pequeño ó poco aparente en las externas manifestaciones de la energía. En ello parece haberse complacido la Naturaleza con su labor más fina y perfectísimo trabajo, invertido de ordinario durante largo tiempo, con extremada lentitud, cual si pretendiese realizar su obra dotada de mayores perfecciones: esta creación de lo poco ó nada aparente, fiel trasunto de la continuidad y permanencia de las energías naturales, si en cierto sentido da norma y sirve de guía en determinados productos industriales, en otro fué de gran provecho para llegar á poner de manifiesto los enlaces de los hechos, sus relaciones y dependencias mutuas, de donde han derivado muchos procedimientos modernos de uso corriente y métodos de singular eficacia, puestos en práctica lo mismo cuando se trata de extraer metales de los cuerpos naturales donde se encuentran, que si se pretenden utilizar ciertos materiales de origen orgánico, susceptibles de muchos desdobra-

mientos y transformaciones. Llega á tal punto actualmente la importancia y transcendencia de lo pequeño y es utilizado é investigado de manera tan asidua y eficaz, que puede afirmarse, tratando de los métodos como de las aplicaciones, la característica de la ciencia moderna por la consideración de aquellos hechos al parecer más insignificantes, llevados á cabo con gasto de energía, continuo sí, pero de tan poca intensidad, medida en determinado momento, que nada del cambio es traductible en fenómenos externos, como si la energía invertida se empleara sólo en lo más esencial de la metamorfosis. Cosa bien extraña ciertamente: las mayores industrias de la época reconocen como principal fundamento investigaciones de fenómenos sencillos y poco aparentes, siendo de ello excelentes ejemplos la novísima electrometalurgia, las aplicaciones industriales del frío, y sobre todo los progresos realizados en la siderurgia, luego de bien conocidas y determinadas las propiedades de las ligas del hierro el manganeso, el cromo, el titano y otros metales duros, ahora obtenidos con relativa facilidad.

Concretada la primera y más antigua forma de investigar aquellas manifestaciones de la Naturaleza apropiadas á todo linaje de aplicaciones, á mera labor destructiva, peculiar trabajo del químico, conforme á la tan sabida expresión de Gerhardt, fundábase la industria en aprovechar, de la mejor manera posible, cuantos resultados daba el analisis, consagrado á aislar cuerpos y descubrir sus propiedades utilizables, sin parar mientes, las más veces, en buscar la causa y razón de aquellos caracteres con tanta minuciosidad determinados y en finísima labor descubiertos. Tratando en particular de las substancias orgánicas, deteníase todo trabajo cuando lograban aislarlas purísimas, y sometidas á las acciones de los diversos agentes de metamorfosis, mejor se buscaba el término de las reacciones y más importaba el estado final que se tenían en cuenta los intermediarios, ahora tan considerados en todas las acciones químicas; y en contados casos, particularmente en los fenómenos llamados desdoblamientos, hubo de atenderse á los productos obtenidos, relacionándolos con los métodos de obtenerlos. Parecía lo esencial y el exclusivo

objeto de la Química aislar cuerpos en gran número y establecer y determinar su característica, afirmando su individualidad, mediante reacciones tan claras y precisas como las que sirven para reconocer un alcohol ó un alcaloide. De los beneficios del sistema puede juzgarse teniendo presentes los métodos generales derivados del mismo y aplicables á la obtención de cada especie tipo, con todo el cortejo de cuerpos producido en sus metamorfosis y fué considerado verdadero fundador de la Química clásica, tan fecunda en resultados prácticos y en aplicaciones industriales, contándose entre ellas, en lo referente á los compuestos de carbono, las más importantes en el día conocidas, ocupando el primer lugar la de los derivados de la brea de hulla, reducida, en último término, á la práctica en grande, de lo que constituye una de las operaciones más sabidas del análisis inmediato, mejor fundada en propiedades físicas de las substancias separables, que apoyada en sus cualidades químicas, aunque ambas cosas únense y se enlazan al presente, mediante relaciones de la constitución molecular y modo de generarse los cuerpos.

Aun siendo tan provechosa y fecunda la labor analítica, dista mucho de ser completa; indaga la apariencia, pero no investiga la causa; investiga el hecho, lo determina, y después de clasificarlo, busca sus aplicaciones; pero no relaciona propiedades, sino dentro de ciertos límites, y pocas veces funda sus juicios y explicaciones en la verdadera esencia de los fenómenos; aplica métodos generales de excelente resultado en la práctica; mejor ocúpase en el hecho mismo que en el modo de realizarse y en las causas que lo motivan; destruye, no construye; detiéndose siempre cuando es terminada la eficacia y alcance, del método; en llegando á inducir, emplea de manera harto deficiente la relación, y nunca enlaza cuanto acaece en los hechos con su propio génesis y manera de producirse; es su trabajo destructivo, y sólo alcanza hasta aquel punto, á partir del cual es menester crear, formando las substancias, empleando las mismas fuerzas é iguales mecanismos que la Naturaleza ha usado desde el origen de las cosas, y ésta es cabalmente la gloriosa tarea de la síntesis química, cumplida á cada momento, no sólo en lo referente á la pura

investigación y aplicaciones de sus métodos, sino mejor todavía en lo tocante á interpretar fenómenos, llevando á la Química un criterio racional, justo y preciso, bastante para fundamentar el sentido mecánico dominante en ella, del cual puede considerarse derivada la modernísima industria de las materias detonantes; pues consiente establecer de antemano y antes de aislados los cuerpos, conocida su constitución molecular y determinado el mecanismo de sus reacciones generadoras, su cualidad explosiva, cuando la tienen. Si para establecer ese orden de cosas, más progresivo y adelantado, es menester destruir lo existente y de los materiales de sus ruinas formar lo nuevo, bien se advierte como tal es el procedimiento seguido en la Química: pártese de los materiales hallados en la Naturaleza ya hechos; en ellos entretiénesse la labor analítica, y procediendo por destrucción, tiene el límite de sus métodos en el cuerpo simple, y entonces, tomando éste como punto de partida, comienzan las admirables creaciones sintéticas, y no se detienen hasta lograr la complicación de aquellos materiales primeros, con todas sus apariencias y cualidades, siendo de ello ejemplo la reproducción artificial de minerales cristalizados y de rocas cristalinas.

Ni el análisis, con sus métodos clásicos, llevados en cuanto á procedimiento á los mayores grados de perfección, ni la síntesis, empleando los suyos ingeniosísimos, logran llegar siempre al límite de las investigaciones, ni siquiera en todos los casos ven y alcanzan el fin propuesto; sería menester para conseguirlo un conocimiento perfectísimo de todos los mecanismos de la Naturaleza y haber inquirido y llegado á precisar, de modo cierto é indubitable, aquellos medios de que se valen sus energías en la formación de los cuerpos. Ha de detenerse al análisis en el cuerpo simple y no siempre le es dado llegar á él, y para la síntesis no pocas veces el límite se encuentra en combinaciones de cierta sencillez, ya que muy pocos son los cuerpos formados ó generados partiendo de sus elementos; pero en este camino, proseguido con singular constancia, en este no interrumpido trabajo, con los consiguientes errores de método, infructuosas tentativas y aventuradas hipótesis, ¡cuántos descubrimientos realizados, qué de aplica-

ciones, cuán numerosos los inventos! Toda la industria, grande y pequeña, antigua y moderna, deriva del empleo de los dos grandes métodos de la ciencia y es hija de sus prodigiosos resultados y queriendo deslindar campos y determinar, aunque no de manera perfecta, lo correspondiente á cada uno, casi podríamos asignar al análisis la Metalurgia y beneficio de los metales más útiles, haciendo derivar de la síntesis las industrias químicas propiamente dichas ó sea de los compuestos de carbono, en particular aquellos cuyas primeras materias son: el petróleo y su cortejo de derivados y la brea de la hulla, en cuyos productos dijérase que ha puesto la Naturaleza todos sus cuidados y toda la fecundidad de sus energías, al hacerlos no ya sólo muy complicados, sino al propio tiempo susceptibles del mayor número de cambios y metamorfosis. En uno ó en otro respecto, á la continua puede observarse este hecho: á cada investigación y descubrimiento de laboratorio y á cada doctrina científica de orden teórico, corresponde determinado adelanto industrial y cabe añadir, tratándose de la síntesis orgánica, como sus actuales tendencias son precisamente extender á las industrias los métodos y procedimientos empleados en los laboratorios para conseguir cuerpos de constitución química tan complicada como ciertos derivados ternarios y cuaternarios del antraceno y de la naftalina.

Véanse á cada instante notabilísimos ejemplos de ello, y bastará recordar, por ser cosa muy sabida, cómo ha venido desarrollándose la industria de la anilina, cuyo fundamento es, sin duda, la distinción entre los carburos de las series grasa y aromática respecto de la manera de nitrarse; hácelo fácilmente la benzina, resultando aquella Esencia de Mirbano oliente como almendras amargas, empleada para falsificar su esencia, ahora producto de síntesis. Contiene, pues, la nitrobenzina el grupo nitrilo, y resulta cuerpo cuaternario; en los laboratorios, y en pequeño, llegóse á demostrar cómo estos cuerpos así formados son susceptibles de reducirse á combinaciones ternarias, perdiendo su oxígeno y originando substancias dotadas de reacción alcalina, parecidas en sus funciones al amoníaco, capaces de formar sales y de transformaciones las más variadas, de las cuales son producto muchas materias colo-

rantes. Tratando por hidrógeno la nitrobenzina fórmase agua y puede destilar incolora y pura la anilina: de este procedimiento al usado en la industria, hay la diferencia de las cantidades de primeras materias empleadas y sólo difieren en los pormenores de las manipulaciones. Aún podría traer á cuento un grupo de substancias colorantes, llamadas neutras en la industria, y que con el *violeta de fenileno*, los *eurodoles*, las *eurodinas* derivase de las *azinas*, sin otro artificio que introducir en su molécula uno ó dos amidógenos ó substituir su oxígeno por un oxhidrilo; fué preciso no sólo conocer y aplicar estos mecanismos á la transformación de las *azinas*, sino también averiguar la constitución de los productos resultantes y la arquitectura de su nada sencilla molécula, para ver fundarse una gran industria de materias tan importantes como la *safranina*, la cual tiñe en rojo y directamente la seda; la *indazina*, aplicable á dar al algodón vivos tonos azules; el *verde azínico*, notable por unirse á los colores básicos; la *nigrisina*, la *azurina*, la *tetrazina* y muchos otros cuerpos de tonos azules, rojos ó amarillos generalmente, aplicables hasta en los tintes por impresión y estampado, siendo esto evidente prueba de lo antes manifestado, y de cómo no es la industria moderna sino extensión á lo grande de las cosas que en los laboratorios de los químicos se descubren é inventan á diario, investigando y trabajando en lo pequeño.

Fundamentando los razonamientos en los resultados experimentales de la síntesis orgánica y en las doctrinas de ella derivadas, puede explicarse y entenderse el grandísimo progreso en tan breve tiempo realizado en muchas industrias, especialmente las de materias colorantes. No se alcanza, sin embargo, tal resultado sin considerar un punto los métodos de transformación de las substancias orgánicas y los procedimientos generales de síntesis de los compuestos de carbono. En cuanto á lo primero, bien se echa de ver cómo la facilidad para el cambio y la metamorfosis es propiedad peculiar y cualidad esencial de la molécula orgánica, teniendo por base y fundamento el elemento mejor caracterizado, término y fin de toda una gran serie de transformaciones llevadas á cabo; partiendo de organismos vivos como primera materia, agrúpanse y se

enlazan y unen al carbono otros cuerpos simples, cuyo origen en los organismos también podría satisfactoriamente explicarse; pero esta agrupación, como si reflejara y fuera trasunto de la inestabilidad de lo homogéneo y del continuo mudar propio de las energías naturales, dista mucho de ser fija y permanente, aun considerando aquellas moléculas más simétricas y dotadas de cierta estabilidad fundamental, bien determinada en la constancia de las propiedades físicas de los cuerpos. De la poca coherencia de la molécula orgánica, si así vale expresarse, originanse aquellas sus metamorfosis, comenzadas en sencillos cambios de estructura, acusados en caracteres tan notables como los [que enlazan la disimetría molecular y la disimetría óptica, base en la actualidad de una de las más fecundas doctrinas de la Química racional; siguiendo por las modificaciones isoméricas, la polimeria, las substituciones, las emigraciones moleculares, y en fin, todos aquellos cambios pirogenados utilizados con grandísimo éxito en la síntesis orgánica y origen de la mejor parte de las modernas industrias químicas, mientras en el terreno de la ciencia pura y de su doctrina general, en los resultados de las progresivas acciones del calor sobre los hidrocarburos funda Berthelot su bien razonada hipótesis, según la cual el cuerpo simple carbono viene á ser límite y término de toda aquella serie de transformaciones, cuyo principio se encuentra en la condensación del carburo más sencillo, el acetileno.

Resulta establecida, con toda certeza, la necesidad del conocimiento de la molécula orgánica y del mecanismo de sus cambios y transformaciones, como base de la síntesis y de las industrias de sus métodos y procedimientos generales derivadas. Á su vez no se alcanzan éstos sin el previo estudio individual, porque en definitiva redúcense á extender á todo linaje de cuerpos lo observado en muchos, quedando sólo los pormenores y dificultades prácticas y experimentales peculiares de cada caso, y sin embargo, en el que pudiera calificarse de más sencillo, no es precisamente aplicable la regla ó ley general: refiérome á la síntesis de los hidrocarburos partiendo de sus elementos carbono é hidrógeno libres, sólo posible en un caso, por ser el acetileno el único carburo de hidrógeno

así obtenido. Mas luego, condensándose ó apelando á simple adición de algunos de sus elementos ó tomando oxígeno ó uniéndose al propio tiempo con el nitrógeno, es capaz de numerosos cambios y constituye realmente la base sobre la cual apóyase el hermoso edificio de la síntesis orgánica. Si fuesen á inquirirse las razones y motivos de la resistencia de los hidrocarburos respecto de la síntesis directa, partiendo siempre del carbono y del hidrógeno libres, conforme se realiza la del más incompleto de ellos, quizá pudiera encontrarse—y aquí sólo enuncio la hipótesis con toda la circunspección posible—en el marcado carácter de estabilidad de los compuestos hidrocarbureados, los más permanentes entre los orgánicos, acaso por ser, á la continua, últimos términos del desdoblamiento de moléculas más complicadas, de donde resulta el marcado carácter de su individualidad, tanto como de la resistencia del carbono y del hidrógeno á unirse en todas proporciones, pues no ha de olvidarse que buena parte de la energía gastada en formar el acetileno sintético inviértese en el trabajo previo, indispensable para poner al carbono en condiciones y estado de combinarse. De esta resistencia individual, así notada en los elementos de las sustancias orgánicas como en las moléculas ya formadas, cuyo fundamento hállase en el principio mecánico de la inercia, pretenden ahora sacar partido, con gran éxito en las primeras tentativas, para hacer dar á la síntesis química un paso de gigante, inventando un método generalísimo, aplicable en todos los casos.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

(Concluirá.)



RIMA

Á los Sres. D. Adriano y D. Rafael Torres, colombianos

Algo vibra del genio de la raza
en la materna lengua; por sí sola,
caldeándonos aún
con llamaradas íntimas, enlaza
los pueblos de la América española
con la patria común.

Sólo un resto del vasto señorío
extiende la nación dominadora,
al mundo que nutrió.
En plena posesión de su albedrío,
podrá negarle el nombre de señora,
pero el de madre, no.

¿Á qué raza la ofende ser patricia?
¿Cuál, por negar su alcurnia de gigantes,
oculta su blasón?
¿Quién repudia la gala gentilicia
de ser de la familia de Cervantes,
Granada y Calderón?

Aunque la fuerza militar agote,
tendrá España su ejército divino
para el mundo ideal.
Con su legión etérea Don Quijote,
impone aún al mundo colombino
su espíritu inmortal.

Pero no hay pueblo de la ardiente zona
que empape su cerebro en esta rica
vena de inspiración
cual la Atenas de América (1), matrona
del pueblo que en sí mismo glorifica
el nombre de Colón.

Amigos, en vosotros la saludo.
A través de los piélagos lejanos,
la vemos sonreir...
Sellado queda el cariñoso nudo;
quiera Dios que este vínculo de hermanos
consagre el porvenir.

Quiera Dios que, al cruzarse nuestras velas,
comercien, por el líquido regazo,
las almas á la par;
y avancen, á la vez que sus estelas,
á darse las naciones un abrazo
en el inmenso tálamo del mar.

JUAN ALCOVER.

Palma, Enero de 1897.

(1) Así ha llamado á Bogotá un insigne crítico español.



OJEADA GENERAL

SOBRE LA EVOLUCIÓN EJECUTIVA BÉLICA (1)

«La historia de la política debe preceder,
»según esto, á la historia del arte militar...
.....
..... «La influencia de la política
»sobre el arte militar es, pues, evidente.»

RUSTOW.—*L'art militaire au XIX.^{me}
siècle*, pág. 4, année 1881.

I

Si en el presente libro he creído necesario este capítulo, especie de resumen, que no se incluyó en el «libro primero», consiste en la diversa índole que presentan uno y otro. En aquél, los capítulos últimos se ocupan en asuntos tales, que por su misma idiosincrasia constituían una condensación ó remate de los temas anteriores; pero en el libro actual, á virtud de su linaje histórico, requiriese la ojeada de conjunto, que allí resultaría repetición inútil.

La existencia de los cuadros del Apéndice podría en rigor

(1) De la obra, próxima á publicarse, *La Milicia como elemento político contemporáneo*.—Libro 2.^o—«La evolución bélica en la evolución política.»

suplir al presente resumen; pero la condición especial de *cuadro y apéndice*, reviste formas bien distintas de las que supone el texto narrativo (1).

En resolución, teniendo presente que tanto la materia del libro primero como la del segundo eran los antecedentes precisos para abordar en el tercero la verdadera consecuencia de aplicación teórica, así como el primero ofrecía una escala sucesiva por donde habríamos de alcanzar las cuestiones reales, el segundo requería, para utilizarse, ser expresado en una recapitulación brevísima.

II

Que la guerra es un fenómeno humano, y á más de humano universal, cosa es, que ya parece hoy fuera de toda discusión. Un naturalista, que no es por cierto heterodoxo, lo ha expresado con frase sencilla pero harto elocuente:

«Las leyes que encontramos siempre primeramente en todas las ramas de la naturaleza son las de destrucción» (2).

Si después de esto quisiera confirmar el apoyo entre los textos más antiguos y más respetables, sólo tendría que citar las palabras del libro de Job: «Milicia est vita hominem super terram», ó aquellas no menos elocuentes de San Pablo: «Non veni pacem mittere sed gladium».

Ahora bien, si esto es cierto en la humanidad, no lo es menos en la agrupación social, cualquiera que ésta sea, é inútilmente mencionaría las opiniones de Hegel, de Proudhon y sucesivamente hasta las de nuestros contemporáneos Gumpowicz y Nowicow.

El desarrollo evolutivo de la ejecución bélica debió introducirse en la organización política, aun en las más rudimen-

(1) Téngase en cuenta la condición de capítulo de una obra, por lo cual alude más de una vez á Cuadros y Apéndices que no existen ahora.

(2) Liebig, *Cartas sobre la química*.—No conozco el original alemán, sino la cita que de ello se hace en la traducción francesa de la obra de Maleschott, *La circulación de la vida*, tomo II, pág. 129.

tarias, y por eso resultan plenamente confirmadas desde su comienzo las frases de Marselli:

«La historia de la milicia y sus hechos debe enlazarse con la de la civilización y sus manifestaciones» (1).

Partiendo de tal supuesto, es lógico estudiar la guerra y su instrumento ejecutivo por excelencia, que es la milicia, examinando la historia de la civilización y de sus manifestaciones.

Los primeros tiempos de la humanidad, las primeras agrupaciones informes, patentizan la existencia de luchas que aquéllas sostienen entre sí; pero tales colisiones no tienen otro valor que el de precedentes históricos, apenas susceptibles de examen científico.

Aparecen más tarde los imperios asiáticos, y sobre ellos dice Mr. Guillemin (2):

«Las constituciones políticas de los pueblos de Oriente están basadas en el despotismo militar apoyado en una teocracia opresora y gobernado por ella.»

Con dichos elementos, salvo las cifras relativamente elevadas que llegaron á contar sus ejércitos, tampoco proporcionan aquéllos materia utilizable, hasta que los inteligentes habitantes de la península helénica, consagraron sus esfuerzos al incremento de la defensa del país. Milciades, Temístocles, Epaminondas, Filipo y Alejandro elevan el arte de la guerra á una altura admirable.

Haré observar antes de proseguir (y también se consigna en el cuadro analítico correspondiente) que las dos fases de la evolución bélica denominadas «de la guerra primitiva» y «de los imperios orientales» abarcan los períodos de la evolución social y política desde el 1.º hasta 6.º inclusive (3). No extrañará que esa fase comprenda todos esos, teniendo presente, la rudeza de las colectividades primarias, que intervinie-

(1) *La guerra y su historia*, traducción de Berenguer, tomo I, libro I, página 16.

(2) *Historia antigua*, traducción de D. Manuel Angelón, tomo I, página X. Prefacio.

(3) No se olvide cuanto se expresa en la primera nota de la pág. 430 acerca de la existencia de esos cuadros y apéndices.

ron en las contiendas colectivas, y la lentitud con que se manifestaba el adelanto.

En cambio el 7.º período, ó sea el período de la concreción política, contiene dos fases, la que aludí últimamente de las guerras de Grecia, y la época subsiguiente, que dió cabida á las guerras de la república y del imperio romano.

Roma heredó de los griegos los fundamentos del arte bélico, pero necesitó modificarlos grandemente; la guerra griega era eminentemente defensiva, mientras que la guerra romana tenía que ser forzosamente ofensiva. Sufrió, pues, notables variaciones el módulo táctico y orgánico de Grecia, brillando con todo esplendor su nuevo tipo en las guerras púnicas. El triunfo de Roma, fué debido, no tanto á sus condiciones militares, cuanto á sus elementos básicos políticos. Montesquieu lo explica en su conocida obra *Grandeza y decadencia de los romanos*, hablando de las guerras púnicas:

«Mientras que en Roma la guerra suponía desde luego la unión de todos los intereses, en Cartago los separaba cada vez más.»

Porque en esto, y sólo en esto, consistió el verdadero resorte, y por ello Cartago debía ser vencida, como lo fué. Más tarde, no habiendo sabido Roma conservar sus condicionales ventajosas, era lógico que decayese á su turno. El mismo citado autor dice también:

«Cartago hacía la guerra con su opulencia, contra la pobreza romana...» y poco después «los romanos eran ambiciosos por orgullo y los cartagineses por avaricia...»

Así, llegando los romanos imperiales á una situación muy semejante á la de Cartago, su caída estuvo decretada y no era más que cuestión de tiempo, ó mejor dicho, de oportunidad.

Quizás, quizás, si hubiese existido en la vecindad del Imperio, un adversario capaz de luchar con él, su muerte hubiera sido más pronta, más prematura, pero también hubiera sido menos ruidosa, menos completa; la mayor duración se compensa con la intensidad del fracaso.

De cualquier modo, lo cierto es, que después de la entrada de Alarico en Roma, debe considerarse consumada la ruina imperial, por lo menos en la parte occidental, y las comarcas

européas, cayeron en una especie de anonadamiento, que alcanzó á todas las manifestaciones del espíritu, inclusa aquella muy principal, que tiene por objeto la ejecución de la guerra, ó sea lo que se llama Arte ó Ciencia de la guerra.

III

El doctor Sabau, anotador y adicionador de la obra de Mariana, dice en su prefacio al tomo IV (1):

«Con la caída del imperio se pierde todo, desaparece toda la grandeza, la gloria y la majestad, y no se ve por todas partes sino ruinas de este soberbio coloso, sobre las cuales se levantan tronos que, aunque fundados en cadáveres, sangre, tinieblas y barbarie, poco á poco toman mayor consistencia y se hacen casi tan célebres como el de Roma.»

Tal es la síntesis del aspecto general que sigue á la tremenda catástrofe; aspecto que, según he dicho, alcanzó, cual no podía menos, á la manifestación inteligente del Arte de la guerra. Todo había de ser reconstruído, y no menos que todo, la forma ó modalidad política, la conflagración bélica y los principios fundamentales del choque colectivo, rehechos según los novísimos principios de la idiosincrasia social, en la cual reposan. Como este temperamento, había encarnado en el feudalismo y en la proeza individual, es claro que la forma ejecutiva bélica, debió consistir en el predominio de la caballería.

No era posible que prevaleciera semejante fórmula, y aunque su modificación arrastrase consigo la modificación total del sistema político, debía imponerse por el instinto de conservación de los pueblos, que antepone lo más importante en el concepto vital á lo menos, aun cuando esto afecte su más relevante caracterización.

Los desastres de los cruzados trajeron la renovación de los elementos bélicos, y como consecuencia precisa de ello, la muerte del feudalismo. Así, puede aventurarse, que las dos fa-

(1) Edición de 1818.

ses de la evolución bélica, que llamaré «Anonadamiento» y «Feudalismo» (V y VI), son sincrónicas con el período VIII, ó sea el que en el cuadro correspondiente se denominó *Período de transición*.

Reanúdase el movimiento de avance, con lo que se ha llamado, en letras, como en ciencias, en historia, como en política, en industria, como en comercio, y asimismo en arte de la guerra, el Renacimiento.

Brillante panorama de nuestras glorias es el tal período. Preparados nosotros con mejores materiales que las otras naciones, con más perfectos elementos y con mayor cantidad, era lógico que formáramos en las primeras filas, y que rayáramos á mayor altura. El reinado de Felipe II condensa, si así puede decirse, el máximo esplendor de dicho aspecto y ha sido juzgado por un ilustre escritor francés, Mr. Forneron, con estas expresiones harto elocuentes (1):

«Había añadido, á las coronas reunidas por su padre Carlos V y por su abuelo Fernando, la de Inglaterra, siquier fuese por poco tiempo, y la de Portugal; su reinado de cincuenta años estuvo dotado de una organización militar que parecía asegurarle la supremacía, y de una fecundidad literaria que enriquecía á las naciones vecinas».....

...En su reinado, el poder de España llegó á su apogeo, para ser precipitado después rápidamente en su ruina.»

No, no puede disputárenos nuestra preponderancia en aquellos siglos; pero como el principio que los animaba estaba fatalmente destinado á fenecer, de aquí que, llevando nosotros un adelanto incuestionable en calidad y cantidad, se tradujese ese mismo adelantamiento en apresurar nuestra ruina.

El sistema feudal fué impotente para producir un ordenamiento militar científico utilizable, y según dije no ha mucho, ésa fué la principal, si no la causa única de su decaimiento. Las nuevas formas orgánico-militares engendraron á su vez

(1) *Historia de Felipe II*, por H. Forneron, traducción de D. Cecilio Navarro, 1884, pág. 2.

una forma política correspondiente; ó de otra manera, el feudalismo, incapaz de normalización militar, se declaró impotente, germinaron nuevas formas utilizables, y la adaptación política á ellas, ó sea la constitución de la fuerza permanente, dió margen á la preponderancia de la realeza, al absolutismo real. Aunque éste pudo sostener durante algún tiempo la expresión orgánica de los factores personales bélicos, deduciendo y manteniendo su utilización práctica en el desempeño estratégico y táctico, no son estas aplicaciones los únicos objetivos á quienes tiene que satisfacer un funcionalismo político cualquiera.

En tal concepto, la monarquía absoluta no tardó en resbalar rápidamente á su ruina. Sistema cuya virtualidad dependía de la preponderancia de una entidad personal, sin existir verdaderas compensaciones que á ella se opusieran, porque las que se ensayaron á manera de levísimas sombras, no tardaron en ser absorbidas por la prepotente aspiración de los monarcas, es claro que juntamente con aquello que constituía su esencia, llevaba la razón de su sinrazón. El Gobierno, la sistematización política de los pueblos, la expresión Estado, en fin, se personalizó, y lo que ha pasado como frase de Luis XIV, sin dejar de serlo, vino á representar inconscientemente, la fórmula de una situación normalmente estatuida.

Hasta entonces, siempre que la historia antigua ofrecía el fenómeno, de prevalecer en el mecanismo de la gobernación de un pueblo una voluntad personal, habíase apreciado eso como accidente deplorable, ó por lo menos situación anormal, y así fueron denominados tales casos *despotismo* ó *tiranía*, estimándolos meras excepciones; pero jamás se imaginó convertir en regla teórica, en regularización política, esa característica exclusivamente personal, á lo cual se reduce y viene á parar, en fin de cuentas, todo el aparato del gobierno absoluto. Al compás de semejante personalización creció la fórmula orgánica del ejército permanente, institución que hubo de plegarse cual ninguna á la persona del monarca, en términos que pudiera muy bien decirse, sin sombra de ironía, que más que «plegarse» lo que hacía era «apegarse».

Y aunque me pese incurrir en repeticiones, no puedo me-

nos de hacerlo, no puedo menos de insistir en que las masas armadas, destinadas no al servicio de la Nación, sino al del Rey, reclutábanse entre mercenarios y aventureros, cuando no gentes de toda laya, formando algo así como una individualidad colectiva, en cuyo conjunto muscular orgánico los caudillos de mayor cuantía, ejercieron la misión de nervios conducto-motores, siendo el cerebro depositario de la voluntad inteligente jefe supremo ó el soberano en cuyo servicio se empleaban.

No creo tener necesidad, pero no huelga reproducir el siguiente trozo de un distinguido escritor militar (1):

«Ejércitos allegadizos, y aunque pequeños superiores siempre á los escasos recursos de los Gobiernos; indisciplina espantosa; ferocidad en las leyes de la guerra y en las costumbres militares; ausencia de un gran pensamiento y de un gran objetivo»...» y poco más adelante dice: «en esta ocasión el agotado Emperador Fernando II acude al expediente de dar por contrata la guerra á su general, como ya lo había hecho Felipe III con Spínola en Ostende...»

¡A qué continuar copiando? ¡A qué repetir lo que tiene sobradamente sabido el lector?

Lo más lamentable, lo más extraño, lo más irreconciliable, era que esa absoluta personalización del poder ó del Estado se ensayaba en los momentos mismos en que comienza á resurgir el concepto de nación, reanudando la marcha de la teoría política antigua, y observando que si los antiguos moldes de la *ciudad*, no habían logrado homogeneizar el concepto colectivo político, ésto se hacía más y más indispensable. La embrionaria intuición del vulgo inquirió una palabra, un término, una voz, que ya no otra cosa le diera á entender la mancomunidad de aspiraciones abarcando los límites mayores que permitiera la institución social.

Surgía, pues, potente y vigorosa la Nación, más ó menos embrionaria, pero clara y distinta; y como expresión política culta de esa entidad colectiva, el término Estado, que al refundirse en una individualidad, por alta que fuera, daba á enten-

(1) El General Almirante, en su Diccionario, páginas 613 y 614.

der algo como reabsorción de facultades, é invasión de la singularidad personal, dentro del terreno forzosamente acotado como colectivo. En una palabra, el sistema político estatuido en el terreno de los hechos con el nombre absolutismo, era como un freno rudo y violento, impuesto á la expansión natural colectiva; y como todo dique antepuesto á una corriente de fuerza, debía ser arrollado y roto, y lo fué.

IV

La conflagración, la ruptura del dique, llegó con la Revolución francesa, é impórtame asegurar que, aun cuando yo examino aquí preferentemente y sobre todos los demás aspectos políticos, el que se relaciona á la faz dinámica ó militar, bueno será no olvidar, que no era ése el único, y que todos ellos convergían para producir el efecto total.

Por lo que atañe al nuestro, no perdiendo de vista que el problema, ó mejor dicho esa parte del problema, no dejó de ser examinada por los filósofos enciclopedistas, observaremos opiniones tan respetables como la de J. J. Rousseau:

«Todo ciudadano debe ser soldado por deber y no por oficio. Tal fué el sistema militar de los romanos, tal es hoy el de los suizos, tal deberá ser el de todo Estado libre.»

Y poco tiempo después, Mirabeau decía en una de sus improvisaciones (1):

«Es muy importante hacer ver á la juventud los lazos que la unen con la Patria, encaminando los movimientos del corazón humano hacia el bien general, ligando al hombre con los primeros deberes de todo ciudadano.»

Sin nuevas citas, se comprenderá que durante la Revolución, esas tales ideas encarnasen en el espíritu público, y se restituyese al ejército nacional el desempeño de la función militar, constituyendo en general, no una profesión, sino como

(1) Tanto ésta como la anterior cita, las he hallado en una colección de trozos cuyo título no recuerdo. No es difícil, sin embargo, hallar y copiar frases análogas en el *Contrato* y el *Emilio*.

un deber correlativo al derecho propio é inherente de cada ciudadano.

La última evolución quedaba cumplida. De la mesnada feudal había salido el *ejército real y permanente*, y el *ejército real* se transformaba en *armamento nacional*.

Por desdicha, los excesos y exageraciones revolucionarias provocaron la reacción política, personalizándola en el victorioso general de Italia, y trajeron envuelta entre los pliegues de sus banderas la antigua forma militar, esto es: la absoluta posesión de la fuerza, y la adhesión de ésta consagrada á una persona, llámese Rey ó Emperador. Todo el período napoleónico respondió á ese atavismo, y así como las dos fases del cuadro representadas por el *Renacimiento* (en los siglos XVI y XVII) y la *Revolución* se desarrollan paralelamente al octavo período, ó sea período de la Nación-Estado, asimismo también, competen al último período, al período noveno, al período verdaderamente nacional, las dos sucesivas fases: el *Imperio*, último esfuerzo del personalismo, regresión forzada pero insostenible, y la última evolución, la correspondiente á las *Campañas contemporáneas*, la que ha sabido encarnar la sesuda Alemania, con una frase tan gráfica como hermosa y sencilla: «*La Nación en armas*».

LEOPOLDO BARRIOS.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Les succédanés du chiffon en papeterie, por V. URBAIN, profesor de la Escuela Central.—París, Gauthier-Villars et fils, editores, 1897.—En 8.º, 180 páginas: 2,50 francos.

Indica el autor los principios que deben servir de base á los tratamientos racionales de las sustancias vegetales destinadas á proporcionar pasta de papel, como la madera, paja, esparto, etc., á las que, por este motivo, denomina *sucedáneos de los trapos*.

Dedica la primera parte á los procedimientos de fabricación, y la segunda al blanqueo del papel.

En resumen: trata á fondo la materia y el libro ofrece abundante enseñanza.

* * *

Cuadrado y sus obras, por D. DAMIÁN ISERN, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.—Segunda edición.—Madrid, 1896.—En 4.º, 49 páginas.

Empieza el autor consignando que el trabajo de que damos cuenta es un tributo de afecto á la memoria del insigne Qua-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

drado, acerca del cual expone el Sr. Isern en las páginas sucesivas el juicio que hace tiempo formó del que fué en vida su amigo y paisano.

En capítulo distinto considera el ilustre académico á Quadrado como publicista; su tradicionalismo; las relaciones que sostuvo con Balmes; hace después rápida enumeración de las principales obras de Quadrado y concluye el folleto proponiendo como el mejor medio para perpetuar el recuerdo del cronista mallorquín que se haga por suscripción popular una edición de todos los trabajos del celebrado escritor, idea oportuna, que al mismo tiempo que contribuiría á divulgar sus obras, probaría, si se realizase, que los paisanos de Quadrado estiman en lo que valen sus producciones científicas y literarias.

*
* *

Origen de los seres vivientes según sus diversas especies y examen del transformismo. *Obra escrita en latín por el R. P. Juan José de Urráburu, de la Compañía de Jesús y traducida por otro padre de la misma Compañía.*—Bilbao, 1896. En 4.^o, XII-299 páginas.

No es esta obra, con valer tanto, más que una parte de la extensa y admirable que en latín está publicando el sabio P. Urráburu, quien por sus grandes talentos goza de gran autoridad en las principales naciones de Europa. Periódicos muy reputados del extranjero elogian la filosofía del modesto jesuita, que es gloria de España.

Imposible intento el de dar cuenta en breve nota bibliográfica de un libro tan nutrido de sustancia y de pensamientos tan profundos. Apresúrense á leerlo quienes deseen conocer á fondo una de las cuestiones más difíciles y que mayor interés encierran: el origen de los seres vivos. En la producción del P. Urráburu se desenvuelve con toda claridad y con método sumamente riguroso.

*
* *

Essai sur le génie dans l'art, por GABRIEL SEAILLES, maestro de conferencias en la Sorbona.—París, Félix Alcan, editor, 1897.—En 4.^o, XII-313 páginas: 5 francos.

Hace años que se había agotado este libro, que su autor presentó en la Sorbona como tesis del doctorado. De entonces acá, el Sr. Séailles ha adquirido gran autoridad en materias de arte, por lo que su obra, escrita con brillantez de estilo y con muchas imágenes, la acogerán con entusiasmo cuantas personas se ocupan en tales asuntos.

Del genio en la inteligencia.—La imagen y su relación con el movimiento.—Organización de las imágenes.—La organización de los movimientos relativamente á la organización de las imágenes.—De la concepción en el arte.—Ejecución de las obras de arte.—La obra de arte.—Tales son los epígrafes de los capítulos que componen el volumen, en el que demuestra el autor que el genio es una diferencia de grado, pero no una diferencia de naturaleza, que es la misma naturaleza que prosigue su obra en el entendimiento humano.

*
* *

Essai sur les fondements de la connaissance mystique, por E. RECEJAC, doctor en Letras.—París, Félix Alcan, editor, 1897.—En 4.^o, 306 páginas 5 francos.

El autor hace una crítica puramente racional del Conocimiento, ó más bien de la Experiencia mística. Ha tenido, sin embargo, que elegir entre tantas manifestaciones del mismo instinto, desde el éxtasis de Alejandrina hasta las últimas novedades del ocultismo y las formas del Misticismo menos expuestas á desvanecerse al contacto de la Razón pura. Como los místicos cristianos no podían servir indistintamente de tipos, trata el autor del Misticismo universal, esto es, de todos los medios de trascendencia que tienden á igualar la Experiencia con los deseos de Libertad.

En la primera parte, el Sr. Recejac compara el Misticismo

con otros métodos del Conocimiento: el Empirismo, el Determinismo, el Positivismo, el Criticismo y el Racionalismo, y señala su posición en la filosofía. Examina después los Símbolos y el Simbolismo, y concluye el estudio explicando cómo la libertad se une directamente con la imaginación para expresar lo Absoluto en la conciencia.

*
* *

Eclairage aux gaz, aux huiles, aux acides gras, por JULIÁN LEFEVRE, profesor de la Escuela de Ciencias y de la Escuela de Medicina de Nantes.—Paris, Gauthier-Villars et fils, editores, 1897.—En 8.º, 180 páginas; 2,50 francos.

Completa este tomo el que dedicó el mismo autor al *Alumbrado eléctrico*. Contiene la descripción de los demás sistemas de alumbrado: gas, velas y bujías, aceites vegetales y minerales. También habla del acetileno. En el último capítulo indica las ventajas y precio de cada sistema, para lo cual cuida de establecer la comparación entre todos.

En cada caso expone el autor el origen de la sustancia combustible, su modo de fabricación, y describe los aparatos que se emplean para utilizarla en el alumbrado.

*
* *

Legajo de Varios, por ELÍAS ZEROLO.—Paris, Garnier hermanos, libreros-editores, 1897.—En 8.º, 420 páginas.

Repetidas veces hemos tenido que elogiar á D. Elías Zerolo, porque con frecuencia publica obras y de gran mérito, algunas de ellas de labor inmensa, tales como su *Diccionario*. Ahora recibimos este precioso volumen, en el que trata de los puntos siguientes: Cairásco de Figueroa y el empleo del verso esdrújulo en el siglo XVI.—La lengua, la Academia y los académicos.—Usurpaciones de Inglaterra en la Guayana venezolana...

La *biografía de Sabino Berthelot*; su estudio de *los dos Heredias* (el Viejo y el Mozo), *Campoamor y la crítica*, *Lecturas infantiles*, *Una novela de costumbres parisienses* y otros artículos acreditan al Sr. Zerolo de escritor castizo, observador é ingenioso.

Allá en París, donde reside, enalteceá nuestra nación por sus talentos, honradez y laboriosidad. Quien una vez habla al señor Zerolo siéntese prendado, que tanto pueden su carácter bondadoso y el atractivo de su conversación amena.

*
* *

Les piles électriques, por C. FABRY, antiguo alumno de la *Escuela Politécnica*, etc.—París, Gauthier-Villars et fils. editores, 1897.—En 8.^o, 180 páginas: 2,50 francos.

Empieza recordando las leyes de la electrolisis necesarias para comprender la teoría de la pila, que expone en el segundo capítulo.

Dedica el autor los capítulos III y IV á los métodos para medir las constantes de una pila, y después describe varios tipos de pilas y estudia sus propiedades.

Termina la obra con un detenido examen de los patrones de fuerza electromotriz, tan interesante para los industriales como para los físicos, porque todos han meuester de patrones de medida perfectamente determinados.

*
* *

Las canalizaciones eléctricas, libro compuesto bajo la dirección de H. DE GRAFFIGNY y traducido por D. RAMÓN CASES CIVERA, ingeniero industrial.—Madrid, Bailly-Baillière é hijos, editores, 1897.—En 8.^o, 130 páginas: 2 pesetas.

Con sólo copiar el índice se comprende su mucha utilidad; hélo aquí:

Métodos varios de distribución de la electricidad,—Cálculos de las canalizaciones.—Los aisladores.—Los varios siste-

mas de cables.—Las canalizaciones interiores.—Colocación y conservación.—Distribución de las corrientes alternativas y polifásicas.—Canalizaciones aéreas para corrientes y alternativas.—Las canalizaciones subterráneas.—Accidentes producidos por las canalizaciones de corrientes alternativas.—Apéndice.



Projectiles de campagne, de siege et de place. Fusées, por E. VALLIER, *comandante de Artilleria*.—Paris, Gauthier-Villars et fils, editores, 1897.—En 8.º, 180 páginas: 2,50 francos.

El autor comienza estableciendo los principios balísticos á que ha de sujetarse, de un modo general, el trazado de los proyectiles y sus condiciones de estabilidad para que se asegure la regularidad de sus movimientos en el aire. Indica además los datos referentes á los cañones de campaña, de sitio y de plaza.

No se peca de exageración asegurando que la obra del señor Vallier es indispensable á los que profesan la carrera de artillería y á los ingenieros que se ocupan en la fabricación del material que la misma emplea.

Este volumen, como los otros tres editados por los señores Gauthier-Villars de que damos cuenta, pertenecen á la utilísima *Encyclopédie scientifique des Aide-Mémoire*.



Otras publicaciones.

Guía del Banco de España para 1897, por Manuel García Barzanallana. Madrid, 1897. En 8.º, 291 páginas: 3 pesetas.

Es un libro de gran utilidad, pues en él se estudia muy detalladamente la organización interior de nuestro primer esta-

blecimiento bancario, la de las sucursales en provincias y representaciones en el extranjero.

Están incluidos en la obra los reglamentos para oposiciones, las leyes por que se rige el Banco, sus relaciones con el Estado, etc., etc.

Es, en suma, la obra del Sr. Barzanallana absolutamente necesaria para todo hombre de negocios.

Adornan la *Guía* varios curiosos facsímiles de billetes de Banco de varias épocas artísticamente reproducidos.

Ágata. Novela por Alfonso Pérez Nieva. Ilustraciones de F. Gómez Soler. Barcelona, Juan Gili, librero, 1897. En 8.º, 214 páginas: 2 pesetas.—Bien escrita é interesante.

Presente y futuro. Nuevos cuentos por Nilo María Fabra. Ilustraciones de Méndez Bringa, A. de Caula y B. Gili y Roig. Barcelona, Juan Gili, librero, 1897. En 8.º, 188 páginas: 2 pesetas.

El Sr. Fabra goza renombre de cuentista, y bien gallardamente demuestra sus condiciones con los que forman este precioso volumen, el cual, como el anterior, pertenece á la «Colección elzevir ilustrada» del inteligente editor Sr. Gili. Titúlense los cuentos aludidos: La guerra de España con los Estados Unidos.—Recuerdos de otra vida.—El futuro Ayuntamiento de Madrid.—Tertán el soberbio.—El premio grande.

Ensayos jurídicos sobre derecho foral en Mallorca, por Matías Mascaró Alberty. Palma de Mallorca, 1896. En 8.º mayor, 135 páginas.—Estudio muy concienzudo que revela los especiales conocimientos del autor en la materia de que trata.

Determinación gráfica de las existencias de los montes, por D. Eugenio Guallart, ingeniero de Montes. Madrid, 1896. En 4.º, 7 páginas y una lámina.—Ha ideado el autor, persona inteligentísima y laboriosa, un método sencillo y exacto para realizar una operación que, en la práctica, resulta bastante penosa. Con buen acierto dedica su trabajo al perítísimo ingeniero D. Ricardo Codorniu, maestro en esta y otras ramas de la ciencia forestal.

Marrodán primero, por D. José M. Matheu. Madrid, 1897.

En 8.º, 425 páginas: 3 pesetas.—Las producciones literarias del Sr. Matheu, á más de amenas, para quien sabe entenderlas, tienen mucha *miga*. Tal acontece con la última que ha dado á luz.

Girls who answer «personals», por el Dr. Arturo Mac Donald. Washington, D. C., 1897. Segunda edición. En 8.º, XVI-250 páginas.—Curioso estudio sociológico y científico de las jóvenes, avalorado por multitud de cartas de señoritas americanas y otros países que han contestado á las preguntas que el autor les hizo. Concluye el tomo con una copiosa bibliografía. Nuestro buen amigo y colaborador el ilustrado ingeniero D. Rafael Vélaz de Medrano está traduciendo uno de los capítulos del libro, con el fin de insertarlo en la CONTEMPORÁNEA para que saboreen nuestros lectores algunas páginas de la obra genial del Sr. Mac Donald.

El vapor y su siglo. Cartas familiares dirigidas á una señorita por D. Pío Gullón. Madrid, Sáenz de Jubera hermanos, editores, 1897. En 8.º, 230 páginas: 2,50 pesetas.—Aunque no pueden pedirse novedades á un libro de esta índole, ni el libro las tiene, justo es aplaudir al Sr. Gullón, porque ha compuesto una serie de cartas que instruyen y deleitan para explicar uno de los inventos que más han contribuído á la civilización.

Muestras sin valor, por Angel Ruiz de Obregón y Retortillo. Granada, 1896. En 16.º, 127 páginas: una peseta.—Ruiz de Obregón es muy joven, pero como tiene dotes de escritor y decidida afición á la literatura, estamos seguros de que si persiste en su labor llegará á conquistarse un nombre. Ya se revela su aptitud nada vulgar en la colección de trabajitos á que modestamente da el título de *Muestras sin valor*.

Tres moradas. Madrid. En 8.º, 64 páginas: una peseta.—Luis Ruiz y Contreras es el autor de este folleto, en que describe las moradas que tienen en Santander tres glorias patrias: Menéndez y Pelayo, Galdós y Pereda. Luego expone atinadas consideraciones acerca de *la novela* y critica las tituladas *Halma*, *Voluntad* y *El sabor de la Tierruca*. Cuando cae en nuestras manos alguna obra de Ruiz y Contreras, estamos ciertos de pasar un rato agradable y de aprender algo, porque

aquél pertenece al corto número de los que dan originalidad á sus producciones. Además es un excelente observador y un espíritu valiente... hasta cierto punto. Lástima que no arremeta más vigorosamente contra ciertos convencionalismos, y lástima mayor aún que por quisquillosidades de su carácter no hayamos podido aplaudirle ya en el teatro, pues escritas tiene varias comedias de sobresaliente mérito.

Le Spectateur Catholique.—No puede ser más elegante ni nueva la forma en que se presenta el primer número de esta revista mensual, que con tener 64 páginas en 4.^o mayor, papel magnífico y caracteres que son maravilla tipográfica, se vende á 60 céntimos de franco el número. Las oficinas hállanse establecidas en París, 44, avenue du Maine. Por el fin que sus redactores se proponen es también muy plausible la mencionada publicación; en ésta aparece la primera versión francesa del *Libro del amigo y el amado*, original de Raimundo Lulio; el joven diplomático D. Mario André acierta á dar vestidura francesa á la producción catalana.

Juana la obrera.—La casa editorial de los Sres. Bailly-Bailliére é hijos acaba de repartir los cuadernos 4 á 7 de esta novela, que está llena de sanos pensamientos y bellísimos episodios. Realzan el texto muchos grabados.

Instituto de segunda enseñanza de Toledo. Memoria del curso de 1895 á 1896, escrita por D. Saturnino Milego é Inglada, doctor en Filosofía y Letras, etc. Toledo, 1896. En 4.^o, 61 páginas.—Basta ojear esta *Memoria*, correcta y elegantemente escrita, para convencerse de que no en vano cuenta el claustro del Instituto de Toledo con profesores doctos y celosísimos, pues los resultados de la enseñanza fueron tales que la pérdida de curso equivale solamente á un 12 por 100 de las inscripciones hechas. Obtuvieron el grado de bachiller 49 jóvenes.

En el solemne acto de la apertura del curso de 1896 á 97 leyó un meditado trabajo sobre la importancia de la segunda enseñanza el digno director del Instituto de Toledo, D. Teodoro de San Román. En uno de los próximos números nos proponemos reproducir buena parte del citado discurso.

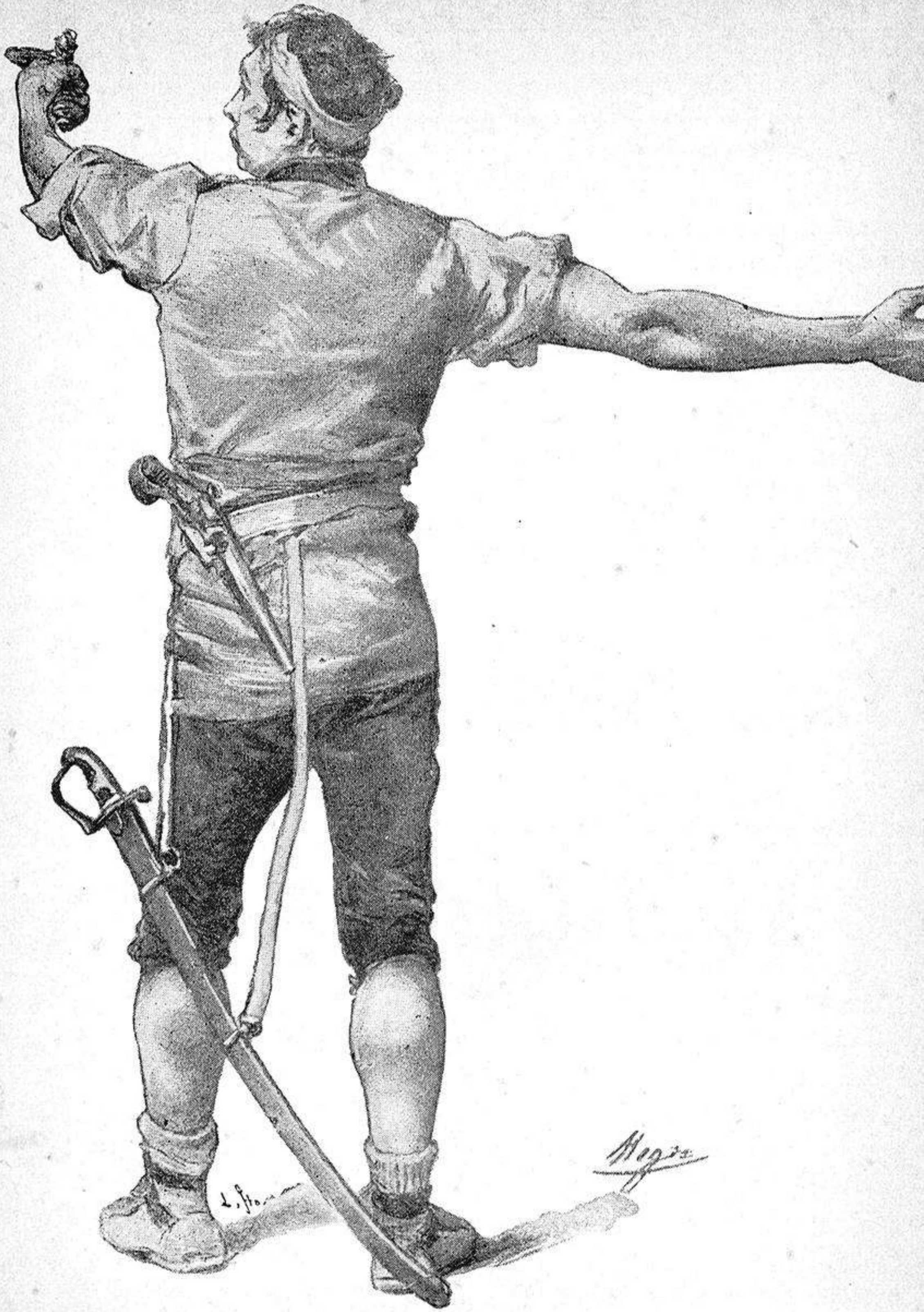
Documentos y noticias para la biografía del General de In-

genieros D. Sebastián Feringán y Cortés, reunidos por Pedro A. Berenguer y Ballester, capitán de Infantería. Madrid, 1896. En 8.º menor, 131 páginas.—Estudio muy acabado del ilustre General español, el cual estudio es nuevo testimonio de la fructuosa actividad del Sr. Berenguer, bien conocido de nuestros suscritores, porque con sus trabajos ha honrado las páginas de esta REVISTA en más de una ocasión.

Guía del pasajero en vía marítima.—Comprende los principales itinerarios entre América, Africa, Europa, Asia y Oceanía, y especialmente las líneas marítimas entre España, Cuba, Puerto Rico y Filipinas, escrita en español y francés por D. Antonio García Bruna. Madrid, Bailly-Baillière, é hijos, editores, 1896. Contiene instrucciones convenientes para los viajeros y porción de buenos mapas.

A





ESTUDIO DE GUERRILLERO ARAGONÉS

POR **Nicolás Megía.**

